



Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador



Carlos Benjamin Lara Martínez
Editor



Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias y Humanidades Universidad de El Salvador

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Carlos Benjamín Lara Martínez

Editor

Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias
y Humanidades Universidad de El Salvador, INICH

972.84 Memoria histórica y transformación sociocultural en El Salvador
M467 / editor Carlos Benjamín Lara Martínez. -- 1ª. ed. --San
Salvador : Instituto de Investigación de la Facultad de Ciencias y
Humanidades, Universidad de El Salvador, INICH, 2023.
215 p.

ISBN : 2309-687X

1. El Salvador – Aspectos culturales. 2. El Salvador -- Historia I.
Lara Martínez, Carlos Benjamín, editor

Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias y Humanidades, INICH, Universidad de El Salvador

Director: Dr. José Roberto Pérez

Editor: Dr. Carlos Lara Martínez

Diseño y diagramación: Lic. Gerardo Ernesto Sánchez

1° Edición

Los artículos publicados son de exclusiva responsabilidad de quien los presenta.
Toda cita que se realice de los trabajos aquí publicados deberá señalarse su
respectiva fuente.

Licencia Creative Commons



ISBN

Página web:

<http://www.humanidades.ues.edu.sv/>

Índice

00. Presentación	7
Roberto Pérez, Director INICH	
01. Introducción: el proceso de transformación sociocultural en El Salvador	11
Carlos Benjamín Lara Martínez:	
02. Transformación Sociocultural y Conflicto por el Poder en Guarjila y San Antonio Los Ranchos	35
Carlos Benjamín Lara Martínez:	
03. Entendiendo la Justicia por otros Medios. <i>Memoria, Artefactos y resistencias en la Justicia Restaurativa postconflicto</i>	69
Clara Guardado:	
04. Las exhibiciones posmemoriales: una aproximación para negociar el trauma cultural desde el diseño museístico	113
Allan A. Martell:	
05. Hacia una cartografía de la memoria material de la diáspora centroamericana en Los Ángeles	161
Yansi Pérez:	

06. Memoria y ficción en los documentales de memoria sobre El Salvador 183

Ricardo Roque Baldovinos:

07. Epílogo: El Futuro de la Memoria en la Transformación Socio-Cultural de El Salvador 207

Jenny Pearce:

Presentación

Cualquier invitación al olvido es reafirmar el pasado para reproducirlo en el futuro. No obviemos que somos piezas engarzadas en la historia y las posibilidades de las transformaciones sociales se construyen con la búsqueda cooperativa de la verdad.

Al leer los artículos del libro “Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador“, viene a mi recuerdo la película “Voces Inocentes” del director mexicano Luis Mandoki y el guionista salvadoreño Óscar Torres, quienes en el personaje de Chava narran una historia del conflicto político militar de los años ochenta.

La película fue exhibida en las salas de cine del país en 2005. Durante el tiempo en que se exhibió, le preguntaron a un militar salvadoreño qué pensaba de la película, en referencia a los niños víctimas del ejército. Su respuesta, sin dar importancia, fue que solo se trataba del recuerdo de un niño. La memoria de este relato es la vivencia real de un niño hecho película y coincide con varios pasajes que —personalmente— viví en los años del conflicto armado en un barrio situado a dos cuadras del cuartel en la ciudad de Santa Ana. El guionista liberó los fantasmas de sus recuerdos y con ello ofreció un relato histórico para su discusión, el cual, hoy, sirve de base para estas cortas palabras.

El desarrollo de la memoria posterior al conflicto salvadoreño procura reconstruir no solamente los eventos y registrar el testimonio de víctimas sobrevivientes, sino también encontrar espacios físicos, sociales y culturales para compartir los hechos del pasado— como una forma de justicia— narrados por los mismos sobrevivientes.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Por tal razón, pienso que (desde diversas miradas) esta obra logra dialogar con los procesos de memoria histórica, principalmente entre los supervivientes directos o indirectos de la represión y el fuego cruzado. Asimismo, permite reflexionar sobre las transformaciones de un ciclo histórico que elevó su máximo drama en la década de los años ochenta; y, tras el clímax de los Acuerdos de Paz en 1992, permite valorar en el tiempo cuánto de los cambios que pregonaron las fuerzas militares (y, posteriormente, políticos enfrentados) posibilitaron construir un país que supere las desigualdades y las injusticias. Las estelas de estos procesos históricos son rastreadas en el tiempo, en la memoria de los presentes, sobrevivientes y las nuevas generaciones.

De la mano de seis académicos, este libro otorga una actualización de la memoria histórica en este nuevo ciclo legendario, el cual consideramos inició en 2019, con la crisis política de los dos partidos que emergieron de las entrañas del conflicto político-militar (Alianza Republicana Nacionalista, ARENA; y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, FMLN) y la emergencia de un nuevo actor: el partido Nuevas Ideas (NI), liderado por el presidente Nayib Bukele. Los autores de este ejemplar nos recuerdan la reinterpretación que el proyecto de NI lleva a cabo, al afirmar que “El conflicto político-militar no fue más que una farsa orquestada por dos bandos que tenían acuerdos secretos para repartirse el control del país”.

No siendo suficiente con esta declaración, en 2022, el presidente de la república hace un giro a la celebración de la firma de los Acuerdos de Paz, y la convierte en el Día de las Víctimas del Conflicto Armado. Este cambio —en el fondo— tiene una serie de repercusiones al no poner el énfasis en otro debate pendiente como es el de la justicia transicional, pues mantiene la impunidad ante la falta de verdad y

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

garantías de no repetición. Dependerá de los salvadoreños enfrentar este nuevo ciclo histórico y este no puede librarse sin recordar el pasado, para la toma sabia de la conciencia social de repetirlo o no.

El libro visibiliza a las comunidades de Guarjila, en Chalatenango; Segundo Montes, en Morazán, fuertemente impactadas por el conflicto político militar. También, nos aproxima a los migrantes en Los Ángeles, California; así como, los relatos testimoniales del poder simbólico del documental y las propuestas del estudio de la memoria representada en los objetos; sin dejar de lado, el trabajo museístico para la educación en memoria histórica. Nos acercan a la discusión que hay mucho que recordar para transformar. Cada capítulo, pone en perspectivas la necesidad de comprender como las nuevas generaciones procesan su pasado, ante la ausencia de sus familiares víctimas de la escalada militar. Que la impunidad sigue latente en los familiares de las víctimas, quienes aún demandan verdad y justicia.

Reconstruir la historia desde la memoria no es fácil, y el acercamiento a su estudio pasa por diversas metodologías que la Antropología brinda para evidenciar el engranaje que sostiene la estructura social de la vida en común. Como sujetos históricos, estamos obligados a recordar, a materializar la memoria en las representaciones, con el fin de superar, avanzar y transformar la realidad inmediata. El Estado es el responsable de garantizar que esto sea posible desde una política de reparación a las víctimas y sobrevivientes, la construcción de una identidad del estado nación, solo si se asume la superación de las desigualdades, la profundización de la democracia y el Estado de Derecho.

El Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias y Humanidades (INICH) entrega este nuevo libro para la Academia.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Sin embargo, por su lenguaje, está destinado de igual manera a la ciudadanía interesada en el futuro del país, con los pies en el presente y viendo la memoria como moderadores de nuestros actos.

Tenemos en nuestras manos una obra para periodistas, defensores de derechos humanos, profesores, padres y madres que, día a día, salen a la calle a recorrer este espacio-tiempo llamado El Salvador, un imaginario que debemos construir solidariamente entre todos.

Dr. José Roberto Pérez

Director INICH

INTRODUCCIÓN

El Proceso de Transformación Sociocultural en El Salvador

Carlos Benjamín Lara Martínez

Universidad de El Salvador

carlos.lara@ues.edu.sv

El Salvador ha experimentado un proceso de transformación sociocultural que aún no ha sido estudiado en toda su dimensión. En general, los estudiosos del proceso de transformación sociocultural examinan determinadas etapas, como el conflicto armado, conceptualizado erróneamente como “guerra”, o el período que se abre a partir de los Acuerdos de Paz, pero nadie ha estudiado el proceso completo, que inicia en 1970 y se extiende hasta 2019, en el cual se verifica un movimiento que transforma las estructuras social y simbólica de la nación.

El estudio de este proceso de casi 50 años es fundamental para entender el nuevo tipo de sociedad y de cultura que se ha venido construyendo en el último tercio del siglo XX y principios del nuevo milenio, un nuevo tipo de sociedad y de cultura que no representa una sociedad totalmente superior a la anterior, pues la historia no es un movimiento lineal que va de lo inferior a lo superior o de lo menos complejo a lo más complejo, sino un tipo de sociedad y de cultura que es diferente a la sociedad que prevalecía antes del conflicto político-militar, el cual supera al anterior en algunos aspectos pero en otros no.

Como lo establece Ignacio Ellacuría en su libro *filosofía de la realidad histórica* (1999) cada periodo de la historia abre un conjunto de posibilidades y el ser humano opta en función de este abanico de posibilidades. La historia, en este sentido, no es algo dado sino que constituye un proceso abierto que se va construyendo a lo largo del tiempo, a través del cual el ser humano va optando por determinados tipos de sociedad. “*el hombre*”, nos enseña el filósofo

salvadoreño, “*tiene una vida abierta a distintas formas de estar en la realidad, entre las cuales habrá de optar, porque la opción le es necesaria para poder seguir viviendo*” (1999: 493).

Así, el proceso de transformación sociocultural que ha experimentado El Salvador de 1970 a 2019 no ha seguido una evolución unilineal, sino que en este proceso se han conjugado diversas orientaciones de acuerdo a las opciones que han tomado los sujetos sociales, tanto en relación a las dinámicas nacionales como a las dinámicas locales, como en el caso del oriente de Chalatenango y del norte de Morazán, discutidas en este volumen.

Como lo ha señalado el antropólogo francés Claude Lévi Strauss, “*el progreso (si es que este término conviene aún para designar una realidad muy diferente de aquella a la que empezó por ser aplicado) no es ni necesario ni continuo; procede por saltos o, como dirían los biólogos, por mutaciones. Estos saltos no consisten en llegar cada vez más lejos en la misma dirección; van acompañados de cambios de orientación, un poco al modo del caballo de ajedrez, que siempre tiene a su disposición varias progresiones, pero nunca en el mismo sentido. La humanidad en progreso no se parece nada a un personaje subiendo una escalera, añadiendo con cada uno de sus movimientos un nuevo peldaño a todos los que ha conquistado ya; más bien recuerda al jugador cuya suerte está repartida entre varios dados y que cuanta vez los lanza los ve desparramarse por el tapete, provocando otras tantas cuentas diferentes. Lo que se gana con uno siempre se corre el riesgo de perderlo con otro, y solo de vez en cuando es acumulativa la historia, es decir, las cuentas se suman para formar una combinación favorable*” (1979: 317)¹.

El proceso de transformación sociocultural que se ha generado en El Salvador (1970-2019) no es lineal ni continuo, en él han intervenido diversos sujetos sociales que han establecido diferentes orientaciones: el ejército nacional, con sus divisiones internas, que para el golpe de Estado de 1979 Zinecker caracterizó como el grupo reformista radical y el grupo derechista pragmático

1 Texto original de 1952, revisado y corregido para la edición en francés de 1973 y editado en español en 1979 por siglo xxi editores.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

(2017: 311), el Partido Demócrata Cristiano (PDC), que constituyó una importante fuerza de oposición política en la década de 1970, el movimiento revolucionario, tanto las organizaciones de masas, las cuales se integraron en el Frente Democrático Revolucionario (FDR), como las organizaciones político-militares, la oligarquía, entendida ésta como el sector de los grandes terratenientes que heredaron los beneficios de la colonia (Torres Rivas 2011) y la burguesía comercial, financiera e industrial.

Eric Ching en su libro *stories of civil war in El Salvador. A battle over memory* (2016) detecta cuatro comunidades o grupos portadores de memoria en El Salvador contemporáneo, a saber: las élites civiles, que se identifican con lo que aquí hemos denominado la oligarquía, los oficiales del ejército, los comandantes guerrilleros y los miembros de base de las organizaciones revolucionarias. Estos cuatro grupos portadores de memoria desarrollan una determinada interpretación sobre el pasado que condiciona la construcción de la sociedad salvadoreña en el presente.

Concebir el proceso de transformación sociocultural como generado por diversos sujetos sociales es fundamental, porque muchas veces se reducen los procesos de transformación sociocultural o los conflictos sociales a dos sujetos, presentando una visión maniquea de la realidad. Michael Kearney (1996) resalta la importancia de superar el pensamiento dualista y dar cuenta de la diversidad de sujetos sociales que participan en un proceso determinado.

LA TRANSFORMACIÓN SOCIOCULTURAL DE EL SALVADOR: LA DIMENSIÓN NACIONAL

El proceso de transformación sociocultural se identifica o va de la mano con el conflicto político-militar o drama social que experimenta El Salvador a partir de 1970. Por supuesto, se puede argumentar que el proceso inicia en la década de 1960 con la creciente urbanización de la sociedad o a finales de esta década con la guerra entre El Salvador y Honduras y la polémica desatada al interior del Partido Comunista Salvadoreño, pero tomo el año 1970

como una fecha diacrítica debido a que en este año surge la primera organización político-militar, las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí, una de las cinco organizaciones que lideraron el conflicto social en El Salvador.

Y en efecto, el proceso de transformación sociocultural se desarrolla a través de un drama social (Turner 1982), el cual en el caso de El Salvador adquiere el carácter de un conflicto político-militar, lo que acelera el proceso. Tomando como base el planteamiento del antropólogo británico Víctor Turner (1982), podemos establecer que este conflicto político-militar constituye metafóricamente un ritual de pasaje, que da el paso de un tipo de sociedad a otro de calidad diferente. Como lo ha establecido Víctor Turner (1980, 1982), el ritual de pasaje está constituido por tres fases: una fase de separación, durante la cual los sujetos sociales establecen distancia (se separan) de la sociedad regular dominante; una fase liminar², que se identifica con la creación cultural; y la fase de reintegración, en la cual los sujetos sociales se reintegran a la sociedad regular pero en su nueva condición sociocultural.

Aplicando este esquema al drama social o al conflicto político-militar que experimenta El Salvador, podemos establecer que la fase

2 Liminar: de limen, lo que está entre lo uno y lo otro. La teoría de la liminaridad se desarrolla en los estudios de los rituales de pasaje (que dan el paso de un estado sociocultural a otro de calidad diferente, como los rituales de pubertad o el cambio de autoridades políticas y religiosas), en los cuales el estado liminar – intermedio, interestructural – es esencial pues es donde se produce la creación cultural. Pero estos rituales de pasaje se estudian originalmente en sociedades tribales y agrarias, relativamente estables, en donde la creación cultural refuerza los valores y las normas sociales dominantes. Víctor Turner se interesa en estos estados liminares pero los aplica a las sociedades contemporáneas y a procesos de transformación sociocultural, para lo cual acuña el concepto de liminoide con lo que indica que es un fenómeno similar al liminar pero no es igual a éste, ya que es un fenómeno que favorece la transformación sociocultural. La teoría de la liminaridad sociocultural es especialmente útil para entender procesos de revolución social, en nuestro caso puede aplicarse para entender la transformación que se produce entre la sociedad que predominaba antes del conflicto político-militar (1950-60 e inclusive 1970) y la nueva sociedad y cultura que surge después de este conflicto. La teoría de la liminaridad sociocultural establece que el estado liminoide crea un espacio y tiempo especialmente propicio para la creación sociocultural. (ver Turner 1982, Lara Martínez 2021).

de separación se subdivide en tres: una fase de preparación, que se identifica con la década de 1970, cuando se crean las condiciones para el desarrollo del movimiento revolucionario; una fase de ruptura, que puede identificarse con la manifestación de enero de 1980, cuando las organizaciones revolucionarias establecen una verdadera declaración de guerra en contra de los defensores del sistema capitalista dominante; y una fase confrontativa, en la que se desarrolla el conflicto armado pero que no puede identificarse con la creación de un nuevo tipo de sociedad y de cultura, ya que es una fase negativa, en la que las partes en contienda tienden a negar o a eliminar al opositor. En esta fase de confrontación ya se establece un estado liminoide, que podemos denominar estado liminoide 1, pues los sujetos sociales se separan físicamente de la sociedad dominante (se van a las montañas de Chalatenango y Morazán y a los campos de refugiados) y crean sociedades alternativas a la sociedad dominante, pero mantienen una tendencia de negación, esto es, proponen un tipo de sociedad que se opone totalmente a la sociedad nacional dominante.

La segunda fase, la fase propiamente liminoide, es la que se desarrolla a partir de los Acuerdos de Paz, cuando los sujetos se ven obligados a negociar para construir un nuevo tipo de sociedad y de cultura. La participación de los dos partidos políticos principales (ARENA y FMLN) en el poder ejecutivo fue fundamental para sellar la negociación. El proceso de drama social o conflicto político-militar culmina con el desmoronamiento de estas dos fuerzas políticas, pero ya se ha construido un nuevo tipo de sociedad y de cultura.

Pero este proceso, como se ha venido señalando, no constituye un movimiento armonioso o en equilibrio, sino que se desarrolla como un movimiento conflictivo, en el cual diversos sujetos sociales intentan imponer su proyecto.

Es impreciso hablar de guerra y posguerra, debido a dos razones: en primer lugar, porque no se trató de una confrontación entre dos ejércitos regulares u oficiales, que dominaban territorios bien definidos, como en una guerra entre dos naciones, sino de

la contienda entre un ejército oficial, regular, y fuerzas armadas irregulares, que nunca llegaron a dominar totalmente un territorio determinado, sino que su dominio fue parcial, el ejército nacional incursionaba constantemente. Las fuerzas guerrilleras eran eso guerrilla, que combatían bajo una lógica de desgaste, nunca llegaron a crear un ejército que desarrollara una guerra de posiciones. Las fuerzas guerrilleras operaban a través de unidades pequeñas que tenían una movilidad muy ágil y las grandes epopeyas, como el asalto a la base militar El Paraíso, se lograban agrupando varias unidades guerrilleras, las cuales después de provocar importantes bajas en el enemigo no lograban mantener la posición, se tomaban la base militar por un lapso corto.

En segundo lugar, el concepto de guerra mutila el proceso, lo reduce a su dimensión militar o bélica, cuando el proceso tiene un fuerte componente político y por supuesto un importante componente militar. Los componentes político y militar interactúan dialécticamente, de tal manera que en determinadas fases del proceso predomina el componente político pero en otros predomina el militar. En realidad, en El Salvador se comprueba que si bien “la guerra es la continuidad de la política por otros medios”, como lo estableció Carl von Clausewitz hace más de 200 años, también la política es la continuidad de la guerra por otros medios, como lo determinó Álvaro de Soto en la conmemoración de los Acuerdos de Paz de 2021. Es por ello que el concepto correcto es conflicto político-militar o drama social, si se quiere tomar el concepto de Víctor Turner (1982), ya que estos conceptos dan cuenta del proceso completo de transformación sociocultural en El Salvador.

Este proceso comienza en 1970 – fase preparativa – cuando se funda la primera organización político-militar de El Salvador. Las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL) surgen el 1° de abril de 1970 como un desprendimiento del Partido Comunista Salvadoreño (PCS), al cual se le acusaba de haberse acomodado al sistema dominante y de participar del sistema electoral burgués, por lo cual rechazaba la lucha armada. El PCS apoyó el Frente de Unidad Popular formado para defender a la nación en contra del

vecino país de Honduras, por lo cual formó parte del plan de unidad nacional del presidente Sánchez Hernández³, constituyendo este hecho el motivo último que provocó el rompimiento al interior de este partido y el surgimiento de las FPL.

La polémica al interior del PCS fue agria pero al final un grupo de este partido se separó y formó la nueva organización revolucionaria, que desde sus inicios adoptó la orientación de guerra popular prolongada y de línea de masas. En este sentido, no se trata de una simple organización marxista-leninista, como erróneamente lo ha querido establecer Ralph Sprenkels (2014: 27), sino que si bien se adoptó la orientación marxista-leninista, esta se combinó con el marxismo oriental – de China, Vietnam y Corea del Norte – y la teología de la liberación y la opción preferencial por los pobres.

Dos años después se conformó el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), organización político-militar que incorporó exmilitantes del PCS y allegados radicalizados del socialcristianismo. Con una orientación más militarista, el ERP se constituyó en la segunda organización más importante de lo que en un futuro cercano sería el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Contradicciones internas en esta organización revolucionaria dieron surgimiento a las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN) o simplemente Resistencia Nacional (RN). Finalmente se constituyó el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC), el cual luchaba por la liberación de toda Centro América.

Estas organizaciones emprendieron la lucha armada en contra del Estado militarista, pues consideraban que no había otra alternativa para liberar al pueblo oprimido. El PCS continuó operando en el marco del proceso electoral a través de la Unión Democrática Nacionalista (UDN), un partido político que gozaba de estatus legal, y fue hasta 1980 que se integró a la lucha armada a través de las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL).

3 Este plan incluía la formación del Frente de Unidad Nacional, integrado por los partidos políticos legalmente constituidos, y el Frente de Unidad Popular, al cual se incorporaron las organizaciones afines al PCS.

En la década de 1970 también se desarrollan las organizaciones revolucionarias de masas, las cuales se integran a las organizaciones político-militares, algunas surgieron independientemente de estas organizaciones y luego se integraron a las organizaciones político-militares, como la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS) o la Asociación Nacional de Educadores de El Salvador 21 de Junio (ANDES 21 de Junio), pero otras fueron creadas o al menos promovidas por las organizaciones político-militares, como la Unión de Trabajadores del Campo (UTC).

Es importante resaltar que las organizaciones campesinas, así como también las organizaciones estudiantiles y el movimiento magisterial, recibieron la influencia de la religión católica, sobre todo de la teología de la liberación y la opción preferencial por los pobres. El cuestionamiento a la religión católica tradicional, la cual favorecía la continuidad del sistema de dominación, fue fundamental para construir una conciencia revolucionaria que promoviera el cambio social. La teología de la liberación y la opción preferencial por los pobres fomentaban que los sujetos sociales lucharan por liberarse del sistema de dominación, promoviendo la construcción del reino de Dios en la tierra, que era un reino de justicia, equidad y solidaridad.

Pero este discurso y práctica religiosa – pues también implicó una práctica social que se reflejó en la creación de las comunidades eclesiales de base – se entrelazó con el discurso y la práctica política de las organizaciones revolucionarias, lo cual le proporcionó mucha fuerza a estas organizaciones.

A lo largo de la década de 1970 las organizaciones revolucionarias de masas tienen una amplia actividad política: el Bloque Popular Revolucionario, que agrupaba diversas organizaciones populares como FECCAS, UTC, ANDES 21 de Junio, MERS⁴, y otras más, despliega diversas acciones con el objeto de reivindicar las necesidades más sentidas de la población, como mejores condiciones de trabajo, mejores salarios, cese a

4 MERS: Movimiento Estudiantil Revolucionario de Secundaria.

la represión, entre otras, con lo cual intentaba elevar el nivel de conciencia revolucionaria del pueblo. Asimismo, las Ligas Populares 28 de febrero (LP 28) y el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU) tuvieron gran influencia en la movilización popular tanto en el área rural (LP 28) como en el área urbana (FAPU).

En general, se consolidaron tres grandes movimientos: el movimiento campesino, que tuvo sus bases más importantes en el oriente de Chalatenango y el norte de Morazán, el movimiento magisterial y el movimiento estudiantil, tanto de estudiantes universitarios (UR 19⁵, FUR 30⁶ y otros) como los estudiantes de secundaria (MERS).

Es importante resaltar que si bien la alta dirigencia orientó la lucha hacia la construcción de una sociedad socialista, no toda la base de estos movimientos compartía este ideal. Mis investigaciones sobre el movimiento campesino del oriente de Chalatenango, por ejemplo, indican que estos semicampesinos⁷ no luchaban por el socialismo sino por mejorar sus condiciones de vida (tierra para cultivar, vivienda propia, clínica, etc.) y por obtener autonomía comunitaria. Los ideales de la alta dirigencia, por tanto, no coincidían con la base del movimiento campesino.

Estas organizaciones revolucionarias de masas impulsaron una intensa lucha a partir de 1975 – manifestaciones masivas, tomas de fábricas, tomas de tierras, tomas de iglesias, entre otras –, provocando en 1979 el derrocamiento del gobierno autoritario del General Carlos Humberto Romero, quien había arrebatado las elecciones presidenciales de 1977. En efecto, el Partido Demócrata Cristiano (PDC) se impuso en las elecciones presidenciales de 1972 y

5 UR 19: Universitarios Revolucionarios 19 de julio

6 FUR 30: Fuerzas Universitarias Revolucionarias 30 de julio

7 Semicampesinos porque eran (y son) pequeños agricultores que combinaban (y aún combinan) la agricultura de subsistencia, basada en la producción de granos básicos a pequeña escala, con la economía capitalista, insertándose en las décadas de 1950-60 e inclusive 1970 en las cortas de café, caña de azúcar y en menor medida en las de algodón, y después de los Acuerdos de Paz a través de la migración transnacional hacia Estados Unidos y Canadá.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

1977 pero el Partido de Conciliación Nacional (PCN), el partido que había mantenido el poder desde 1962, arrebató los triunfos a través de prácticas fraudulentas. Esto incrementó el descontento popular.

La movilización popular propició la realización de un golpe de Estado en octubre de 1979, estableciéndose las Juntas Revolucionarias de Gobierno (JRG), las cuales combinaban miembros de la Fuerza Armada con personas civiles – la primera Junta incorporó a los Coroneles Jaime Abdul Gutiérrez y Adolfo Arnoldo Majano por parte de la Fuerza Armada, mientras que por parte de la población civil incorporó a Román Mayorga Quiroz, en ese momento Rector de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), Mario Antonio Andino Gómez, exvicepresidente de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador (CCIES) y Guillermo Manuel Ungo, dirigente del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR); dado que la represión en contra del pueblo salvadoreño continuaba, en enero de 1980 los tres miembros civiles de la JRG renunciaron, incorporándose José Antonio Morales Ehrlich y Héctor Dada Hirezi del PDC Y José Ramón Ávalos, un médico independiente; finalmente, Dada Hirezi renunció el 3 de marzo de 1980, incorporándose en su lugar José Napoleón Duarte, líder del partido democristiano, mientras que el 13 de diciembre de ese mismo año renunció Majano. La nueva Junta fue conformada por el coronel Gutiérrez, José Napoleón Duarte, como nuevo Presidente de la JRG, Morales Ehrlich del PDC y Ramón Ávalos Navarrete –.

Estas JRG impulsaron reformas sociales al mismo tiempo que incrementaban la represión en contra del movimiento revolucionario y de las fuerzas políticas que luchaban por instaurar un sistema democrático. De hecho, las fuerzas revolucionarias y las tendencias democráticas se unieron, formando el Frente Democrático Revolucionario (FDR), el cual fue blanco de las fuerzas militares del Estado.

Pero si bien las JRG impulsaron la represión, también realizaron importantes reformas sociales, “las reformas económicas de mayor alcance en todo el siglo”, sostiene Roberto Turcios (2019:

140), que incorporó la reforma agraria así como las nacionalizaciones del sistema bancario y del comercio exterior. Con estas reformas, el sistema de la propiedad de la tierra “sufrió su más severa fractura” (Turcios 2019: 140).

También es importante reconocer que con el derrocamiento del General Romero y el establecimiento de las JRG se dio origen al sistema democrático en El Salvador. Por ello, podemos coincidir con Elisabeth Wood que la democracia en El Salvador se ha forjado desde abajo – forging democracy from below 2000 –, ya que fue la acción del movimiento revolucionario y de las fuerzas democráticas la que propició la instauración de la democracia representativa. Las primeras elecciones libres se llevan a cabo en 1982 y en 1984 se elige libremente por primera vez al Presidente de la República.

A partir de 1982 se entra en el debate de la nueva Constitución de la República, el cual se prolongó hasta finales del siguiente año, siendo uno de los puntos centrales la regulación de la propiedad agraria. En esta nueva Constitución la reforma agraria quedó ratificada. Además, se le amplió las funciones a la Fuerza Armada, atribuyéndole las responsabilidades no solo de defender la soberanía y la integridad de la nación sino también de regir el buen funcionamiento de la sociedad, manteniendo la paz y la seguridad pública así como garantizando el cumplimiento de las leyes.

Pero en estos años también se incrementó el enfrentamiento entre la Fuerza Armada y los cuerpos de seguridad pública – Guardia Nacional, Policía de Hacienda y Policía Nacional –, por una parte, y las fuerzas revolucionarias y democráticas, por la otra, desarrollándose un enfrentamiento bélico de grandes proporciones – fase confrontativa -. En enero de 1981 el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) lanza su primera ofensiva general, con el objeto de derrocar al gobierno establecido y acceder al poder político de la nación, pero las fuerzas rebeldes no lograron derrotar al Estado nacional.

A partir de este momento se desarrolla un conflicto armado que invade toda la sociedad. Las fuerzas rebeldes se concentran en las

áreas rurales, siendo las más importantes el oriente de Chalatenango y el norte de Morazán. Allí construyen lo que denominan “las zonas liberadas”, que en realidad solo parcialmente eran liberadas, pues el ejército nacional incursionaba constantemente en esas zonas. No obstante, en las llamadas zonas liberadas se construyen sociedades alternativas, en el sentido de que son sociedades que se separan físicamente de la sociedad dominante y que no se rigen por ésta, sino que adoptan una lógica diferente: desarrollan fuertes sistemas de solidaridad y ayuda mutua, que Víctor Turner (1982) denomina *communitas*, a través de los cuales miembros de base y dirigentes convivían familiarmente.

En los campos guerrilleros los revolucionarios tomaban las decisiones colectivamente, a través de sus pequeñas unidades móviles, mientras que las poblaciones civiles que deambulaban por las montañas de Chalatenango crearon el poder popular local (PPL), una forma de autogobierno en donde todos los miembros del colectivo participaban en la toma de decisiones. Además, una parte importante de la población se fue a los campamentos de refugiados en Honduras, en donde crearon sociedades fuertemente colectivistas, orientadas a satisfacer las necesidades de todos los pobladores.

Esto no quiere decir de que estas poblaciones revolucionarias fueran totalmente horizontales, por supuesto que no, las estructuras verticales orientaban su accionar. Sin embargo, a pesar del autoritarismo, fomentaron las relaciones de solidaridad y cooperación entre sus miembros. Todos tenían más o menos las mismas condiciones y los bienes se repartían equitativamente entre todas las personas. En los campamentos de refugiados, por ejemplo, todo lo que se producía así como las donaciones que recibían de organismos internacionales se repartía equitativamente de acuerdo al tamaño del campamento (el campamento de Mesa Grande estaba dividido en siete campamentos) y de las familias que lo componían.

En realidad, en función del sistema sociopolítico que crearon, tanto en las sociedades que permanecieron en las montañas de

Chalatenango – poder popular local (Pearce 1986, 2019) – como en los campamentos de refugiados – directivas de campamentos y comités por áreas de trabajo: educación, salud, etc.⁸ –, los semicampesinos revolucionarios tomaron control de su vida social. En este sentido, podemos establecer que se crea un tiempo y un espacio liminoide, que hemos denominado período liminoide 1, en el sentido de que construyen sociedades alternativas a la sociedad nacional dominante, pero estas sociedades alternativas se crean en el marco de la confrontación bélica, por lo cual adquieren un carácter de negación de la sociedad dominante, pues la acción social se orienta a eliminar o liquidar al contrincante, que es identificado como los defensores de la sociedad capitalista y del Estado militarista.

En 1992 se firman los Acuerdos de Paz, con lo cual se puso fin al conflicto armado. Esto es importante resaltarlo, con los Acuerdos de Paz no se pone fin al conflicto social o conflicto político-militar, sino que éste continúa pero ahora concentrado en la esfera política. Es importante insistir que a partir de los Acuerdos de Paz se abre la fase liminoide propiamente dicha, pues es en este período (1992-2019) que se verifica la construcción de un nuevo tipo de sociedad y de cultura.

Esta nueva sociedad y cultura tiene varias características:

1. En primer lugar, a lo largo de todo el proceso (1970-2019) se pasa de una sociedad predominantemente rural y agraria a una sociedad predominantemente urbana, basada en el capital financiero y comercial. La clase y los estratos dominantes pasan de ser oligarcas, terratenientes que controlaban grandes extensiones de tierra, a grandes empresarios que dominan capitales financieros y comerciales y en menor medida industriales.
2. Se consolida el sistema político democrático, el cual, como hemos dicho, arranca con las Juntas Democráticas Revolucionarias y son de gran trascendencia las elecciones

8 Ver: Molly Todd y Jacey Anderson 2019; Lara Martínez 2018, 2019 y en este volumen.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

de 1982 y 1984. Este sistema permitió la alternabilidad de las dos principales fuerzas políticas del país.

3. Se establece el sistema de derecho, el cual presenta avances importantes, sobre todo por la independencia de los tres poderes del Estado.
4. Se establece la libertad de expresión, permitiendo que diversos individuos puedan proporcionar diferentes interpretaciones sobre la dinámica de la sociedad y la cultura.
5. Se implementan reformas sociales, siendo las más importantes el hecho de haber reforzado la reforma agraria así como la implementación de la reforma de salud bajo el gobierno de Mauricio Funes.
6. Con los gobiernos capitalistas globalizadores o neoliberales (1989-2004), se genera un amplio proceso de privatización de la actividad económica y de algunos servicios públicos, como la privatización de la banca, el comercio del café y del azúcar, así como la privatización de la energía eléctrica y las telecomunicaciones, entre otros. También se impone el dólar como la principal moneda de circulación en el territorio nacional, lo cual representó un verdadero apoyo a la burguesía financiera y comercial.
7. Se desarticulan la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda, las cuales habían participado en las acciones de represión en contra del pueblo, y se crea la Policía Nacional Civil y se depura el ejército nacional.
8. Se profundiza el proceso de globalización, lo que facilita que El Salvador se integre a la dinámica de la sociedad y la cultura mundiales.
9. Se verifica el proceso de transnacionalización de la cultura a través de la migración de los salvadoreños a los Estados Unidos, Canadá y otros países del mundo. Los migrantes no cortan los lazos con sus lugares de origen, produciendo un

proceso de hibridación sociocultural que transforma tanto a la sociedad salvadoreña como a las sociedades a donde se hospedan.

Es en estas condiciones que culmina el proceso de transformación sociocultural (fase de reintegración), con una sociedad democrática y con importantes avances en salud y educación pero con un fuerte proceso de privatización en la actividad económica y con grandes desigualdades socioeconómicas, que han generado un amplio desarrollo de la violencia social.

En 2019 culmina este proceso y comienza una nueva era, en la cual aparece una nueva fuerza política, Nuevas Ideas (N), que aprovecha los huecos dejados por las fuerzas políticas anteriores. Nuevas Ideas logra triunfos electorales de amplias dimensiones, alcanzando no solo el control del ejecutivo sino también la mayoría calificada de la Asamblea Legislativa. Además, con el control de estos dos poderes del Estado, la nueva Asamblea Legislativa destituye a los jueces de la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia y al Fiscal General de la República. Con estas acciones, N toma control de los tres poderes del Estado, eliminando la separación de poderes, que es un principio fundamental de una república constitucional. En definitiva, se instaura un régimen autoritario que continúa desarrollando una sociedad mixta, que combina el proyecto capitalista con una importante inversión social y una amplia economía de subsistencia en la base.

LA DIMENSIÓN LOCAL

Es importante no perder de vista la dimensión local, ya que muchos investigadores dan cuenta de la dimensión nacional y global pero subestiman la dimensión local. En este volumen, se le ha dado importancia a la dimensión local – los municipios y comunidades del oriente de Chalatenango y del norte de Morazán –, sobre la base de que lo local no es un resultado mecánico de lo nacional y lo global, sino que más bien se observa una relación dialéctica entre lo local, lo nacional y lo global.

En este sentido, partimos de la idea de que en las sociedades contemporáneas existen diversos niveles y que estos niveles se condicionan unos a otros. Tomando como base las comunidades del oriente de Chalatenango, podemos establecer los siguientes niveles: el caserío (o comunidad rural menor), el cantón (o comunidad rural mayor), el municipio, la microrregión (el oriente de Chalatenango), la nación y la sociedad global. Estos niveles se condicionan unos a otros, de tal manera que si bien el nivel superior – la sociedad global – condiciona a los demás, éstos desarrollan una dinámica propia e incluso pueden condicionar el curso del nivel superior.

Es importante reconocer que tanto las comunidades y los municipios del oriente de Chalatenango como los del norte de Morazán, por ejemplo, han tenido una dinámica propia, diferente a la dinámica de la sociedad nacional. En el oriente de Chalatenango los pequeños agricultores han combinado (y aún siguen combinando) la economía de subsistencia con la economía capitalista; de igual manera en el norte de Morazán gran parte de los pequeños agricultores han desarrollado una economía campesina, de subsistencia, pero la articulación con el capitalismo nacional y global antes del conflicto político-militar lo establecían a través del comercio, mientras que después de los Acuerdos de Paz se verifica un proceso de migración transnacional. Este carácter campesino y semicampesino ha condicionado la construcción de sus sociedades, las cuales han experimentado importantes transformaciones como resultado de su incorporación al movimiento campesino revolucionario⁹.

Pero enfatizo que se trata de una articulación de tipos de sociedad (o en términos marxistas de modos de producción),

9 Es importante aclarar que utilizo el concepto de semicampesino para dar cuenta del sujeto social a nivel económico que ha predominado en el oriente de Chalatenango (y más recientemente también en el norte de Morazán), ya que, como lo he establecido, estos pequeños agricultores combinan la economía de subsistencia con la economía capitalista, pero en tanto que sujeto político estos pequeños agricultores se incorporan al movimiento campesino revolucionario, en donde coexisten campesinos con semicampesinos, pero adoptan el concepto de movimiento campesino.

pues las sociedades campesinas se articulan a la estructura del capitalismo dominante, pero sin perder su especificidad, la cual está condicionada por la lógica de subsistencia (o del valor de uso, de acuerdo a la teoría marxista), esto es, por la lógica de satisfacción de las necesidades básicas del grupo doméstico y no por la maximización de beneficios. Esta lógica de subsistencia, como lo he establecido en mi investigación de Joya de Cerén (2013), representa una opción cultural antes que un condicionamiento directo de la dinámica del capitalismo nacional y global.

Este último punto es de gran trascendencia, pues muchas veces no se entiende el cambio en las sociedades campesinas, los promotores del cambio social mantienen una visión evolucionista unilineal, al estilo siglo XIX, según la cual las sociedades campesinas deben orientarse hacia la urbanización capitalista. Es con ese espíritu que la izquierda urbana revolucionaria promueve la creación de la *ciudad Segundo Montes* en Morazán, en el entendido de que los campesinos revolucionarios tenían como horizonte urbanizarse, pues los líderes políticos, de origen urbano, sostenían que éste era el único camino para mejorar sus condiciones de vida. Sin embargo, los campesinos revolucionarios no tenían como objetivo urbanizarse sino mejorar sus condiciones de vida, sí, pero con base en su propia tradición sociocultural.

Es por ello, que los campesinos revolucionarios al retornar del refugio de Colomoncagua si bien se comprometieron con la construcción de la comunidad Segundo Montes (o ciudad Segundo Montes, como le llamó la alta dirigencia), en ningún momento estaban pensando en un desarrollo urbano, sino en mejorar sus condiciones de vida (acceder a tierras para trabajar, mejorar la producción agrícola, obtener casas dignas con los servicios básicos, tener servicios de salud y educación, etc.) pero en el marco de una sociedad semicampesina.

Esto ha sido mal comprendido tanto por promotores del desarrollo como por académicos, al grado que el antropólogo estadounidense Leigh Binford publica un artículo titulado *a perfect*

storm of neglect and failure: postwar capitalist restoration in northern Morazán, El Salvador (2010), enfatizando el fracaso del proyecto debido a que no se generó el desarrollo social que se esperaba, pero ¿qué tipo de desarrollo social esperaba Binford?, posiblemente el desarrollo que se orienta a la urbanización capitaslista, mientras que los semicampesinos del norte de Morazán piensan en un desarrollo más apegado a sus valores y normas sociales, lo cual ha sido logrado.

Y en efecto, es importante recordar aquí que estas poblaciones también han experimentado un proceso de transformación sociocultural, el cual se ha llevado a cabo a través de un drama social, que en estas microrregiones adquiere el carácter de conflicto político-militar.

Tanto las comunidades rurales y los municipios del oriente de Chalatenango como los del norte de Morazán se incorporaron al movimiento campesino revolucionario. En Chalatenango floreció la Unión de Trabajadores del Campo (UTC), la cual formó parte del Bloque Popular Revolucionario (BPR), que a su vez se integró a las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL), mientras que en Morazán se configuró el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

También en estas poblaciones la década de 1970 fue un período de preparación de las condiciones para el desarrollo del movimiento campesino revolucionario. Especialmente importante en estas zonas fue la influencia de la teología de la liberación y la opción preferencial por los pobres en la construcción de la conciencia revolucionaria, ya que la conciencia de cambio social se desarrolló a partir de la reflexión de la Biblia, la cual se dio a través de los grupos de oración y reflexión de los textos bíblicos así como las misas y los rituales religiosos. Como lo indicamos más arriba, este discurso religioso se entrelazó con el discurso político de las organizaciones revolucionarias, lo cual le proporcionó mucha fuerza al movimiento campesino.

Pero también en el marco de la influencia de la teología de la liberación y la opción preferencial por lo pobres, se crearon comunidades eclesiales de base, las cuales además de reflexionar

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

sobre la palabra bíblica y realizar rituales religiosos, desarrollaron una práctica social basada en los principios de solidaridad y ayuda mutua, generando un nivel muy alto, inusual, de cooperación entre sus miembros. Las comunidades eclesiales de base constituyeron un fundamento organizativo para la construcción del movimiento campesino revolucionario.

El crecimiento del movimiento campesino provocó que el Estado y sus bases civiles, muchos de ellos organizados en la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN), reaccionaran violentamente, desarrollando un clima de terror a través de la realización de masacres, como la masacre del Sumpul y la de El Mozote, asesinatos a líderes y miembros de las organizaciones revolucionarias, torturas y otras prácticas represivas.

Este terrorismo de Estado, como se le denominó en esa época, ocasionó que los revolucionarios abandonaran sus comunidades y municipios de origen (fase de ruptura), muchos de ellos (sobre todo los hombres jóvenes) se incorporaron a las filas guerrilleras, otros anduvieron deambulando como población civil por las montañas de Chalatenango y otros más huyeron a los campamentos de refugiados en Honduras.

El conflicto armado se prolongó hasta 1992 pero los revolucionarios retornaron de los campamentos de refugiados antes de que se firmaran los Acuerdos de Paz. Los actuales pobladores de Guarjila retornaron en octubre de 1987 mientras que los de Los Ranchos emprendieron el viaje de retorno en agosto de 1988. A partir de los Acuerdos de Paz inicia la fase propiamente liminoide, cuando los repobladores comienzan la construcción de un nuevo tipo de sociedad y de cultura en las comunidades rurales y los municipios del oriente de Chalatenango y del norte de Morazán.

En este proceso de construcción de un nuevo tipo de sociedad y de cultura observamos tres sujetos sociales: los exrefugiados, que puede estimarse que constituyen más del 90% de los pobladores actuales de Guarjila y Los Ranchos, un porcentaje de excombatientes que nunca estuvieron en los campamentos de refugiados, y en el

caso de Los Ranchos han llegado algunas familias originarias del municipio que no participaron en el movimiento revolucionario, me refiero a tres grupos domésticos que representan el 1.15% de la población actual del municipio. También debemos considerar que más recientemente han llegado familiares de los revolucionarios a vivir a las comunidades y municipios del oriente de Chalatenango, quienes nunca estuvieron involucrados con el movimiento campesino y que en palabras de un partidario del FMLN de Los Ranchos “*no tienen pensamiento revolucionario*”¹⁰, lo cual introduce nuevas orientaciones en el municipio. Todos estos sujetos son responsables de las nuevas sociedades que se están construyendo en Guarjila y San Antonio Los Ranchos y mutatis mutandis en las demás comunidades y municipios del oriente de Chalatenango y del norte de Morazán.

Estas sociedades han mejorado sus condiciones de vida, pues los semicampesinos, que antes del conflicto político-militar no tenían tierras, ya que las tierras estaban acaparadas por los terratenientes locales, después de los Acuerdos de Paz recibieron tres manzanas de tierra todos los mayores de 18 años. Estas tierras se recibieron a título individual, por lo cual se consolidó el régimen de propiedad privada en estas poblaciones. Si bien es cierto que algunos pobladores se quedaron sin recibir tierras (10% en Guarjila), las Asociaciones de Desarrollo Comunitario (ADESCO) compraron tierras y las pusieron a disposición de los pequeños agricultores, solucionando así la escasez de tierras agrícolas.

También los semicampesinos recibieron terrenos para construir sus viviendas, las cuales en general han sido construidas con ladrillo de bloque y cuentan con los servicios básicos, agua potable y luz eléctrica. Estos terrenos son amplios y muchos de los pequeños agricultores cultivan huertos caseros, en donde producen huisquil, camote, papaya, cítricos, y otros. También cuentan con clínicas, lo cual es muy importante porque antes del conflicto político-militar

10 Grupo de discusión o grupo focal con partidarios del FMLN de San Antonio Los Ranchos, 2019.

tenían que sacar a sus enfermos en hamaca¹¹. Asimismo, cuentan con escuelas, por lo cual se ha mejorado el nivel de educación básica e inclusive ahora pueden encontrarse profesionales en estas poblaciones.

Todo esto se ha logrado en parte por el sistema sociopolítico que han creado, el cual ha garantizado un grado importante de autodeterminación (capacidad de decisión propia) de estas poblaciones. En efecto, muchas de estas comunidades rurales y municipios generaron su sistema sociopolítico en los campamentos de refugiados, de donde trajeron sus directivas de comunidad, que después adquirieron personería jurídica y se convirtieron en ADESCO, y sus comités por áreas de trabajo: reconstrucción, agricultura, educación, salud, etc. Este sistema sociopolítico, sumado al hecho de que tomaron control de sus gobiernos municipales, les permitió garantizar un sistema de bienestar social para sus habitantes.

Esto no quiere decir de que no hayan conflictos al interior de estas comunidades y municipios, por el contrario, a través del tiempo han surgido desigualdades socioeconómicas y disputas en torno al control del poder político. En este volumen se documentan los conflictos que se han desarrollado en Guarjila y San Antonio Los Ranchos a partir de que el FMLN tomó el control del poder ejecutivo de la nación (2009), dividiéndose estas poblaciones entre los efemelenistas y los opositores al FMLN. La hipótesis que se sostiene en este artículo es que mientras el enemigo o el opositor externo está bien definido, como fue el caso de 1970 a 2009, identificándose éste con los defensores del sistema capitalista dominante, las poblaciones revolucionarias se mantuvieron unificadas o al menos no rompieron la unidad de sus comunidades rurales y sus municipios, mientras que cuando el enemigo o el opositor externo se desdibuja, que fue lo que sucedió cuando el FMLN tomó el poder ejecutivo – pues

11 Hamaca: red alargada, gruesa y clara, por lo común de pita, la cual, asegurada por las extremidades en dos árboles, estacas o escarpas, queda pendiente en el aire, y sirve de cama y columpio, o bien se usa como vehículo, conduciéndola dos hombres. Se hace también de lona y de otros tejidos resistentes. Es muy usada en los países tropicales (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, vigésima segunda edición, 2001, 1188).

impulsó proyectos que afectaron negativamente a las poblaciones revolucionarias –, florecen las contradicciones internas.

En este volumen también se discute en torno al fenómeno de trauma cultural, un sentimiento que se ha desarrollado a partir de las múltiples masacres, asesinatos y torturas, que han experimentado estas poblaciones. Es importante resaltar que si bien el trauma cultural está presente en estas poblaciones, los habitantes del oriente de Chalatenango y del norte de Morazán han mejorado sus condiciones materiales y sociales de vida, por lo cual si bien el dolor y el sufrimiento está presente en ellos (y yo diría en todos los salvadoreños) también hay una satisfacción en el sentido de que han construido sociedades de nuevo tipo. En este sentido el trauma se entrelaza dialécticamente con la esperanza, que no es algo ilusorio sino que ya se ha realizado en la sociedad contemporánea.

También se aborda el tema de la migración transnacional, la cual, como hemos visto, se desarrolló originalmente a partir del conflicto político-militar. Es de gran interés el capítulo de la Doctora Yansi Pérez, quien hace ver cómo los migrantes en los Estados Unidos están construyendo su memoria sobre el conflicto social en El Salvador. La memoria histórica constituye un componente esencial en la construcción de la identidad étnica de estas poblaciones.

Finalmente, el trabajo del Doctor Ricardo Roque Baldovinos es de gran trascendencia, pues el especialista en estudios literarios resalta la trascendencia de la producción de audiovisuales en la construcción de la memoria histórica. Es una memoria que no ve únicamente hacia el pasado, *“no son vidas atrapadas en la melancolía”* (en este volumen), resalta el filósofo, sino que la memoria se realiza en el presente y se proyecta hacia el futuro, hacia la realización de un nuevo tipo de sociedad y de cultura.

OBRAS CITADAS

Ellacuría, Ignacio: *Filosofía de la realidad histórica*, San Salvador, UCA, 1999.

Kearney, Michael: *Reconceptualizing the Peasantry. Anthropology in Global Perspective*, USA, University of California-Riverside, Westview Press, 1996.

Lara Martínez, Carlos B.: *Memoria histórica del movimiento campesino de Chalatenango*, San Salvador, UCA, 2018.

Lara Martínez, Carlos B.: “Memoria histórica y cambio sociocultural: la investigación sobre las comunidades emergentes”, Rev. REALIDAD # 153: *Memoria histórica del conflicto político-militar en El Salvador*, San Salvador, UCA, enero-junio 2019.

Lévi Strauss, Claude: *Antropología estructural. Mito, sociedad, humanidades*, México, siglo xxi, 1979.

Pearce, Jenny: “Historias emocionales: una historiografía de las resistencias en Chalatenango, El Salvador”, Revista Realidad # 153: *Memoria histórica del conflicto político-militar en El Salvador*, San Salvador, UCA, enero-junio 2019.

Todd, Molly y Jacey Anderson: “El retorno de las historias exiliadas. Talleres de memoria histórica en Chalatenango y Cuscatlán”, Revista Realidad # 153: *Memoria histórica del conflicto político-militar en El Salvador*, San Salvador, UCA, enero-junio 2019.

Turcios, Roberto: *Siglo XX. Tendencias y coyunturas de cambio*, San Salvador, INFOD, 2019.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Sprenkels, Ralph: “Relaciones urbano-rurales en la insurgencia salvadoreña”, en Jorge Juárez Ávila, Jorge (coord.): *Historia sobre el conflicto armado y sus secuelas*, San Salvador, IEHAA-UES, Fundación Friedrich Ebert, 2014.

Turner, Víctor: *La selva de los símbolos*, Madrid, S. XXI, 1980.

Turner, Víctor: *From ritual to theatre. The human seriousness of play*, New York, Performing Arts Journal Publications, 1982.

Transformación Sociocultural y Conflicto por el Poder en Guarjila y San Antonio Los Ranchos¹

Carlos Benjamín Lara Martínez
Universidad de El Salvador
carlos.lara@ues.edu.sv

“Una sociedad perfecta, un Estado perfecto,
son cosas que solo pueden existir en la imaginación”
Friedrich Engels 2006 – texto original 1886 –

Introducción

Diversos académicos y políticos han idealizado la transformación sociocultural, imaginando que ésta tiene que producir una sociedad perfecta, capaz de satisfacer todas las necesidades de sus habitantes. Y la transformación sociocultural no produce sociedades perfectas e incluso no siempre produce una sociedad superior a la anterior, sino que la sociedad nueva supera en algunos aspectos a la sociedad que le antecede pero en otros aspectos puede que no lo logre o incluso que represente un retroceso en el proceso de evolución.

Y este es el caso que vamos a estudiar en el cantón Guarjila y el municipio de San Antonio Los Ranchos, en el departamento de Chalatenango, en la zona central norte de El Salvador, en donde se

1 El artículo que se presenta a continuación es producto de una investigación que se ha llevado a cabo con el apoyo de la Junta Directiva 2017-2019 de la Facultad de Ciencias y Humanidades de la Universidad de El Salvador. El título del proyecto es: MEMORIA HISTÓRICA Y DINÁMICA SOCIOCULTURAL EN LAS SOCIEDADES DE GUARJILA Y SAN ANTONIO LOS RANCHOS. El trabajo de campo se llevó a cabo en el año 2019, en el cual se realizaron un conjunto de grupos de discusión o grupos focales (focus groups) en el cantón Guarjila y el municipio de San Antonio Los Ranchos en el oriente de Chalatenango, en la zona central norte de El Salvador. También debo agradecer a la Doctora Molly Todd de Montana State University, quien apoyó el desarrollo de esta investigación.

ha producido una transformación sociocultural, pero ésta no ha construido sociedades perfectas, libres de contradicciones, sino que si bien los pobladores han mejorado sus condiciones de vida, también es cierto que el proceso ha generado desigualdades sociales y contiendas por el poder político.

Estas disputas han surgido cuando el enemigo externo – “el otro” diríamos en teoría de la identidad – se ha desdibujado, se ha vuelto poco claro, provocando que la contradicción externa – entre defensores de la sociedad capitalista dominante y semicampesinos² revolucionarios – se desplace hacia las contradicciones internas – al interior de las comunidades y municipios revolucionarios – , en donde los que se mantienen fiel al partido Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), la organización y partido político al que estos pequeños agricultores se han integrado desde la década de 1970, se enfrentan a los que se han incorporado a un partido político diferente.

En efecto, a partir de 2009, cuando el FMLN toma el poder ejecutivo en El Salvador, los altos dirigentes de este partido apoyan algunos proyectos que son contrarios a los intereses de los pequeños agricultores de Guarjila y Los Ranchos, en concreto en Guarjila apoyan la construcción de la carretera Longitudinal del Norte, una carretera que atraviesa todo el norte de El Salvador y que conecta Guatemala con Honduras, el cual había sido caracterizado, junto a los proyectos de explotación minera y de construcción de represas, como un proyecto de muerte, es decir, un proyecto que traería mucho sufrimiento y muerte a los pobladores del oriente de Chalatenango. Esto dividió a los habitantes de Guarjila en dos grupos de interés: aquellos que seguían apoyando al partido FMLN y los que se oponían a sus decisiones. Asimismo, la alta dirigencia del FMLN apoyó al

2 Utilizo el concepto de semicampesinos para identificar a estos pequeños agricultores que combinan la agricultura campesina de subsistencia con la economía capitalista basada en la maximización de beneficios, insertándose en las décadas de 1960-70 en las cortas de café, caña de azúcar y, en menor medida, en las de algodón, y más recientemente en la economía estadounidense y de otros países a través de la migración transnacional.

excalcalde de Los Ranchos³ en su interés de perpetuarse en el gobierno municipal, lo cual también dividió a la población de este municipio.

Las hipótesis que voy a manejar en este artículo son dos:

(1) las contradicciones internas en Guarjila y Los Ranchos se han desarrollado a partir de que el enemigo externo, “el otro”, se ha desdibujado. Este enemigo externo ha estado representado por los defensores de la sociedad capitalista dominante, el cual entre 1970 y 2009 se fue identificando con diversos sujetos sociales: con el Partido de Conciliación Nacional (PCN), el partido político que controlaba el poder ejecutivo en las décadas de 1960 y 1970, los miembros de la derechista Organización Democrática Nacionalista (ORDEN), la cual participó en diversas masacres en contra de los semicampesinos revolucionarios, los cuerpos de seguridad pública, como la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda, que ejercieron la represión, el ejército nacional, los escuadrones de la muerte, la oligarquía (caracterizada así por los semicampesinos revolucionarios) y la clase y los estratos sociales dominantes, los estadounidenses que apoyaban al Estado militarista y al proyecto capitalista, los católicos tradicionales (o considerados como tradicionales por los revolucionarios) y los evangélicos y pentecostales, que se oponían (y se oponen) a la teología de la liberación y la opción preferencial por los pobres, el partido político Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), que controló el poder ejecutivo de 1989 a 2009, y todos aquellos que apoyan el proyecto capitalista.

Esta oposición semicampesinos revolucionarios / defensores de la sociedad capitalista dominante estaba muy bien definida entre 1970 (cuando inicia el conflicto político-militar) y 2009, pero a partir de esta última fecha se desdibuja o se vuelve poco clara, debido a que el FMLN toma el control del poder ejecutivo e impulsa diversos proyectos que favorecen el desarrollo del capitalismo globalizador. Esta situación es todavía más confusa porque algunos proyectos que afectan a los semicampesinos de Guarjila, como por ejemplo la construcción de la carretera

3 Alcalde de San Antonio Los Ranchos de 1997 a 2012.

Longitudinal del Norte, son ejecutados por uno de los líderes históricos del partido de izquierda.

Asimismo, más o menos por la misma fecha (2010-2012) estalla el conflicto en San Antonio Los Ranchos, debido a que el exalcalde del FMLN pretendía perpetuarse en el poder municipal. Si bien el partido de izquierda intentó calmar la situación poniendo un candidato distinto, este siempre era del grupo de interés del exalcalde, por lo que el conflicto volvió a estallar en las elecciones de 2015, provocando que el grupo opositor cambiara de partido político, en un principio con Cambio Democrático (CD) y posteriormente con Gran Alianza Nacional (GANAN) y más recientemente con la alianza Cambio Democrático (CD)-Nuevas Ideas (NI).

En síntesis, puede establecerse la siguiente hipótesis: cuando el enemigo o el opositor es externo y está bien definido, como es el caso de los defensores de la sociedad capitalista dominante, quienes pertenecían (y pertenecen) a la sociedad nacional y global, las comunidades y los municipios revolucionarios se unifican o permanecen unificados a pesar de sus diferencias, pero cuando el adversario externo se desdibuja o se desvanece florecen las contradicciones internas.

(2) una segunda hipótesis puede establecerse: las contradicciones internas en Guarjila y Los Ranchos no representan diferentes orientaciones en cuanto al modelo de sociedad, sino que ambos grupos de interés – los que están a favor del FMLN y los contrarios al partido de izquierda – mantienen una misma orientación de valores políticos en relación al tipo de sociedad que aspiran construir, las diferencias más bien corresponden al ejercicio del poder.

El contexto histórico

El **oriente** de Chalatenango puede ser considerado como una microrregión, debido a que comparte las tres características establecidas por el Doctor Andrés Fábregas Puig (2010), a saber: constituye un área geográfica definida, comparte una historia común y se observa un presente etnográfico con características

similares entre todos los municipios y comunidades rurales de la microrregión – desde San Antonio Los Ranchos hasta Arcatao, pasando por Las Vueltas y San José Las Flores –

Desde el punto de vista histórico, el oriente de Chalatenango estuvo integrado a la región lenca en la época prehispánica, en los siglos posteriores constituyó una microrregión marginada del desarrollo social, con una economía basada en la agricultura de subsistencia. Molly Todd (2010) destaca la movilidad social como una característica de esta microrregión, lo cual favoreció la práctica de “las guindas” o huidas rápidas por la persecución del ejército, que constituyó una táctica muy efectiva para enfrentar a las fuerzas del Estado militarista.

Antes del desarrollo del conflicto político-militar que inicia en 1970, las comunidades y municipios del oriente de Chalatenango estaban dominados por unas pocas familias que concentraban las tierras de esta microrregión. En Guarjila y Los Ranchos, por ejemplo, una familia ampliada mantenía el control sobre la tierra, por lo cual gran parte de los pequeños agricultores no tenían otra opción que trabajar para estos terratenientes locales, quienes a cambio de proporcionarles tierra para que construyeran sus viviendas y cultivaran sus milpas, los semicampesinos pobres tenían que trabajar en la tierra del patrón por la mitad del salario y debían de ceder una parte de sus cosechas de granos básicos.

En términos generales, puede establecerse que para las décadas de 1960 y 1970, la estructura de la propiedad se establecía de la siguiente manera: una o dos familias acaparaba la tierra en cada uno de los municipios y las comunidades del oriente de Chalatenango. Estos terratenientes locales cultivaban granos básicos y practicaban la ganadería con fines comerciales. En sus actividades económicas, contrataban a los semicampesinos pobres, quienes trabajaban en condiciones de sobreexplotación de la fuerza de trabajo. También se podía observar algunos semicampesinos medios que poseían de 6 a 15 manzanas, pero la

inmensa mayoría eran semicampesinos pobres, mayoritariamente sin tierras y algunos con un cuarto o media manzana

Tanto los semicampesinos medios como los pobres complementaban sus ingresos contratándose como fuerza de trabajo asalariada en las cortas de café y caña de azúcar y, en menor medida, en las de algodón. En otras palabras, estos pequeños agricultores combinaban la economía de subsistencia, basada en la producción de granos básicos a pequeña escala, con la economía capitalista monetarizada, por lo cual adquieren la condición de semicampesinos, experimentando, como diría Cabarrús (1983), las contradicciones de ambos modos de producción (del campesino y del capitalista).

Esta condición de semicampesinos provocó que estos pequeños agricultores obtuvieran una visión más amplia de la dinámica de su sociedad, la cual no se restringía a su localidad (caserío, cantón o municipio) sino que se articulaba con la sociedad nacional (a través de las cortas de café, caña de azúcar y algodón) y global. Esto favoreció el cambio de mentalidad que estos pequeños agricultores experimentaron, lo cual propició la construcción de la conciencia revolucionaria.

En efecto, cuando pregunté sobre el origen del movimiento campesino revolucionario, la mayoría de mis informantes señaló cuatro características: (1) la escasez de tierras para trabajar, debido a que los terratenientes locales habían acaparado las tierras con vocación agrícola en cada uno de los cantones y municipios del oriente de Chalatenango; (2) maltrato en las propiedades de los grandes terratenientes durante las cortas de café, caña de azúcar y algodón; (3) uso excesivo de la violencia física por parte de los cuerpos de seguridad pública; (4) el cambio de mentalidad provocado por el cuestionamiento a la cultura tradicional del campesinado. Dado de que los semicampesinos del oriente de Chalatenango eran (y son) fuertemente religiosos, este cambio de mentalidad tomó como punto de partida el cuestionamiento a la religión católica tradicional, sobre la base de la teología de la liberación y la opción preferencial por los pobres.

Este último aspecto es fundamental, pues las tres primeras características han estado presentes desde principios del siglo XX, pero el cuestionamiento a la cultura campesina tradicional representó una característica nueva, lo que Cabarrús (1983) identificó como un “desbloqueo ideológico”, en el sentido de que rompió con la tradición cultural que el campesino de la región de Mesoamérica había venido construyendo, la cual consistía (y aún consiste en muchas comunidades y poblados de Mesoamérica) en un conjunto de valores que lo han mantenido subyugado a los terratenientes nacionales y locales, como el valor del fatalismo (Martín Baró 1987), el sentido del sacrificio del catolicismo tradicional y los valores relacionados con el compadrazgo (Montes 1987).

El cuestionamiento a estos valores tradicionales desde el discurso y el simbolismo religioso fue fundamental para el desarrollo del movimiento campesino revolucionario, el cual tuvo como uno de sus pilares centrales la constitución de las comunidades eclesiales de base, que suponía la reinterpretación de la Biblia en favor de la liberación del campesinado y del pueblo en general de sus opresores. Como recuerda un catequista originario del cantón Corral Falso, municipio de Potonico:

“...gracias a Dios, a tiempo descubrimos lo que nos correspondía hacer como verdaderos cristianos, porque gracias a Dios, vaya, antes la iglesia, me acuerdo yo, que predicaba un compromiso terrible, que la pobreza, la miseria, el hambre que aguantábamos, era la voluntad de Dios, y nosotros como la iglesia nos decía eso, los padres que llegaban allí a decir misa, nosotros tranquilos, ¡qué vamos a hacer!. No había ninguna alternativa de que nosotros los pobres un día nos esforzáramos por no ser tan demasiado pobres, pues, y nosotros decíamos que éramos los más pobres de todo El Salvador. Y después que ya empezamos a recibir un curso de iniciación cristiana, que se llamaba, donde ya unos curas empezaron a hablarnos lo diferente de la situación, pues, o sea, nos despejó la mente, pues, de conformismo, de todo lo que sufríamos, la pobreza, la miseria, y todo eso, no era la voluntad de Dios, jera mentiral, era la voluntad de los ricos que hay, los poderosos, que les gusta tener así sometido y explotado y oprimido al pueblo”.

Pero estas comunidades también desarrollaban un nivel de organización y de práctica social conforme a los nuevos valores, porque

“se empezó a formar las Comunidades Eclesiales de Base”, asegura un informante originario de Nueva Trinidad, “después se pasó a una directiva ya para formar, este, una directiva también de la Comunidad de Base, a donde allí había, eh, un directivo general, vedá, general se dice que era el que, el que traía toda a mano la información, luego, estaba uno de conflictos, estaba uno de propaganda, estaba uno de organización y estaba otro de agricultura, porque también trabajábamos en la agricultura, y que todo lo que se trabajaba en la agricultura se repartía dentro del grupo...”

Como lo he indicado más arriba, estas comunidades eclesiales de base constituyeron uno de los núcleos más importantes para la construcción del movimiento campesino revolucionario, tanto desde el punto de vista de la cultura política – configuración de la conciencia revolucionaria – como por su organización social y política.

Pero el componente religioso por sí solo no puede generar un movimiento político de transformación social, ya que cuando el cuestionamiento religioso va solo genera movimientos milenaristas o de carácter puramente simbólico, pero no produce transformaciones sociopolíticas de trascendencia. Y a la inversa, si el componente político hubiese ido solo, no hubiese generado un movimiento social tan potente como el que floreció en el oriente de Chalatenango y otras áreas de El Salvador. Solo la articulación del discurso y el simbolismo religioso con el discurso y el simbolismo político pudo producir un movimiento de transformación social como el que se construyó en el oriente de Chalatenango.

Y en efecto, en el caso de Guarjila y Los Ranchos es en 1973 cuando se registra la creación de las comunidades eclesiales de base y es más o menos por esta fecha cuando se origina la organización política: la Unión de Trabajadores del Campo (UTC), la cual se integró al Bloque Popular Revolucionario (BPR) que a su vez se asoció a la organización político-militar Fuerzas Populares de Liberación

Farabundo Martí (FPL). Esta estructura orgánica favoreció la integración del discurso y el simbolismo religioso con el discurso y el simbolismo político, lo que produjo una conciencia revolucionaria capaz de impulsar un robusto movimiento de cambio social.

Los actuales pobladores de Guarjila y Los Ranchos se incorporaron a este movimiento político, enfrentando al Estado nacional que defendía los intereses de los terratenientes locales y nacionales. El Estado nacional y la población civil que lo apoyaba respondieron con violencia, masacrando y torturando a los semicampesinos revolucionarios. Después de las masacres que experimentaron estos pequeños agricultores, como la masacre del río Sumpul y otras, la mayor parte de los actuales pobladores de Guarjila y Los Ranchos huyeron a los campos de refugiados de Mesa Grande, Honduras, en donde permanecieron por siete u ocho años.

En Mesa Grande los semicampesinos de Guarjila y Los Ranchos desarrollaron un nivel de organización social y política que les permitió tomar control de su vida social. Crearon siete campamentos en donde se ubicaron no solamente los pequeños agricultores del oriente de Chalatenango, sino también pobladores originarios de los departamentos de Cabañas y Cuscatlán, en total en los siete campamentos se refugiaron 11,500 individuos. Cada campamento tenía su directiva, la cual era elegida cada dos años en la asamblea general del campamento. A través de estas directivas se tomaban las decisiones más importantes para los miembros del campamento y se distribuían los recursos de acuerdo al tamaño y las necesidades de las familias. Los campamentos estaban divididos en módulos y éstos en barracas o galeras de cinco cuartos cada uno en donde habitaban de cinco a diez personas por cuarto.

Dado de que las capillas, los centros de salud y de educación y los campos de fútbol se construyeron entre dos o tres campamentos, los semicampesinos se vieron obligados a crear comités para coordinar el trabajo entre dos o tres campamentos (para los campamentos 1 y 2 había un comité, para el 7 y 6 otro y para el 5, 4 y 3 un tercer comité). Estos comités estaban constituidos por

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

personas que eran designadas por las directivas de los campamentos y se coordinaban para orientar el trabajo en todos los campamentos. Los comités estaban constituidos por un coordinador general, un vice coordinador, un secretario, un tesorero, uno de disciplina y había un responsable de cada una de las áreas de trabajo, estas eran: talleres y vituallas, agricultura, educación popular, salud y pastoral. Al igual que las directivas de los campamentos, estos tres comités se renovaban cada dos años, en las mismas asambleas en donde se elegían a las directivas de los siete campamentos.

Es importante destacar que en los campamentos se desarrolló un alto nivel de solidaridad y ayuda mutua, construyendo un sentido de *comunitarismo* que no es usual en la vida social regular. Mis informantes destacan de que en Mesa Grande todo se repartía equitativamente, tanto lo que se producía como lo que se recibía en calidad de donación, lo cual era distribuido de acuerdo a la dimensión del campamento y de las familias. Una semicampesina que actualmente vive en Guarjila expresa: “...yo sentí que en Mesa Grande sí se pudo realmente vivir y practicar el sentido comunitario, el sentido de solidaridad, el sentido de lo que significa el pueblo”.

Esto se refuerza por las relaciones de parentesco que se mantenían al interior de los campamentos. En efecto, aunque las familias estaban desquebrajadas, pues muchos de sus miembros se dispersaron – “*algunos familiares se fueron por un lado y otros para el otro*”, sostiene un poblador de Los Ranchos –, los semicampesinos se esforzaron por mantener la unidad de la familia. Ya desde su incorporación a la organización revolucionaria, los pequeños agricultores como tendencia se afiliaban como grupo doméstico, esto es, todos los miembros del grupo doméstico se incorporaban en diversas tareas a la organización revolucionaria. Y aunque en el desarrollo del conflicto armado se dio una división de género y de grupos de edad: los hombres jóvenes engrosaban las filas guerrilleras mientras que las mujeres, los niños y los hombres de mayor edad huían a los campos de refugiados, todos los miembros del grupo doméstico mantenían la misma cultura política. En Mesa Grande, los miembros de un mismo grupo doméstico y de

una misma familia ampliada tendían a agruparse en el mismo campamento.

A mediados de 1980 se plantea la necesidad de retornar a su microrregión de origen (a la zona, decían ellos, refiriéndose a la zona controlada por la guerrilla). Es cierto que la dirigencia del FMLN lanzó la orientación de que las zonas controladas por la guerrilla debían de ser repobladas por los revolucionarios, pues de lo contrario la guerrilla quedaba aislada y esto facilitaba la incursión del ejército en las zonas en conflicto, pero también es cierto que los semicampesinos estaban interesados en repoblar sus lugares de origen, por dos razones: (1) querían apoyar a sus familiares (hijos y hermanos) que estaban combatiendo en las filas guerrilleras, y (2) querían retornar a su tierra natal para construir un nuevo tipo de sociedad y de cultura, proyecto al cual se habían comprometido desde el inicio del conflicto político-militar a principios de la década de 1970.

Una informante recuerda:

“Sí, quería venirme, yo tenía, sólo había cumplido los 15 años, yo le dije a mi mamá, mire mamá, yo, y solo estaba yo con ella, todos mis hermanos no estaban conviviendo con nosotros, ellos estaban aquí, estaban en la zona [en la zona controlada por el FMLN, con la guerrilla], y le dije, mire mamá, yo me quiero ir, tomemos una decisión, o nos vamos o yo me quiero ir, yo siento que no estamos en la tierra nuestra, y en El Salvador hay muchas cosas que hacer, aquí no podemos hacer mucho, allá es donde tenemos que ir a trabajar, tenemos que ir a reconstruir, tenemos que ir a hacernos escuchar, y así, mucha gente tomamos la decisión de venirnos”⁴.

A pesar de la resistencia por parte del Estado salvadoreño y del propio ACNUR⁵ para aceptar la repoblación de los semicampesinos revolucionarios al oriente de Chalatenango, éstos emprendieron el viaje de retorno en 1987. En octubre de este año salió la primera caravana de Mesa Grande a Guarjila, Las Vueltas, Copapayo y Santa

4 El corchete es mío.

5 ACNUR: Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados

Marta (en Cabañas), en agosto de 1988 se verificó el viaje de retorno a Los Ranchos y el cantón Teosinte.

Un poblador de Guarjila recuerda:

“cuando regresamos de Mesa Grande realmente la impresión que me dio a mí y a toda la población que veníamos fue el ver un lugar bien asolado, un lugar que sólo había maleza, zacate⁶ vamos a decir, este, y lo peor del caso fue ver que estaba militarizado el lugar, cuando nosotros bajábamos de los buses pues estaban los militares con el fusil, este, y eso, bueno, o sea realmente nosotros que veníamos llegando de un refugio, pues, este, nos puso un poco nerviosos...”

Por su parte una profesora de Los Ranchos resalta:

“desde el momento que salimos de Mesa Grande en Honduras veníamos conscientes que veníamos a hallar un lugar abandonado, un lugar donde no había viviendas, lo único que aquí los⁷ esperaba como dijeron era pues una guerra, este, un conflicto armado, y luego que con ello conocíamos de que aquí lo que más existía eran las capturas, las desapariciones de personas, entonces, todo eso ya venía en nuestras mentes, veda, que de no estar unidos como personas que veníamos a repoblar estos lugares que, este, los veíamos en el peligro de que de un momento a otro nos podían desaparecer y nadie se iba a dar cuenta”

Al llegar a sus localidades, los semicampesinos de Guarjila y Los Ranchos comenzaron el proceso de reconstrucción de sus comunidades rurales y sus municipios, se pusieron a construir sus viviendas, en un principio de zacate y nylon y luego de bajareque y adobe, y posteriormente, después de los Acuerdos de Paz, de bloque. Asimismo, se organizaron para solucionar el problema del agua potable, de la alimentación y de sus necesidades básicas.

6 Zacate: pasto, monte.

7 Los: nos, en lenguaje local.

Como sostiene el exalcalde de Los Ranchos para los períodos que van de 1997 a 2012,

“veníamos organizados en secretarías, ya desde que veníamos de Mesa Grande ya habían representaciones de las diferentes áreas, en ese tiempo les decíamos áreas, estaba el área de educación, el área de salud, el área de producción, el área de reconstrucción, entonces eran como unas cinco áreas y que ya venían con alguna preparación algunos, los de salud ya eran promotores allá, los de educación ya eran maestros allá, maestros populares...”

En realidad, la experiencia del refugio de Mesa Grande condicionó la organización social y política de las repoblaciones de Guarjila y Los Ranchos. La dinámica de los comités y las directivas de los campamentos y sus áreas de trabajo constituyó un modelo para la organización de la vida social en las repoblaciones. Como en Mesa Grande, se conformaron directivas comunales, tanto en las comunidades rurales (cantones y caseríos) como en los municipios, las cuales se constituyeron en ADESCO (Asociaciones de Desarrollo Comunitario), con lo que adquirieron personería jurídica. Estas directivas de comunidad integraron diversos comités que correspondían a diferentes áreas de trabajo, como producción, reconstrucción, educación, salud y pastoral.

Pero además de las áreas de trabajo, las localidades fueron divididas en zonas geográficas, en sectores les denominaban los pequeños agricultores, con lo cual se lograba una mayor efectividad en las actividades económicas y sociales que se realizaban así como una participación más amplia de los habitantes en la toma de decisiones. En la práctica, las directivas de comunidad se erigieron en el organismo rector que orientó la vida social y política de estas poblaciones.

A la par de las directivas de comunidad se organizaron las cooperativas, las cuales promovían el desarrollo económico en las comunidades rurales y los municipios del oriente de Chalatenango.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

En Guarjila la cooperativa llegó a tener hasta 150 cabezas de ganado y en Los Ranchos 197, logrando en este municipio sacar 14 cántaros de leche todas las mañanas, lo cual se repartía entre todos los habitantes. En un momento dado, las decisiones en Guarjila y Los Ranchos se tomaban entre la directiva de la comunidad y la directiva de la cooperativa.

En un primer momento la producción era colectiva, “*todo se hacía en colectivo*”, señala un poblador de Guarjila, “*a la hora de sacar el producto todo se repartía. Pasaba un señor diciendo: a tal hora se va a repartir, si se mataba una vaca le toca a este sector ir a recibir la carne, le toca el maíz, los frijoles, se hacían chileras, tomateras, creo que es lo más bonito que he vivido yo, eso de cómo era una humanidad entre todos, que nadie era individual, si a usted le faltaba algo el vecino estaba ahí pendiente de que todos tuviéramos de lo que había*”.

Sin embargo, en el marco del conflicto armado, entre los años 1987-1992, se fue desarrollando la propiedad privada, la gente comenzó a solicitar un día para trabajar en su parcela y luego no fue un día sino dos o más, y cuando llegaron los Acuerdos de Paz ya solo se trabajaba un día en lo colectivo. Con los Acuerdos de Paz se llevó a cabo el Programa de Transferencias de Tierras (PTT), lo cual consolidó el régimen de propiedad privada, ya que otorgó a título individual tres manzanas de tierras a todos los mayores de 18 años.

No obstante, las directivas comunales, ahora constituidas en ADESCO, comenzaron a comprar tierras, las cuales las pusieron a disposición de la comunidad. Un dirigente del cantón Guarjila estima que la ADESCO de esta comunidad llegó a tener 400 manzanas, entre propiedades urbanas y rurales, algunas de las cuales están siendo utilizadas por los pequeños agricultores que no poseen tierras.

Un aspecto fundamental en estas poblaciones es la importancia que sus habitantes le dan a la salud y la educación. Desde que retornaron los semicampesinos revolucionarios invirtieron mucho esfuerzo en el área de la salud:

“cuando venimos acá”, recuerda la actual directora de la clínica de Guarjila, “yo venía, aquí solo habemos tres: Marleni, Esperanza y yo, tres de las primeritas que fundamos acá la salud en Guarjila. Llegamos acá, ya traíamos botiquín, en la casa de don Isidro, habían pedazos de casa, veda, no había casa sino pedazos de casa, se reparó, fue de las casas que se repararon luego⁸, este, para poner el botiquín ahí, entonces empezamos con un botiquín a atender las enfermedades más sentidas; había solo acetaminofén, algunos desparasitantes, algunos medicamentos... vino Ana [Manganaro] en el 88, nosotros llegamos el 10 de octubre del 87, ella vino en enero del 88, ella era médico pediatra y vinieron otras personas también, médicos que eran de Cáritas y de aquí de la diócesis también mandaron médicos, y ellos empezaron también a dar consultas con nosotros en esa casa. Y después, este, hermana Ana empezó a preparar promotores, los promotores de salud que éramos nosotros, habíamos como 15, más mujeres que hombres, siempre en salud ha habido más mujeres que hombres, y empezó Ana a prepararnos, veda, a prepararnos para que nosotros pudiéramos dar las consultas, verdad, ella nos empezó a preparar con primeros auxilios, nos empezó a preparar con enfermedades más frecuentes, veda, que la diarrea, que la gripe, que la tos, cositas así, empezó a prepararnos ella, veda, y así nos fue preparando hasta que llegamos a prepararnos bien”⁹

Dado de que antes que se desarrollara el conflicto político-militar estos pequeños agricultores no tenían clínicas en sus comunidades ni en sus municipios, sino que los enfermos tenían que ser transportados a la ciudad de Chalatenango, muchas veces cargándolos en hamacas¹⁰, había gran interés por fortalecer el área de la salud. Y en efecto, la clínica de Guarjila adquirió gran trascendencia atendiendo la salud de los semicampesinos del oriente de Chalatenango, no solo la salud de los pobladores de Guarjila sino de toda la microrregión.

8 Se repararon luego: de inmediato, de las primeras que se repararon; expresión local.

9 El corchete es mío.

10 Hamaca: red alargada, gruesa y clara, por lo común de pita, la cual, asegurada por las extremidades en dos árboles, estacas o escarpías, queda pendiente en el aire, y sirve de cama y columpio, o bien se usa como vehículo, conduciéndola dos hombres. Se hace también de lona y de otros tejidos resistentes. Es muy usada en los países tropicales (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, vigésima segunda edición, 2001, 1188).

También el área de la educación adquirió gran trascendencia:

“quiero rescatar ahí que fue impresionante”, sostiene un docente de Guarjila, “realmente todo el avance que se logró tener en educación popular, por ejemplo, toda la gente tenía la claridad que no era solamente el tema de lectura y escritura, verdad, sino que también había que cambiar todo el tema del enfoque, el método, y sobre todo el tema de la formación política que había dentro de cada una de las clases que se tenían, o sea nosotros aprendimos a leer y a escribir hablando de la cuma¹¹ y el machete¹², de la cuma y el tecomate¹³, y de la implicación que tenía en toda la lucha salvadoreña, entonces para eso inclusive yo no recuerdo a qué año pero en Chalate se logró escribir la Cartilla Chalateca, que fue el método digamos, bueno, el instrumento de lectura y escritura que se utilizaba aquí verdad con las canciones, los poemas, contruidos y creados por la población misma, las canciones populares que habían hecho, que viene ese otro tema del arte popular también que tuvo un pico ahí por el 89-90, impresionante, entonces, eso lo capitaliza el equipo técnico que se había creado con el apoyo de la solidaridad internacional y se logran también escribir estos, una especie de manuales, verdad, tanto para educación popular como para salud también”

Y en efecto, en estas poblaciones se ha elevado el nivel académico de sus habitantes, al grado que ahora encontramos profesionales viviendo en Guarjila, Los Ranchos y en todas las comunidades y municipios del oriente de Chalatenango, algo que era impensable antes de que se desarrollara el conflicto político-militar.

Después de que se firman los Acuerdos de Paz, los pobladores de Guarjila y Los Ranchos inician un proceso de construcción de

11 Cuma: cuchillo corvo para rozar y podar (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, vigésima segunda edición, 2001, 714)

12 Machete: arma blanca más corta que la espada, ancha, pesada y de un solo filo (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, vigésima segunda edición, 2001, 1410).

13 Tecomate: especie de calabaza de cuello estrecho y corteza dura, de la cual se hacen vasijas (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, vigésima segunda edición, 2001, 2144).

un nuevo tipo de sociedad y de cultura, el cual tiene como base la negociación de su condición de semicampesinos heredada de la sociedad anterior al conflicto político-militar, las nuevas estructuras sociales y simbólicas generadas a través del movimiento campesino revolucionario y las nuevas condiciones del capitalismo global.

Con base en estas tres variables, se crea un nuevo tipo de sociedad y de cultura que adquiere las siguientes características:

1. Se sigue desarrollando una economía de carácter semicampesina, solo que si en las décadas de 1950 a 1970 se combinaba la economía campesina, de subsistencia, con las cortas de café, caña de azúcar y algodón, después de los Acuerdos de Paz se combina con la migración transnacional.
2. Los semicampesinos adquieren tierras, pues antes del conflicto político-militar los semicampesinos pobres no tenían tierras o poseían parcelas muy pequeñas – $\frac{1}{4}$ o $\frac{1}{2}$ manzana –, mientras que a través del Programa de Transferencias de Tierras todos los mayores de 18 años adquieren tres manzanas de tierra. Estas tierras son adquiridas en calidad de propiedad privada.
3. También adquirieron sus propias viviendas con los servicios básicos (agua potable y luz eléctrica). Esto es muy importante, porque antes del conflicto político-militar los semicampesinos no tenían casa propia, vivían en los terrenos de los terratenientes locales, por lo cual sufrían los abusos de sus patronos. Tampoco contaban en sus viviendas con los servicios básicos. Ahora, poseen sus propias viviendas, la gran mayoría de ellas de bloque, y con los servicios básicos. Es de resaltar que estas viviendas están ubicadas en terrenos amplios que les permiten cultivar huertos caseros.
4. Se crea una estructura sociopolítica que garantiza la autodeterminación–capacidad de decisión–de estas poblaciones. Los semicampesinos crean sus directivas de comunidad que luego adquieren personería jurídica (ADESCO) con sus comités que trabajan en diferentes áreas: reconstrucción, agricultura, educación, salud y pastoral. También toman el control de las

alcaldías municipales, primero a través del FMLN y luego a través de otros partidos políticos. Esta estructura sociopolítica les garantiza tener control sobre su vida social.

5. Se dedican muchos esfuerzos al desarrollo de la salud pública, creando clínicas y unidades de salud en las comunidades rurales y los municipios del oriente de Chalatenango, las cuales no existían antes del conflicto político-militar.

6. Se dedican grandes esfuerzos a la educación, por lo cual ahora podemos observar un buen nivel de educación básica y un conjunto de profesionales que antes era impensable.

Como señala un profesor de la escuela de Guarjila:

“ahora se ve inversión social, antes no se veía, vea, y si se veía era focalizada, centrada en una zona, aquí en Chalatenango la mayoría de lugares no tenía escuelita, clínica, había que ir hasta Chalate, vea, hasta la cabecera, ahí estaba el único hospital de todo, entonces ahora se ve que el rumbo y la inversión del Estado ya no se queda solo a favor de esos sectores sino que ya va más o menos, ha ido como respondiendo a las necesidades de la gente, o sea el Estado ya ahora se está poniendo en función del pueblo de alguna manera, que todavía no se logra, pero sí ahora podemos gozar de algunos beneficios del Gobierno, pensiones y todos los programas sociales, eso antes, eso no existía, era algo que, y ni pensábamos que iba a existir...”

Esta situación, por supuesto, no supone que en estas sociedades no existan desigualdades sociales, claro que se han desarrollado desigualdades socioeconómicas y políticas y se han generado conflictos políticos. En las siguientes líneas daremos cuenta de los conflictos generados en Guarjila y San Antonio Los Ranchos.

A favor o en contra del FMLN: el conflicto político en Guarjila y San Antonio Los Ranchos

La contienda política en Guarjila y Los Ranchos estalló cuando el FMLN tomó el control del poder ejecutivo en 2009, no obstante algunos pobladores de Los Ranchos sostienen que el descontento se fue gestando desde principios del siglo XXI, debido a que las instancias que dirigían los destinos de este municipio, a saber: la alcaldía municipal, la ADESCO y la dirigencia municipal del FMLN, no toleraban que se impulsaran proyectos de desarrollo que no estuvieran bajo su control.

En un grupo de discusión o grupo focal (focus group) que realicé en Los Ranchos en 2019, un joven expresó:

“...quizás para llegar al por qué se dio esta división, verdad, este, se da y eso empieza...empieza un poco, bueno, empieza en realidad más desde el 2002-2003 donde ya mencionaba Héctor, donde un centro experimental, viene un canadiense, verdad, y busca jóvenes del municipio, en ese momento un joven presidente de la directiva y se puso toda la visión que se tenía de ese centro experimental pero ¿qué es lo que pasa? había una gente en ese momento, el alcalde y la directiva de ese momento, pues, ellos no estaban como siendo parte directa de este sistema experimental, verdad...”

Según nuestro informante, la alcaldía municipal y la ADESCO bloquearon la consolidación de este centro experimental, debido a que no tenían control de este proyecto. El canadiense se fue y también algunos jóvenes que estaban participando en este proyecto migraron hacia los Estados Unidos.

Ya en 2009, cuando el FMLN toma el control del Estado nacional, se plantean una serie de proyectos que habían estado siendo cuestionados por los semicampesinos revolucionarios. En primer lugar, se cuestiona el proyecto de explotación minera en las montañas del departamento Chalatenango, el cual estaba siendo apoyado por los gobiernos de derecha. Este proyecto favorecía la explotación de metales preciosos en las montañas aledañas a

Guarjila y San Antonio Los Ranchos, y afectaría directamente el medio ambiente de la microrregión y el acceso al agua potable, pues los pequeños agricultores consumen el agua que proviene de estas montañas. Este movimiento en contra de las grandes compañías mineras es apoyado por el nuevo gobierno del FMLN y en efecto El Salvador se convierte en el primer país del mundo que prohíbe la extracción de metales preciosos en su territorio nacional.

También el gobierno de izquierda apoya la lucha en contra de la construcción de represas, las cuales inundan las tierras de los semicampesinos y afectan sus cultivos. El FMLN fue un verdadero aliado de los pequeños agricultores del oriente de Chalatenango en esta lucha.

Pero había un tercer proyecto: la construcción de la carretera Longitudinal del Norte, una carretera que atravesaría el norte de El Salvador y que conectaría Guatemala con Honduras. Los semicampesinos revolucionarios caracterizaban este proyecto como un proyecto de muerte, ya que por esta carretera transitarían camiones de carga y romperían la tranquilidad de los habitantes. Sin embargo, el Ministro de Obras Públicas, un alto dirigente del FMLN, consideró que sí debía de ser impulsado, pues era parte de los proyectos de FOMILENIO y llevaría progreso a estas poblaciones. Esto creó una fuerte división al interior de Guarjila, ya que la Longitudinal del Norte atravesaría la comunidad.

En este contexto se crearon dos grupos de interés: los que respaldaban la propuesta del FMLN de seguir con la construcción de la carretera Longitudinal del Norte y los que se oponían a este proyecto. No obstante de que se llegó al acuerdo de que la carretera se desviaría y no pasaría en medio de la comunidad, estos dos grupos de interés se mantuvieron a través del tiempo y son los dos grupos que se están enfrentando en el 2019, cuando se realizó esta investigación.

El conflicto en Guarjila se mantuvo latente hasta que en los últimos años explotó, debido a que la directiva de la ADESCO 2015-2016, afín al FMLN, decidió repartir un conjunto de lotes de las tierras de la comunidad:

“desde el 2008 había una inquietud de jóvenes que estaban, digamos, arrimados con los papás, ya acompañados con su familia”, explica la presidenta de la ADESCO 2015-2016, “y entonces desde entonces se solicitaba un lugar para poder, este, hacer una vivienda en el futuro, verdad; entonces se venía haciendo una lista, había una lista como de unos 150, este, jóvenes que ya eran familia, verdad, entonces se había venido estudiando y que nadie había tenido como así la idea pues de hacerlo, siempre se decía sí se va a hacer, sí se va a hacer, pero nunca se hacía; entonces cuando en el periodo que estuve en la directiva, como presidente de la directiva y, este, [nos] pusimos de acuerdo, nosotros, este, organizamos la comunidad en sectores, porque así la organizamos en sectores en el 2016, para contrarrestar algunas cosas de violencia que habían en la comunidad, este, y ahí mismo con los sectores, que son 11 sectores, este, pusimos el caso, que qué decía la gente si se podía repartir alguna área de tierras, se estudió qué lugar se podía repartir, en este caso alguna gente decía que acá arriba, algo¹⁴ gente en el Ojo Blanco, porque ahí en el Ojo Blanco es un lugar, un caserío que es de años, veda, que solo hay que volver a repoblarlo, verdad, y había otra área de 35 manzanas aquí por el lado del Potrero, entonces se hizo así un estudio con la gente para ver qué lugar y ahí se tomó el acuerdo que se iba a repartir esa área de aquí del Algodonal que está aquí por El Potrero y el área de Ojo Blanco, entonces se hizo la parcelación, este, a la gente, no fue cobro sino que fue una cuota porque había que pagar el topógrafo, había que pagar el que hiciera las Escrituras Públicas ya después, el que las quisiera hacer registradas ya era otra cosa verdad, entonces se hizo la lotificación, pequeños porque no eran grandes”¹⁵

Se repartieron 37 manzanas de donde salieron más de 300 lotes de 20 x 20 metros para solventar el problema de la vivienda. La presidenta señala que además compraron 25 manzanas en donde están las fuentes de agua, porque eso es de beneficio para la comunidad.

Sin embargo no toda la gente quedó satisfecha con esta decisión, porque se hizo, comenta un maestro de la escuela del cantón, *“sin consultar a la comunidad, cuando nosotros tenemos establecido dentro de la organización, los estatutos de la ADESCO, donde*

14 Algo¹⁴: otra, en lenguaje local.

15 El corchete es mío.

dice claramente que para acceder a un bien a comprarlo o para vender un bien de carácter comunal es la Asamblea General la que decide si lo compra o lo vende, pero en este caso se compró y se vendió sin consenso de la Asamblea, o sea lo que hicieron fue saltarse de alguna manera los estatutos que rigen el funcionamiento de la ADESCO". La presidenta argumenta que sí se consultó con los representantes de los sectores, aunque posiblemente la decisión no se tomó en Asamblea General.

Un joven del municipio de Los Ranchos comentó que el hecho de proporcionar lotes era necesario pues había muchos jóvenes que no tenían vivienda, pero el problema es que se entregaron a gente de su grupo político (los partidarios del FMLN), sin tomar en cuenta a la gente que pertenecía al otro grupo de interés. Por otra parte, un profesor de la escuela del cantón señaló que *"ha habido conflicto y se escuchan bullas porque en realidad hay gente que recibió lotes que vino a Guarjila y que no pasó la guerra y que son los que han salido con mejores beneficios y hay mucho resentimiento..."*

Este conflicto está dividiendo a la comunidad de Guarjila. En este marco, se constituye una nueva ADESCO, la ADESCO de Guarjilita, que se ubica en la entrada del cantón Guarjila. En realidad, Guarjilita ya existía desde antes y cuando se da el viaje de repoblación en 1987 ya venían constituidos en comunidad pero luego se incorporaron a Guarjila y es hasta el año 2018 que se reivindican como un caserío aparte y constituyen su propia ADESCO.

*"Veníamos dos comités [de repoblación]", recuerda una pobladora de Guarjila, "porque la repoblación, la gente que se quedó en Guarjilita iba para Los Ranchos y en Los Ranchos no podíamos entrar porque también habían muchas minas, estaba más peligroso, era más lejitos y entonces si nos íbamos para ahí corríamos más peligro que quedar concentrados aquí en Guarjila todos, vea, entonces por eso había un comité en Guarjilita y ese comité reunió a los coordinadores de 10 familias y dijo: vamos a ubicar la gente en lugares, entonces empezaron a ubicar la gente, la gente buscó acomodarse en los árboles donde había más sombra, en los árboles, y ya se ubicaron por familia"*¹⁶

16 El corchete es mio.

Sin embargo, una vez ubicados se constituyó una sola Directiva de Comunidad (que posteriormente se convirtió en ADESCO) y así funcionaron hasta el año 2018, cuando los pobladores de Guarjilita tomando como base un proyecto de agua decidieron conformar su propia ADESCO y así reivindicar su autonomía con respecto al caserío central, Guarjila. Un maestro de la escuela de Guarjila lo expresa así:

“Guarjilita de hecho es un caserío de Guarjila, pero dentro del marco de la fundación de la comunidad a partir del 87 reconocemos Guarjila y el área de Guarjilita pero una sola comunidad, una sola ADESCO, una misma organización, y fue hasta el año pasado que hubo un grupo ahí de personas que quiso generar inestabilidad y división y dijo bueno creemos una nueva ADESCO...”

Mientras la ADESCO de Guarjila se mantuvo cercana al FMLN los pobladores de Guarjilita no intentaron independizarse del caserío central (Guarjila), pero como la nueva ADESCO, la que surge a partir de 2017, se ha alejado del FMLN, según los partidarios de esta institución política, se justifica fundar otra ADESCO. Sin embargo, los de la ADESCO de Guarjila no aceptan esta acusación.

En el caso de Los Ranchos, el conflicto comenzó por el interés del exalcalde que gobernó de 1997 a 2012 de perpetuarse en el poder. Ya llevaba cinco períodos y pretendía continuar al frente del gobierno local. En realidad, la familia del exalcalde controlaba los tres poderes del municipio: la alcaldía, la dirección municipal del FMLN y la ADESCO. Como lo señala un joven del municipio:

“Las tres estructuras con mayor poder acá aunado a CCR¹⁷ que es otra que tenía incidencia acá en el municipio y muchas veces por eso se concentraban en pocas familias, o sea era mi tío, y pasó a tal momento determinado que una sola casa, el alcalde uno, la mujer era el presidente

17 CCR: Coordinadora de Comunidades y Repoblaciones, que después cambió de nombre por Asociación de Comunidades para el Desarrollo de Chalatenango, debido a que si bien esta organización surgió como una instancia que coordinaba las comunidades rurales y municipios repoblados de Chalatenango, posteriormente incorporó otras comunidades y municipios de este departamento. Esta instancia de coordinación fue fundada por militantes y simpatizantes del FMLN.

de la directiva y el hijo el presidente de la directiva del partido [FMLN] o sea en una sola casa y si no pues los tíos y si no los amigos y así, entonces bueno iba habiendo una concentración de poder”¹⁸

Para las elecciones de 2012 un grupo de semicampesinos descontentos pidió cambiar al candidato a alcalde municipal por parte del FMLN, las directivas municipal y departamental aceptaron pero pusieron a alguien afín al grupo del exalcalde, por lo cual continuó incrementándose el descontento en el grupo opositor. Para las elecciones de 2015 los opositores nuevamente pidieron cambiar al candidato del FMLN pero los dirigentes del partido se opusieron, razón por la cual los opositores se fueron con otro partido, Cambio Democrático (CD), logrando imponerse al candidato del partido de izquierda.

A partir de ese momento el grupo opositor participó en las contiendas electorales con otros partidos políticos (GANA en 2018, CD-N en 2021), pero sin renunciar a su orientación política: “*un cambio de partido la gente lo definía así*”, sostiene un miembro de este grupo, “*no estamos cambiando de ideología, dicen, partidaria, de ideología social o lo que sea*”. Y en efecto, a lo largo de mi investigación he logrado constatar que la cultura política, entendida como estructura de valores y normas sociales que orienta la acción política, es la misma y no se distingue en lo esencial de la cultura política sostenida por los partidarios del FMLN. El modelo de sociedad, entendido como el tipo de sociedad local que se pretende construir, es el mismo en uno y otro grupo de interés.

Estalló el conflicto: los dos grupos se enfrentaron con violencia. En un grupo de discusión o grupo focal realizado en el Centro Cultural Jon Cortina de San Antonio Los Ranchos en 2019, se manifestó:

- “*Sí, es que yo lo que veo es que se estallan las diferencias, estallan diferencias y yo creo que van estallando a medida que van perdiendo poder, esa estructura familiar que dice Miguel aquí en ese momento empieza a perder poder ¿en qué momento para mí se da como el primer*

18 El corchete es mío.

conflicto? cuando la gente decide elegir ya no más a una ADESCO que esté vinculada con esta familia, ahí se da el primer rompimiento y luego se da otro avance cuando la gente aquí en el municipio veo yo que saca también a la gente de las estructuras y ya no elige más a los que están en la directiva municipal del FMLN y luego el tercer momento se da cuando también saca, por decir algo, ya no los eligen más para que sean candidatos a alcaldes del municipio o concejales, ahí sí se vuelve caos el rollo, verdad, porque ahí es donde se pone más violenta la cosa, va, y luego el otro movimiento más, pero yo estoy diciendo mi forma de verlo también, verdad, cuando la gente de un solo partido decide pasarse a otro partido, ahí fue el acabose de todo, verdad, ahí son traidores todos, verdad, este, todos los del otro partido. Entonces, pero no es o sea nos es fácil contarlos ahorita quizás, va, en este momento, pero eso en ese momento nos llovían los tomates, literalmente tomates”

- “Huevos”, señala otra participante del grupo de discusión.
- “Huevos, insultos”, sostiene otra.
- “Hasta sangre, sí”, insiste el primer participante.

Las agresiones llegaron más lejos: el grupo opositor señala que los efemelenistas (los partidarios del FMLN) asaltaron el local del Centro Cultural Jon Cortina (CCJC) y lo hicieron “a plena luz del día”, señala un informante, “es más cuando aquí el Centro Cultural lo asaltaron el carro patrulla estaba enfrente de aquí, ay enfrente, el carro patrulla cuando vio que venía la gente se fue y dijeron que no, no se podía meter porque mucha gente y no sé que...”, en realidad, sostienen los opositores al FMLN, lo que sucedía es que los efemelenistas tenían el apoyo del Gobernador y de una Diputada por Chalatenango. Los efemelenistas también le cortaron el agua a la alcaldía – cuando ésta ya estaba en manos de los opositores, bajo los colores del CD – y quemaron dos carros, uno del CCJC y otro de su líder, el director de Tiempos Nuevos Teatro (TNT), grupo que dio origen al CCJC.

La Policía Nacional Civil no intervino en todos estos actos, ya que los dirigentes del FMLN amenazaron a los agentes para que no intervinieran: “y me lo decía a mi cuando yo era alcalde”, sostiene el

excalcalde por el CD para el período 2015-2018, *“mire señor alcalde no podemos intervenir nosotros directamente porque el gobernador después nos llama la atención”*, y el exalcalde le replicaba al policía: *“ustedes no dependen del gobernador, ustedes dependen de la dirección de la policía”*, pero el jefe de policía aclaraba: *“el inspector así lo maneja y si yo no le hago caso a lo que el gobernador dice entonces a nosotros también nos remueven, ya me dijeron que me van a remover”*.

Los opositores al FMLN también sostienen que los paquetes agrícolas se repartían a través del grupo del FMLN y no a través de la alcaldía como debería de ser. Lo más reciente fue lo del arroz chino,

“el arroz chino dijeron que lo iban a dar a través del Ministerio de Agricultura y Ganadería”, señala el exalcalde del CD para el período 2015-2018, *“acá en San Antonio Los Ranchos la alcaldía ni cuenta se dio de eso, yo me di cuenta porque de repente cuando llego, cuando iba para la alcaldía un día de estos, cuando entregaron eso, había un mitin aquí enfrente de la iglesia, había un mitin con banderas del FMLN, Franciscón, uno de los que han puesto ahorita de delegado que es un mexicano estaba hablando pestes, era un mitin del FMLN y veo un montón¹⁹ de gente, que raro por qué hay un montón de gente a esta hora, porque a las 8 de la mañana había salido la gente, vea, y veo que ahí estaban ya los paquetes de arroz que le estaban dando a la gente, entonces todos los temas de gobierno que han pasado por Gobernación los han manejado electoralmente, verdad”*.

Por último, los opositores al FMLN señalan que los efemelenistas agredían con el sonido: cada vez que realizaba una actividad la alcaldía del CD o TNT o el grupo del CCJC, los partidarios del FMLN ponían los parlantes a volúmenes muy altos, con el objeto de impedir que la gente se concentrara o pusiera atención en la actividad. *“Y yo ya le hablo a los policías”*, relata el exalcalde del CD para el período 2015-2018, *“y les decía: miren porque existe una ley, verdad, existe una ley ya de la Ley Marco para la Convivencia Ciudadana donde dice que no puede haber a menos de 100 metros otro evento que interfiera con un evento público; claro, y entonces cuando ya llegaba el*

19 Montón: mucha

Cabo donde ellos, más volumen le daban, delante de la policía, pero él sabía que no podía actuar...”

Por su parte, los efemelenistas proporcionan una interpretación diferente de estos sucesos. En el grupo de discusión que realicé con los partidarios del FMLN se manifestó:

- *“Viene TNT y mete divisiones aquí en esta comunidad”, sostiene el exalcalde del FMLN para los períodos 1997-2012. “En los periodos que estaba yo, en el último periodo que estaba José Santos Navarro²⁰, era de casi cada semana cortar los cables de los alta voz, era de estar perifonando²¹ y diciendo que la corrupción y no sé qué, era de haber cortes del servicio de agua potable, corte de la comunidad, de la comunicación, asaltos, robos y para echárselo a la gente que estaba en el poder, a los que estábamos en el poder. Ahora ya no hay corte de energía, ahora ya no hay corte de ese sonido, ahora ya no hay destrucción de cajas del agua, ahora, en ese tiempo, y todo se lo hacían a nosotros mismos y aparte detrás de eso las demandas, aquí llegaron casi a 300 demandas, entre niños, padres de familia, funcionarios*
- *Todos*
- *Todos, aquí los que estamos todos hemos sido enjuiciados y condenados así como le sucedió al compañero. Entonces era una cuestión de una arriada a Fiscalía, a jueces, una arriada porque era un bastión, un bastión de la izquierda, un bastión a la entrada a los municipios históricos. Entonces cómo le apostó la derecha para destruir aquí al FMLN y engañar con mentiras, porque le digo ante Dios, aquí todo era corrupción y Otilio [el alcalde del FMLN para los períodos que van de 1997 a 2012] era el corrupto y todos han sido concejales y no hay uno que se pare y que diga: no, es que yo le compré un quintal de hierro y yo lo vi cuando recibió el paquete de billetes porque vendió tal cosa y todos han sido concejales, no hay uno que lo ha dicho en público*
- *Hasta intentaron matarlo*

20 Alcalde del FMLN de 2012 a 2015.

21 Perifonando: hablando por megáfono o parlantes.

- *Hasta intentaron matarme [al exalcalde del FMLN para los períodos 1997-2012]. A mi casa fueron a, la rodearon como unos diez, la rodearon, me embolsaron a la señora, a mi hija en una bolsa de nylon los metieron así en la casa, entonces era una lucha...”*²²

En términos de estos efemelenistas, la lucha ha sido ante todo por el poder, más que por un proyecto de sociedad o incluso por beneficios económicos, el objetivo es conseguir el poder en el municipio, es decir, ejercer la capacidad de mando en el municipio, decidir lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer.

También en el caso de Los Ranchos sale a relucir el tema de las tierras. La ADESCO de Los Ranchos llegó a tener hasta 300 manzanas, pero ha cedido varios terrenos a la alcaldía municipal: para la construcción de la casa comunal, el polideportivo y otros. Recientemente se repartieron varios lotes para la gente que no tenía vivienda, pero las acusaciones van de un grupo a otro: el grupo opositor al FMLN sostiene que efectivamente se vendieron algunos lotes pero *“hasta después nos dimos cuenta que de repente un directivo tenía 5 lotes o tenían 3 lotes”*, asegura un joven opositor, o sea que se dio el acaparamiento de propiedades.

Por su parte, los efemelenistas sostienen que cuando los opositores tomaron el control de la ADESCO se comenzó a repartir las tierras de la comunidad.

- *“Después de que les dieron la credencial a ellos [a los de la ADESCO de los opositores al FMLN] el alcalde, ellos han repartido zonas verdes”*, sostuvo un dirigente del FMLN en el grupo de discusión que realicé en el local de este partido político en San Antonio Los Ranchos en 2019.
- *“Todas las montañas”*, sostuvo otro efemelenista.
- *¿Cómo? ¿Quién repartió?*, pregunté.
- *“La ADESCO que está acreditada”*, contestó un dirigente.

22 Los corchetes son míos.

- ¿La ADESCO ha repartido tierras?, repliqué.
- *“La de GANA²³”, contestó, “ellos repartieron, cuando les dieron la credencial José Santos Navarro, que era el alcalde, entonces, cuando les dio credencial y también la Sala le dio potestad jurídica para hacerlo, lo hicieron, pero no repartieron todos los terrenos”²⁴*

Los conflictos se dieron en diversos rubros porque un profesor del Centro Escolar de San Antonio Los Ranchos manifestó que los conflictos en el municipio se generaron *“por aprovechamiento de bienes comunitarios, que se ha ido viendo, personas que han hecho mal uso en la parte administrativa”*. Asimismo, en el grupo de discusión que realicé en el Instituto Nacional de este municipio, un estudiante manifestó que cuando el FMLN llegó al poder ejecutivo *“vinieron ayudas pero los mismos directivos se las agarraron, entonces, tengo entendido, le voy a poner un ejemplo: para los campesinos habían venido botas de hule, entonces, los directivos de ese tiempo las comenzaron a vender, no las dieron para que los campesinos las utilizaran, y venían herramientas, venían algunas cosas ahí para la gente, entonces, los directivos las agarraron y comenzaron a venderlas y no aquí sino que fuera de aquí, entonces prácticamente aunque hubiera ganado el FMLN y hubiera querido ayudarnos ¿cómo? si los directivos de aquí se agarraban todo”*

Los pobladores del cantón El Gramal, la única comunidad rural de San Antonio Los Ranchos, señalaron de que a ellos no los toman en cuenta en los proyectos de desarrollo que se impulsan en el municipio, en general los alcaldes les han dado poco apoyo pero estos últimos alcaldes, el del CD y el de GANA, no han dado ningún apoyo.

“Es que eso aquí fíjese que aquí en este cantón nosotros estamos bien mal”, sostiene una pobladora de El Gramal, “porque o sea el alcalde que está utual²⁵, que bien cuando estaba el alcalde del frente, porque cuando estaba el alcalde del frente yo no tengo nada, es cierto,

23 Mencionan GANA para desacreditar a los opositores, pero en este tiempo no estaban bajo la bandera de GANA, los opositores adoptan los colores de GANA hasta el año 2018.

24 El corchete es mío.

25 Utual: actual, ahora.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

no ayudaba en beneficios así pero ellos en cualquier cosita, veda, de regalar aunque sea una libra de arroz o algo así, ellos ay venían para toda la gente, y en cambio ahora, no me duele decirlo, porque si a mí el mismo alcalde me lo pregunta y me dice: mirá, Celia, vos has hablado esto y esto con aquella gente, pues yo se lo digo, es verdad, porque por parte de ese alcalde no tenemos ninguna ayuda, nada nada nada; aquí él beneficia nomás a la gente de su, veda, de su partido, a la gente que no somos del partido de él, él nos deja afuera, aunque seamos pobrecitos, aunque no tengamos nada, ajá”

La oposición centro / periferia, que ha caracterizado la configuración del poder en las sociedades de la región de Mesoamérica desde la época prehispánica, sigue constituyendo una característica central en la Mesoamérica contemporánea. En general, el desarrollo social llega primero a la cabecera municipal y luego va a los cantones y en los cantones, llega primero al caserío central y luego va a los caseríos periféricos. Esto se suma al conflicto político del municipio.

Los jóvenes del Instituto Nacional de Los Ranchos lamentan estos conflictos. Cuando pregunté si consideraban que habían mejorado en su calidad de vida, un joven de 16 años respondió:

“hemos mejorado en infraestructura, en buenas casas, en buenas calles, creaciones de puentes, pero en convivencia y armonía creo que estamos peor que antes, porque aquí en Los Ranchos, bueno yo como he visitado muchos lugares, por decir así he ido a otros países también y los he visto eso, en Los Ranchos se vive algo bien extraño, que aquí todo es política, aquí si usted no vota por el partido que yo quiero entonces yo no le voy a ayudar a usted, porque como usted no es de mi partido, entonces se vive un ambiente político que si entonces usted no es de aquí es de allá, entonces somos enemigos aunque usted sea mi familiar”

En otras palabras, la confrontación política ha creado grupos de interés que han dividido al municipio y también al cantón Guarjila. Si bien ambas localidades han mejorado sus condiciones materiales de vida y presentan una inversión social importante,

tanto en salud pública como en educación, los habitantes actuales resienten la división interna de sus poblaciones, la cual tiene más que ver con el ejercicio del poder que con orientaciones políticas.

Reflexiones finales

El estudio de los conflictos políticos en las comunidades rurales y los municipios campesinos y semicampesinos de la región de Mesoamérica, es fundamental para entender la dinámica sociocultural de estas poblaciones, las cuales nunca han sido homogéneas ni presentan una vida social en armonía o en equilibrio. Por el contrario, las poblaciones campesinas y semicampesinas de Mesoamérica siempre han sido heterogéneas y conflictivas, configuran en su interior grupos de interés que luchan por el control de los recursos significativos de sus localidades (Varela 2005), en este caso la tierra – urbana y rural –, el pago del agua, los impuestos municipales y los recursos que llegan del Estado nacional y de los organismos internacionales.

El control de estos recursos significativos conduce a los sujetos sociales a confrontarse por alcanzar la dirección de las instancias de poder en el cantón y en el municipio: la ADESCO en Guarjila y la ADESCO y la Alcaldía Municipal en San Antonio Los Ranchos. En ambos casos la contienda por la dirección de estas instancias de poder ha conducido a la constitución de dos grupos de interés: los que continúan apoyando al FMLN y los que se oponen a este partido político.

Es claro que tanto Guarjila como Los Ranchos, así como el resto de comunidades rurales y municipios revolucionarios del oriente de Chalatenango, han logrado mejorar sus condiciones materiales de vida y han obtenido avances importantes en la salud pública y la educación, pero también han generado desigualdades sociales y divisiones políticas que enfrentan a los pobladores de estas localidades.

A lo largo de este artículo se ha comprobado la hipótesis que

mientras el enemigo externo estaba bien definido Guarjila y Los Ranchos se mantenían unificados o al menos mantenían la unidad a pesar de sus diferencias, pero cuando el enemigo externo se desdibujó florecieron las divisiones internas. Estas divisiones, como se estableció en la segunda hipótesis, no representan diferencias de cultura política, esto es, diferencias en sus valores políticos o en el tipo de sociedad que intentan construir, sino que las diferencias se generan en el ejercicio del poder, en la acción de dirigir las instancias de poder.

Un elemento es importante resaltar, en este trabajo ha quedado claro que los semicampesinos de Guarjila y Los Ranchos no han sido simples actores pasivos de los acontecimientos históricos, sino que a lo largo de su acción política se han constituido en sujetos de cambio (Pearce 2019, Todd 2019) que han forjado un nuevo tipo de sociedad y de cultura. Este nuevo tipo de sociedad y de cultura no es una sociedad totalmente acabada ni libre de contradicciones, sino que la sociedad se sigue construyendo y son las contradicciones, en este caso entre los dos grupos de interés – los partidarios del FMLN y los opositores a éste –, las que hacen avanzar la nueva sociedad.

Bibliografía

Alas López, Adriana Aleyda: “La Dinámica de los Grupos Domésticos en una Repoblación al Oriente

de Chalatenango, Municipio Las Vueltas, cantón La Ceiba (2011-2013)”, *Rev. Identidades #*

9: antropología en El Salvador, 9-26, San Salvador, Dirección Nacional de Investigaciones en

Cultura y Arte, SECULTURA, 2015.

----- “Sensaciones a través del tiempo: el dolor en las negociaciones de posguerra de El Salvador”, *Revista Realidad # 153*, San Salvador, UCA, enero-junio 2019.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Binford, Leigh: “a perfect storm of neglect and failure: postwar capitalist restoration in northern

Morazán, El Salvador”, *The Journal of Peasant Studies* 37:3, USA, 2010, pp. 531-557.

Fábregas Puig, Andrés: *Configuraciones regionales mexicanas. Un planteamiento antropológico,*

Tomo I, México, Gobierno del Estado de Tabasco-CEDESTAB, 2010.

Guardado, Clara: “El Mozote nunca más: debate sobre la contribución de los hallazgos forenses y el acceso a la justicia en En Salvador posconflicto”, *Revista Realidad # 153*, San Salvador, UCA, enero-junio 2019.

Juárez Ávila, Jorge (coord.): *Historia sobre el conflicto armado y sus secuelas*, San Salvador, IEHAA-UES, Fundación Friedrich Ebert 2014

Lara Martínez, Carlos Benjamín: “Memoria histórica y cambio sociocultural: la investigación sobre

las comunidades emergentes”, *Revista Realidad # 153*, San Salvador, UCA, enero-junio 2019.

----- *memoria histórica del movimiento campesino de Chalatenango*, San Salvador, UCA, 2018.

----- “La antropología sociocultural en la Universidad de El Salvador”, *Revista Identidades #9: antropología en El Salvador*, 9-26, San Salvador, Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte, SECULTURA, 2015.

Lisbona Guillén, Miguel: *La Comunidad a Debate. Reflexiones Sobre el Concepto de Comunidad en el México Contemporáneo*, México, El Colegio de Michacán-Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2005.

Martín Baró, Ignacio: “El latino indolente. Carácter ideológico del fatalismo latinoamericano”, en Maritza Montero (coord.): *Psicología*

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

política latinoamericana, Caracas, Ed. PANAPO, 1987.

----- *Acción e Ideología. Psicología Social Desde Centroamérica*, San Salvador, UCA, 2008.

Mejívar Ochoa, Mauricio, y Ralph Sprenkels: *La revolución revisitada. Nuevas perspectivas sobre la insurrección y la guerra en El Salvador*, San Salvador, UCA, 2017.

Montes, Segundo: *El compradrazgo, una estructura de poder en El Salvador*, San Salvador, UCA, 1987.

----- *El agro salvadoreño (1973-1980)*, San Salvador, UCA, 1986.

Pearce, Jenny: “Historias emocionales: una historiografía de las resistencias en Chalatenango, El Salvador”, *Revista Realidad # 153*, San Salvador, UCA, enero-junio 2019.

Roseberry, William: *Antropologías e historias. Ensayos sobre cultura, historia y economía política*, México, El Colegio de Michoacán, 2014.

Silber, Irina Carlota, *everyday revolutionaries. Gender, violence and disillusionment in postwar El Salvador*, USA, RUTGERS UNIVERSITY PRESS, 2011.

Todd, Molly: *Beyond displacement. Campesinos, refugees and collective action in the salvadoran civil war*, USA, the university of Wisconsin press, 2010.

Todd, Molly, y Jacey Anderson: “El Retorno de las historias exiliadas. Talleres de memoria histórica en Chalatenango y Cuscatlán”, *Revista Realidad # 153*, San Salvador, UCA, enero-junio 2019.

Varela, Roberto: *Cultura y poder. Una visión antropológica para el análisis de la cultura política*, México, UAM-I, 2005.

Wolf, Eric: *Europa y la gente sin historia*, México, FCE, 1987.

Entendiendo la Justicia por otros Medios

Memoria, Artefactos y resistencias en la Justicia Restaurativa postconflicto

Clara Guardado

Universidad de Zurich

1. Sobre el contexto

Estábamos esperando el café con Emilia¹, ella me dijo que estaba casi listo y me invitó a sentarme en la hamaca al frente de un largo pasillo que terminaba en su patio. Alrededor de la casa había árboles de todo tipo que rodeaban el cerco principal y le daban ese sentido húmedo y nostálgico del invierno en las montañas. Árboles de mango, naranjas y alguno que otro de café, rodeaban el predio, se sentía un lugar cómodo. Emilia llegó con el café y ambas nos sentamos con las tazas en la mano. Ella continuó diciéndome lo duro que había sido el conflicto armado para su mamá: “hasta hace muy poco yo no sabía todo lo que la masacre de El Mozote significaba, nosotros vivimos en este pueblito, Los Toriles, un poco aislado de El Mozote, así que no vemos frecuentemente a la gente que visita de afuera o las preguntas sobre qué pasó en la masacre, mi mamá no hablaba de eso en la casa tampoco”.

Durante nuestro café, Emilia me contó sobre su infancia en este lugar aldeaño al caserío El Mozote. Me contó que, durante mucho tiempo la gente de ahí, las víctimas de la masacre de El Mozote, contrario a lo que se podría pensar, apenas querían recordar ese momento en la historia. Estaban estableciéndose

1 Por razones de seguridad de las familias que me han abierto las puertas de sus hogares, durante todo el texto, lugares y fotografías han sido cambiados y los nombres son seudónimos escogidos específicamente para este artículo. En mi análisis no uso ninguno de los elementos que las personas especificaron como personales y confidenciales.

después de tanto dolor y horrores del conflicto armado. Durante los años 90 los habitantes buscaron acomodarse y volver a reconstruir sus vidas, en El Mozote y en todas las zonas aledañas². Algunos terrenos fueron vendidos y algunos tomados por otras familias de las repoblaciones de Colomoncagua, refugio de muchas familias desplazadas del conflicto de 1982 a 1989 (Binford, 2010; Tutela Legal del Arzobispado, 2008). Para Emilia era muy doloroso que su mamá no era capaz de hablar de todo lo que pasó durante este período, estaba enferma y cansada y soñaba en las noches con los horrores del conflicto bélico, pero no quería hablar de ello.

Marta, mamá de Emilia siempre ha sido muy atenta conmigo y siempre me ha contado muchas historias de lo que vivió durante el conflicto, por esa razón, me pareció extraño, cuando Emilia me aseguró que durante mucho tiempo no hablaba sobre sus experiencias durante este período. Le pregunté a Emilia cómo empezaron a hablar con Marta, sobre todos los momentos dolorosos que vivió a causa del operativo militar yunque y martillo (Camp, 1991; Tutela Legal del Arzobispado, 2007). Emilia entonces comenzó a narrarme el proceso en el que su madre empezó a recordar: “ella, de hecho, no comenzó a contarme sus relatos a mí, sino a unas investigadoras que pasaron un día por aquí, eran extranjeras, realmente antes de eso nadie le había preguntado directamente y tampoco ella había estado dispuesta a contar. Después de esa vez, comenzaron las memorias a volver en cascada, yo la escuchaba, nunca habría imaginado cuánto dolor tenía guardado”. Emilia siguió:

“En mi niñez ella no me hablaba de eso, yo me enteré de algunas cosas por lo que la gente decía, sobre el monumento y la iglesia. Una vez todos los niños nos reunimos para ver qué estaba pasando, esas señoras extranjeras, ahora sé que son argentinas, estaban excavando, todos queríamos saber qué

2 Exceptuando la Comunidad Segundo Montes, asentamiento oficial de los refugiados del conflicto que sí tenían un desarrollo bastante próspero, en comparación con sus vecinos del área del norte de Morazán (Entrevistas personales 2010-2020)

pasaba, que eran esos objetos, zapatos, vestidos que sacaban, que eran esos huesos, nadie me explicó nada entonces, pero cuando crecí entendí que eran las exhumaciones, a mí el impacto de ver esas cosas desenterrándose me cambió la vida, eso en conjunto con las historias de mi mamá, hicieron mucho más real el horror de la guerra”.

El Salvador experimentó la violencia política, principalmente, durante la década del 70 y 80, aunque la represión estatal ha sido una constatación en la política de estado desde su fundación (Lauria-Santiago & Gould, 2020; Wood, 2003). El Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) conformado por cinco diferentes fuerzas insurgentes se levantaron contra el estado salvadoreño por diferentes razones políticas y económicas³ formando así frentes de combate a lo largo de todo el país. Una de las zonas con alta presencia guerrillera fue el norte de Morazán, en donde los campesinos, organizados en comunidades eclesiales de base, se unieron a la misión planteada por el Ejército Revolucionario del Pueblo ERP para conformar un frente político-militar amplio (Camp, 1991; Tutela Legal del Arzobispado, 2008). Por esa misma razón, la zona fue blanco de las políticas contrainsurgentes de la época. Una de esas intervenciones, tuvo lugar en la operación denominada Yunque y Martillo. Según CEJIL en el marco de la investigación sobre la Masacre de El Mozote y lugares aledaños:

“En diciembre de 1981, al norte del Departamento de Morazán, en el marco de un operativo del ejército de El Salvador, se llevaron a cabo una serie de masacres sucesivas, que resultaron en el asesinato de alrededor de 1000 personas, casi la mitad fueron niñas y niños. Entre 1000 y 2000 militares se desplegaron en busca de un posible campo de entrenamiento de la contrainsurgencia. El operativo se extendió a varias

3 Por motivos de relevancia en los temas a desarrollar en el presente artículo no profundizaré en las principales razones que dieron origen al conflicto armado salvadoreño, para más referencias ver: (Lara Martínez, 2018) y (Sprenkels, 2019; Wood 200).

localidades del noreste de El Salvador, entre el 10 y el 13 de diciembre. Los soldados ingresaron en las aldeas, quemaron casas y animales, separaron a las mujeres y a los niños de los hombres y los ejecutaron. Muchas personas fueron desplazadas a otras regiones del país o emigraron a Honduras” (Centro por la Justicia y el Derecho Internacional, 2020)

Las personas desplazadas se organizaron en varios campamentos de Refugiados cerca de la frontera con Honduras, los dos principales fueron: Mesa Grande en la frontera norte de Chalatenango y Colomoncagua. Este último aglutinó a las personas sobrevivientes de la zona del norte de Morazán desde 1981 hasta su retorno en 1989 donde conformaron la Ciudad Segundo Montes. Las personas que huyeron a Colomoncagua eran de diferentes zonas de Morazán y muchas de ellas tenían vínculos familiares con los combatientes al otro lado de la frontera. Por ende, el campamento fue un refugio, pero también un espacio político de alto nivel organizativo (Sprenkels, 2019). Para su retorno, los ex refugiados buscaron replicar el modelo de comunidad que construyeron en el refugio, un espacio político organizado y con alto nivel social. Aunque algunas metas se lograron, la decepción y la nostalgia del pasado y los hechos violentos experimentados por los habitantes han dejado huella en los sobrevivientes siendo uno de los espacios en dónde el trabajo de memoria es bastante preponderante en las actividades sociales.

Así, Marta es una de las muchas sobrevivientes de la masacre conocida como, Masacre de El Mozote y lugares aledaños pero que en realidad afectó a miles de personas en la zona norte de Morazán. La comunidad Segundo Montes aglutina a los ex refugiados, desplazados de la zona norte de Morazán, pero las víctimas habitan toda la región. El Mozote y muchos otros cantones y caseríos también recuerdan los horrores del conflicto y ahora han empezado a hablar de sus vivencias y múltiples traumas. En general los sobrevivientes de todas las regiones más afectadas por la violencia

política se pueden encontrar dispersos en todo el territorio. Marta y su testimonio son en realidad evidencia de los silencios que trajo el posconflicto y que han experimentado las siguientes generaciones como Emilia. Es por ello, que en este artículo busco desenterrar esos silencios y entender las maneras en que las memorias de todas las personas afectadas por el conflicto político-militar se reencuentran al unísono para exigir verdad y justicia.

2. Justicia por otros medios:

Justicia restaurativa en El Salvador

¿Qué entendemos por memoria? ¿qué es justicia? ¿pueden los recuerdos generar resarcimiento en el presente? En esta investigación busco explorar otras maneras de entender la memoria y sus imbricaciones con respecto a la justicia, usando a los artefactos como detonantes de recuerdos. Los objetos son elementos constantes que detonan las memorias de la violencia, en los relatos sobre dolores del pasado, y en las narrativas sobre la vida cotidiana del presente de las personas que vivieron abusos y pérdidas (Montoya, 2018; Wood, 2003). Sin embargo, los artefactos remanentes de los conflictos bélicos no son frecuentemente el centro de análisis en los estudios de memoria, a diferencia de los testimonios, sin embargo su análisis es de suma importancia para entender la forma en que se generan los procesos para recordar, olvidar e incluso moldear esas memorias en el presente (Assmann, 2012; Gosden & Marshall, 1999).

Así, en este artículo busco entender *las formas en las que las personas recuerdan a través de la revalorización de los objetos parte del universo de sufrimiento del conflicto armado salvadoreño y cómo esas verdades alternativas contribuyen a la construcción de la justicia salvadoreña de manera restaurativa*. Entiendo que los objetos remanentes del conflicto son múltiples como armas, helicópteros, uniformes y restos humanos, como osamentas y objetos recuperados en las

exhumaciones. Sin embargo, mi interés de análisis en este artículo va más allá de lo evidente, busco más bien analizar aquellos objetos cotidianos, reclusos a la habitualidad de las personas sobrevivientes, dejados por las víctimas mortales, o por el paso de los horrores de la violencia política, en general. Elementos materiales que sobrevivieron, cambiando significativamente su uso a lo largo del tiempo, en el momento presente.

Los objetos con los que busco entrar en diálogo pueden ser objetos que sobrevivieron de la época anterior al conflicto social, cosas que las víctimas sobrevivientes conservaron para la época del refugio o de las guindas. Así como también, elementos de la cotidianidad misma de este periodo, que ahora son reliquias preciadas y reinterpretadas en el contexto postconflicto y buscan espacio como entes importantes en el discurso de memoria. En el momento de mi conversación con Emilia no percibí la importancia de todos los elementos no-humanos que estaban moldeando su historia, fue más bien, con el tiempo, al hacer una revisión de las conversaciones que sostuve con múltiples personas de las comunidades afectadas por las violencias políticas del norte de Morazán, principalmente, pero también otras en el resto del país, que descubrí que muchos relatos estaban formados o transformados por historias de objetos que habían guardado de sus seres queridos entremezclando o que habían sobrevivido con ellos en sus memorias.

Así, al desentrañar estas memorias me interesa también entender que hay más allá del acto y proceso de recordar, de manera individual y colectiva. Busco, en lo profundo, hacer un puente entre los estudios de memoria y de justicia, desde el marco de la justicia restaurativa. Los testimonios y los objetos, dan forma a memorias vivas de los horrores del conflicto armado y, es por ello, que más allá del elemento conmemorativo, dichas memorias también cumplen un rol político que es el de exigir que se reconozca la verdad de los hechos y que no se olvide lo sucedido. Entonces, la memoria contribuye también a la construcción de la verdad,

elemento fundamental de la justicia que se personifica en el día a día de las víctimas sobrevivientes. Con sus testimonios, las personas sobrevivientes, buscan garantías de no repetición y reconocimiento de los crímenes cometidos. Entender la verdad de los hechos desde esta óptica es uno de los grandes retos de la justicia restaurativa. Es por ello que busco enmarcar las memorias de la vida cotidiana como formas de resistencia a una justicia institucional fallida desde el estado salvadoreño.

El primer principio de la justicia restaurativa, establece que para obtener justicia se debe restaurar las comunidades de las víctimas asesinadas y sobrevivientes, por los horrores sufridos y cometidos (Ness, 2000, pág 2). El segundo principio expresa la necesidad de que las víctimas sean escuchadas tanto por los perpetradores como por la comunidad y sean partícipes orgánicos en todos los procesos de justicia. Finalmente, el tercer principio, asevera que el gobierno debe garantizar todos los procesos de justicia protegiendo a las víctimas y a la comunidad para poder establecer procesos de paz (Ness, 2000, pág 3). En ese sentido, las memorias que analizo en este artículo, personales, familiares y conmemoraciones colectivas fungen como detonantes de recuerdos, que se catalizan a nivel discursivo y material, y contribuyen a contar el pasado violento de la zona norte de Morazán, generando un diálogo entre las familias como es el caso de Emilia y su madre, pero también a nivel comunitario como lo hicieron las exhumaciones y otros remanentes materiales públicos/comunitarios. Este proceso ha permitido el desarrollo de un tipo de justicia a nivel más íntimo desde las víctimas sobrevivientes del conflicto, como lo enmarca el primer y segundo principio de la justicia restaurativa.

Proveer justicia no es solamente un reto institucional de los estados con herencias dictatoriales y de violencias políticas (Orduña et al., 2018). Por el contrario, la búsqueda de justicia es un reto más complejo, implica la reconstrucción de las diferentes esferas de la vida de víctimas y sobrevivientes de conflictos bélicos de manera

holística, restaurativa y humana (Bille et al., 2010). En El Salvador, después de los acuerdos de paz, el sistema de justicia se pensaba como una de las instituciones a fortalecer para garantizar el justo cumplimiento de los acuerdos y enmendar las injusticias políticas, económicas y sociales que dieron origen al conflicto armado (Popkin, 2002). Por el contrario, de acuerdo con Popkin, el giro hacia la democratización y los procesos de justicia en el país se han caracterizado por la falta de voluntad política para perseguir los crímenes de guerra, sin juzgar a los perpetradores, tanto militares como políticos, dejando a las víctimas y sobrevivientes en una incertidumbre burocrática. (Popkin, 2002, pág 4)

En general después de un conflicto bélico interno, los estados buscan fortalecer las instituciones para proveer justicia y garantías de no repetición en el marco de la justicia transicional (Teitel, 2018). Sin embargo, en El Salvador, más bien lo que se ha logrado es consolidar un pacto de impunidad de las elites políticas a casi treinta años de la firma de los acuerdos de paz (Ching, 2016; Silber, 2011). Como contrapeso a dicha política interna, la demanda por esclarecer los hechos violentos de la década de los 70 y 80, ha sido liderada por parte de los sobrevivientes en una búsqueda constatare por la verdad. En vista de que la lucha por el reconocimiento de estos actos atroces por parte del estado ha sido constantemente bloqueada por parte de las autoridades, los sobrevivientes se han volcado por premiar esfuerzos más cotidianos, traspasando las instancias gubernamentales, buscando resarcimiento a nivel íntimo-comunitario.

Las narrativas alternativas a la versión oficial del estado, develan los horrores de la violencia política, silenciados en las cortes, a treinta años de finalizado el conflicto armado. En El Salvador, la justicia ha estado marcada por una disputa constante entre los sobrevivientes, víctimas y familiares y el sistema de justicia. Hasta el año 2016 la ley de amnistía fungió como el principal instrumento jurídico para evadir el juzgamiento de los crímenes de guerra y de lesa

humanidad, aun a pesar de que dichos crímenes no son amnistiables, según los criterios de la ley penal internacional (Buckley-Zistel et al., 2013). Es por ello que las personas más afectadas por el conflicto bélico de los 70 y 80, han estado constantemente en la búsqueda de justicias alternativas a la judicial e institucional donde impera la impunidad.

Para desafiar dicha impunidad que ha prevalecido como política oficial del posconflicto, el *trabajo de memoria* ha fungido como elemento catalizador de justicias alternativas en los países afectados por violencias estatales y políticas (Ferrándiz, 2013). En El Salvador Múltiples colectivos de víctimas y ONGs de DDHH han movilizado conmemoraciones, monumentos y constantes esfuerzos por hacer público las atrocidades cometidas durante el conflicto armado (Delugan, 2012). Ainhoa Montoya muestra el trabajo del comité de víctimas Padre Cosme Spessotto, en el departamento de la Paz, que, a raíz de la ausencia por parte del estado de acompañar a las víctimas, éstas mismas se han organizado en el comité para realizar diferentes actividades en torno a la memoria y recuperación de testimonios del conflicto político-militar entre otras funciones (Montoya, 2018, Pág, 168). Asimismo, organizaciones como Probúsqueda y Tutela Legal han sido pioneras en el trabajo de memoria y justicia, no solo a nivel público, testimonial, sino también de acompañamiento psicosocial a víctimas en las zonas más afectadas por la violencia de la época. En esa misma línea, Cristosal y la Fundación para el Debido Proceso (DPLF) han potenciado el diálogo internacional sobre los hechos del pasado propiciando el encuentro entre víctimas y representantes de organismos internacionales.

Así, la función del *trabajo de memoria* en el posconflicto salvadoreño busca no solamente reconstruir los hechos y escuchar el testimonio de las víctimas sobrevivientes, sino también, encontrar espacios físicos y sociales para hablar de los hechos del pasado como una forma de justicia desde las mismas personas sobrevivientes.

Este sentido de justicia está enmarcado en la justicia restaurativa que, a diferencia de la justicia transicional -que pone el énfasis en fortalecer a los Estados para generar justicia a los ciudadanos- busca formas más holísticas de abordar la violencia, en donde las víctimas, perpetradores y principalmente la comunidad buscan reintegrarse, reconocer las atrocidades cometidas y construir caminos de paz, reconociendo la justicia como elemento central en el diálogo desde abajo (Johnstone & W. Van Ness, 2011).

Cuellar plantea que El Salvador ha tenido avances significativos en materia de justicia restaurativa, ella explora los tribunales de justicia restaurativa que tienen lugar en la Universidad José Simeón Cañas, UCA. Ella lo define como “un esfuerzo por colocar a las víctimas y a sus familiares bajo los reflectores, a fin de recordar a los gobernantes que no son ciudadanos de segunda clase y, además, que sus reclamos de verdad, justicia y reparación siguen siendo legítimos y no han desaparecido” (Cuellar, 2018, pág. 220). El protagonista principal en dichos juicios es el testimonio de las víctimas, quienes acompañadas por un representante legal, narran los hechos sucedidos y muestran evidencia de los hechos, las personas asesinadas o desaparecidas, y de sus propias experiencias frente a la violencia.

Según Cuellar, la justicia transicional a través de estos juicios, fomenta de maneras únicas y locales, formas eficaces para combatir la impunidad y el silencio oficial de las violencias políticas (Cuellar, 2018, pág. 220). Por tanto, tanto, recordar como ser capaces de comunicar en comunidad, son elementos parte del proceso de justicia, desde el punto de vista restaurativo. Ese, es el mayor logro de los tribunales, ya que no tienen vinculación con el sistema de justicia, pero funcionan como un juicio, en donde las personas pueden hablar con propiedad, permitiendo la reconstrucción de los hechos de forma legítima. Al final los testimonios permiten asegurar que “Los criminales de cualquier bando no pueden ni deben ser referentes en la sociedad, pues en todo

caso lo son nada más que de las violaciones de derechos humanos ocurridas durante el conflicto. Asimismo, no pueden ni deben tener oportunidad de ejercer carrera política, ni tampoco deben pasar a la historia como héroes” (Cuellar, 2018, pág:234).

La justicia restaurativa tiene cuatro diferentes valores a la base de estas intervenciones particularmente adaptadas a los casos de graves violaciones a DDHH, estos se pueden clasificar como: encuentros, reparaciones, reintegración e inclusión (Ness, 2000, pág: 2). De acuerdo con Van Ness, estos valores pueden ser trabajados de manera independiente o de manera holística, como es el caso de los tribunales que tienen lugar en la UCA, en los se busca una reparación integral con las partes. Sin embargo, a diferencia de la justicia transicional que ha puesto en el centro de los procesos de justicia el sistema de justicia institucional, desde arriba (Teitel, 2018), la justicia restaurativa permite procesos de innovación colectiva normalmente desde los propios ofendidos. Es a partir de que, en muchos de los países en transición hacia la paz, el estado es el principal responsable de los crímenes de guerra y lesa humanidad, que las mismas víctimas han buscado formas propias, contestatarias, debido al poco interés por parte de los estados de juzgar a los perpetradores.

Es por ello, que, actualmente existe un repunte en los estudios que buscan explorar formas alternativas a la justicia institucional, liderada por procesos transicionales, de manera que las voces cotidianas de las víctimas dejen entrever todo el trabajo que realizan para no olvidar y dejar presente la verdad de los hechos del pasado violento. En El trabajo *el trabajo de memoria* ha liderado dichos procesos (Lara Martínez, 2018). Desde las comunidades y desde los colectivos de memoria se han organizado para lograr reparaciones, en diferentes rubros, simbólicos, materiales y morales, a las personas que aún buscan a sus familiares desaparecidos, que perdieron sus viviendas o perdieron contacto con sus familias (Montoya, 2018;

Viterna, 2013; Silber, 2011). Tanto los tribunales, como el trabajo de los colectivos de memoria, cumplen un doble rol, por un lado, como espacio de memoria, pero también, como parte de procesos de justicia, ya que su alcance no es solamente el de recordar, sino también, buscan luchar contra la impunidad, contra las instituciones oficiales que guardan silencio (Cuellar, 2018; Bergmann, 2011).

En ese sentido, al entender las múltiples dimensiones de la justicia restaurativa y sus alcances, existe una dimensión poco explorada desde la antropología y las ciencias sociales, en general; me refiero a las diferentes formas de recordar que van más allá del testimonio. Recientemente ha habido un giro epistemológico hacia explorar la dimensión material de los procesos sociales. De acuerdo con Gosden & Marshall, la cultura material de las poblaciones siempre ha estado presente en el interés antropológico por entender la realidad, sin embargo, poco se ha abarcado en la relación humano-no-humano. Según los autores hay un amplio terreno analítico del cual la antropología debe echar mano: “La idea central es que a medida que las personas y los objetos reúnen tiempo, movimiento y cambio, se transforman constantemente, y estas transformaciones de persona y objeto están ligadas” (Gosden & Marshall, 1999, pág: 169)

A lo largo del tiempo la antropología ha vinculado procesos socioculturales con elementos materiales, lo que ha conllevado a trabajos multidisciplinarios entre las diferentes ramas de la antropología, como colaboraciones arqueológicas y forenses con antropólogos sociales (Ferrándiz, 2013). Un ejemplo importante es el trabajo de Jasón de León sobre migraciones en la frontera norte entre México y Estados Unidos. De León, usando una metodología desde la arqueología, emprende el camino hacia entender los restos dejados por los migrantes en la ruta hacia la frontera norte de México, para entender las problemáticas sociales del viaje del migrante y lo que implica, tanto para las personas como para las instituciones transfronterizas. A partir de zapatos, carteras, huesos,

fotografías, casas abandonadas y otros aspectos materiales, De León reconstruye la violencia del camino que transitan los migrantes en búsqueda de una vida mejor (De León, 2015).

Por otro lado, Fiona R. Parrott, Victor Buchli y Layla Renshaw, hacen una recopilación de objetos de memoria, en los cuales las víctimas de la guerra civil española, recrean los hechos sucedidos y las diferentes formas de conmemorar a sus seres queridos a partir de los elementos materiales. Antropología de las ausencias, es el concepto que ellos acuñan para entender el vacío de la pérdida de la violencia de la guerra y el rol fundamental que juegan los objetos en el proceso de reconstrucción de los hechos ocurridos, como un movimiento entre lo que ya no está y lo que permanece (Bille et al., 2010).

Así, en este artículo busco entender la contribución de la memoria en la construcción de justicia desde abajo. Para hacer ese vínculo, utilizo los objetos como detonadores de recuerdos. Exploro el testimonio de las víctimas, tomando como punto de partida los objetos con los que ellos se identifican. Los objetos son el medio para entender cómo ellos recuerdan y el por qué las personas y los objetos son sobrevivientes. Las personas desplazadas, asesinadas y desaparecidas a raíz del conflicto armado son víctimas a diferentes niveles, unas sobrevivieron otras no, y por ello entender la materialidad, puede contribuir a un entendimiento más holístico del impacto que la pérdida de vidas, bienes y otros aspectos sociales y materiales, ha tenido en los sobrevivientes.

Por un lado, para las personas sobrevivientes de las masacres y asesinatos, lo que queda de sus familiares y de ellos mismos en la época del conflicto se vuelve una prueba, en cierta forma, una compañía del recuerdo de ese momento de terror. Tristemente, esos mismos objetos de las personas que no sobrevivieron, se vuelven el elemento más cercano a la prueba de su existencia, una camisa,

un cuaderno, hace pensar en el ser amado y moviliza memorias de los familiares que les quieren tener siempre presentes. En los siguientes apartados abordaré ambas dimensiones desde una línea temporal de los objetos que sobrevivieron, antes, durante y después del conflicto político-militar, a un nivel íntimo/familiar y público/comunitario, para entender las memorias y diálogos, que a su vez tienen una dimensión de justicia que busca reparar y mostrar la verdad de las violencias políticas, desde la justicia restaurativa.

2. Desempolvando historias

La semilla

Encontré a don Pedro cerca de la calle negra -la calle pavimentada que conecta de Gotera a Perquín- me saludó y me contó que venía de trabajar de su taller de carpintería, él hacía diferentes trabajos en el pueblo de madera y metalurgia, oficios que había aprendido durante su niñez en el campamento de refugiados en Colomoncagua, Honduras. Ese día, don Pedro estaba particularmente cansado, y yo, como no estaba segura de que él trabajaba en un taller, le pregunté si también estaba haciendo milpa⁴, pensaba que tal vez había recibido demasiado impacto del sol, ese día. Comenzamos una larga plática en dónde me aclaró que él no hacía milpa, que no estaba cansado por eso. Pero prosiguió diciendo, que él era originario de Cacaopera, cantón Calavera, él sabía hacer la milpa, y ya desde muy niño su padre le había heredado un pedazo de tierra para trabajar, pero a finales de los 70, su familia se había organizado con el ERP, y pronto, él y su familia salieron huyendo para quedarse por nueve años en Colomoncagua y desde su retorno no se dedicó más a la siembra.

4 Milpa es un tipo de siembra mesoamericano que combina maíz y frijol como principales cereales, pero también puede tener otros cultivos como maicillo, hortalizas (Lara Martínez, 2018).

Me pareció curioso que don Pedro no cultivara, en mis múltiples visitas al norte de Morazán, las casas que frecuento siempre de personas conocidas o nuevas visitas de amigos, un tema recurrente siempre es la cosecha, el tiempo de siembra en el que se encuentran sacos tirados de recolección de grano. Siguiendo con la conversación, don Pedro me aclaró que él aún tiene mucha nostalgia por el maíz y por el cultivo, que, aunque no siembra, recuerda con anhelo el maíz criollo que cultivaban sus padres y los guarda como un bien preciado:

“En ese entonces no era como ahora, ahora la tierra está cansada y la gente usa muchos pesticidas y venenos. Antes no, antes usábamos el maíz que le llamábamos criollo, lo guardábamos, lo teníamos listo para la siguiente siembra. Yo lo conservo, me recuerda al tiempo antes de la guerra, me recuerda al lugar donde nací. Nosotros con mi familia nos mudamos juntos a la comunidad Segundo Montes, no regresamos a Calavera, la guerra nos quitó mucho, no solo familiares, nos quitó nuestra tierra, animales, costumbres y también nuestra semilla, yo guardo esos granos, sobrevivieron como yo a la guerra”

Pensando en la preciada semilla de don Pedro, en mis pláticas con la gente, los siguientes días, pensaba qué más se perdió a raíz del conflicto armado, además de los seres queridos y el hogar en el caso de los miles de desplazados por el conflicto (Binford, 2016; Camp, 1991). Es muy común escuchar a la gente de la Segundo Montes comentar que la operación Yunque y Martillo, que estaba dirigida a la exterminación de la población del área, no solo acabó con miles de vidas humanas, sino que también los militares mataban todo a su paso, animales, bestias y destruían los cultivos (Cagan et. al., 1993; Edelman & Binford, 1998). Don Pedro dentro de toda esta tragedia logró rescatar sus granos y conservarlos como un recuerdo de los días en los que se cultivaba el maíz criollo.

De hecho, las organizaciones de DDHH y colectivos de memoria, aglutinados en tres grupos, la Mesa contra la Impunidad, Colectivo Pro-memoria histórica y Grupo Gestor para la Ley de reparación integral, en el año 2019 se organizaron en una lucha política con el aparato legislativo y judicial para poder aprobar la ley de reconciliación, siendo el instrumento jurídico que reemplazaría a la obsoleta ley de amnistía, derogada por la Sala de lo Constitucional en el año 2016 (Sala de lo Constitucional, 2016). En una alianza coyuntural de los tres entes, para impulsar que el gobierno saliente del FMLN, aprobara una ley que pusiera en el centro de la justicia a las víctimas y no a los perpetradores, comenzaron un esfuerzo de consulta con sus bases, comunidades de repoblación, personas desplazadas por el conflicto y víctimas dispersas⁵. El objetivo era visitar a las personas sobrevivientes, con la pregunta clave de ¿qué elementos consideraría usted que deberían incluirse en la ley de justicia? Así, siguiendo el proceso, participé en varias visitas para consultar en las diferentes zonas del país.

En el proceso asistía seis grupos focales, en donde participaron de diez a treinta personas, en San Vicente, Chalatenango, Sonsonate, La Libertad y Morazán. El más importante hallazgo de las consultas, tenía que ver con que las personas coincidían en que las reparaciones tendrían que incluir principalmente tres cosas: paquetes agrícolas más justos, la restauración de la semilla criolla y convivencia más orgánica con la tierra. Cuando empecé a escuchar las participaciones, incluso de gente no campesina, en el grupo focal de San Vicente, específicamente, todos coincidían en que la semilla mejorada que ofrecen los paquetes agrícolas que da el gobierno, produce más, pero ha desplazado el cultivo de la semilla criolla y de sus formas de cultivo. Más allá del sabor y la textura, la gente recordaba las formas de cultivar y los tipos de semilla de las regiones en las que descubrí diferentes cultivos originarios de cada región. El taller

5 término que se acuñó para denominar a las víctimas que no estaban en sus lugares de origen pero que vivían dispersas en comunidades aleatorias en el área metropolitana

mostró más allá de la semilla de maíz, hablar de cómo vivía la gente antes del conflicto y cómo les gustaría vivir, detonó todo un proceso de memoria, de recordar cómo era la vida antes y la nostalgia por las formas de cultivar de sus padres y abuelos, quienes, murieron en la masacre de El Calabozo.

En ese proceso entendí, que más allá de la milpa, recordar la semilla criolla con nostalgia del pasado, de su pasado en familia, tenía que ver con recordar los momentos y procesos que pasaron con sus familiares que murieron y desaparecieron durante el conflicto armado. Como don Pedro recordaba su aprendizaje de la siembra como legado de su padre: “mi padre me enseñó a cultivar, él me dio mi primera milpa, yo ya no cultivo, pero sé cultivar de la forma en que mi papá lo hacía”. El padre de don Pedro fue asesinado en los primeros años de la violencia política, cuando comenzaban a organizarse los primeros campamentos guerrilleros en la zona norte de Morazán, cerca de la Guacamaya. Entonces, su semilla es lo que queda de su padre, lo que él le dejó, es el conocimiento y es el objeto, él no cultiva más, pero conserva el maíz como un vehículo para mantener viva la herencia de su familia y de lo que el conflicto le arrebató.

De acuerdo con Bille, la vida social está hecha de más que solo las interacciones humanas. Explorar los objetos que conviven en la vida cotidiana de las personas puede complementar las historias contadas e incluso ayudar a develar aquellas que no se han podido contar, según Bille, “los artefactos pueden brindar entendimiento de lo social a través de su “pequeñez” (Gell 1998; Ingold 2000; Miller 2005a; Tilley et al. 2006; M. Bille et al., 2010, pág. 8). Es por ello, que la semilla criolla vincula los tiempos de antes del conflicto con la nostalgia del presente en el acto de sembrar, del conocimiento sobre el maíz y cómo esas formas de vivir eran parte del universo de la familia de don Pedro. Ambos no están más, ni su padre, ni la milpa criolla, pero algo tan cotidiano para cualquier persona en

la zona rural como la semilla, es para don Pedro y para muchos sobrevivientes un acto de resistencia ante el olvido imperante.

Asimismo, en el taller de San Vicente, las personas participantes enfatizaron que los programas de reparación debían contener la asignación de tierras y semillas dignas. Así, la semilla y la tierra se vuelven, no solamente vehículos simbólicos de las memorias del conflicto, sino que también, en el presente, ambos son vitales para la subsistencia de la gente. Por tanto, para este grupo de víctimas sobrevivientes de la masacre de El Calabozo, la justicia no es un concepto abstracto, motivo de nostalgia y de resistencia, sino que también, como para Don Pedro, la semilla es parte de su presente, buscando resarcimiento a partir de la exigencia de una cosecha digna, de una alimentación digna, libre de pesticidas y semillas modificadas.

De acuerdo con Pope, la transición del conflicto armado hacia la paz, en El Salvador, se ha caracterizado por un movimiento incómodo entre el perdón y el olvido, sin tomar en cuenta a las víctimas y sin iniciativas serias de resarcimiento (Pope, 2003, pág. 4). Es por ello, que las exigencias del presente son, en gran medida, las mismas que las de las poblaciones organizadas durante la década del 70 y 80. Las personas organizadas demandaban al principio del levantamiento armado, como organizaciones obrero-campesinas, tierras y mejores condiciones en el trabajo rural y una vida digna (Cabarrus, 1983). Hoy estas mismas personas, los y las sobrevivientes, reclaman que dichas peticiones sean cumplidas por parte del estado, que no los escucho entonces y que ahora dichas injusticias persisten y empeoran con el tiempo.

Por tanto, la semilla cumple la doble función de, recordar las memorias de las personas y costumbres que quedaron atrás a raíz de la violencia política en el país, por un lado, y por otro, es un elemento importante en la vida de los sobrevivientes en el presente, tanto como objeto de nostalgia y como medio de vida y subsistencia

de las familias que cultivan. En la justicia restaurativa devolver la dignidad a los procesos sociales comunitarios y mostrar la verdad de las violencias es el objetivo principal. La semilla, tan pequeña como parece, en realidad es un vehículo hacia la verdad de las emociones y recuerdos de las personas sobrevivientes y también una necesidad actual vulnerada por el estado, que no ha sido capaz, a casi treinta años de posconflicto, de resarcir y enmendar las necesidades que dieron origen al conflicto.

Retazos de la pared



Figura 1.1: Tomada del sitio <https://www.movingwalls.org/moving-walls/7/digging-truth-massacre-el-mozote-20-years-later.html> Photographs by Susan Meiselas / Magnum Photos Introduction by Raymond Bonner.

Caminando un día con Emilia de su casa al centro de El Mozote, me dijo me quería mostrarme una casa, eran los restos de una casa de adobe. Ella me dijo que esa casa le recuerda a los trazos de historias que su mamá le narra sobre la masacre de El Mozote. Nos acercamos lo más que pudimos, estaba a la orilla de la calle principal. El predio estaba cerrado, había mucha grama

y le faltaba el techo, era como la silueta de lo que antes fue una casa. Los impactos de bala en la pared principal que da al portón resaltaban y el lugar estaba completamente desolado. Emilia me dijo que cuando caminaba sobre la calle y veía la casa llena de balazos, tenía miedo, se imaginaba su casa si algo así pasara, se imaginaba a los soldados y lo que había ocurrido en el tiempo de la operación Yunque y Martillo. Pensaba en lo que los mayores contaban de los horrores que experimentaron. De hecho, esa casa ha sido rotulada como parte de la ruta de la memoria, en el norte de Morazán, un esfuerzo del gobierno del FMLN por patrimonializar los espacios que recuerdan los horrores del conflicto, en los poblados más afectados por las masacres. A pesar de estar rotulado yo nunca reparé en la importancia de esa casa en escombros, se veía como una casa abandonada, fue hasta el relato de Emilia que entendí su significado.

Así como los escombros de esta casa, que preserva los horrores impregnados en sus paredes, que traspasa generaciones, como es el caso de Emilia y su madre, Susan Meiselas captó esos horrores días después de sucedida la masacre de El Mozote. En el año 1982, Meiselas fue informada por el periodista Ray Bonner del New York Times de lo que estaba ocurriendo en la zona norte de Morazán y ella viajó hasta el punto de encuentro en Honduras, y desde ahí entraron al área (Dada, 2017). La foto que se muestra en la introducción de este apartado es la contraposición de la foto que ella misma sacó días después de la masacre en El Mozote y una nueva foto superpuesta en donde se ven los escombros de la casa en la actualidad. La pared y los escombros retratados en la primera imagen, muestra los estragos que la operación militar, en su búsqueda por aniquilar a la población de la región de la zona norte. Los escombros de un hogar, es todo lo que quedó de los cientos de personas que vivían en casas similares y de las cuales a simple vista no queda evidencia.

En el 2016, Meiselas visitó la zona de nuevo y se reunió con familias que recientemente habían participado en la exhumación

miembros de su familia que murieron en la llamada masacre de El Mozote. Ella tomó las primeras fotos del área y es por ello que las personas le confían sus historias. Dichas fotografías, junto con los artículos de los periodistas del New York Times y el Washington Post, fueron las primeras evidencias de las atrocidades que estaban ocurriendo en el norte de Morazán y otras zonas del país (Tutela Legal del Arzobispado, 2007). Al regresar a El Mozote, más de veinte años después y escuchar las historias de las víctimas sobre los terribles momentos que vivieron ellos y sus familiares y cómo unos sobrevivieron y otros no, Meiselas aseveró que sus “fotos hacían innegables esos muertos, pero no eran capaces de dimensionar la escala de la masacre” (Dada, 2017).

Los restos de estas dos casas, la del relato de Emilia y la de la foto de Meiselas, asemejan un trabajo casi arqueológico en donde, lo que queda, se vuelve las simientes para entender quiénes eran las personas que habitaban el espacio y cómo era su vida cotidiana, por un lado, y su significado en el presente, que más bien se vincula con el terror y el vacío dejado por el conflicto. Para Gosden & Marshall “los objetos sólo pueden entenderse si se observan los contextos culturales que los produjeron originalmente y las nuevas circunstancias a las que se trasladaron posteriormente. Las historias de muchos objetos se componen de cambios de contexto y perspectiva” (Gosden & Marshall, 1999, pág. 174).

Ese es el caso de las historias de Emilia y Meiselas, y su encuentro con la materialidad de un espacio, que, si bien no representa su hogar, expone el proceso de violencia y su impacto al reencontrarse con los testimonios de los sobrevivientes. Se puede ver como los escombros de ambas casas durante la masacre son la fuente que evidencia la existencia de familias en la zona durante el operativo militar. Sus escombros han resignificado el espacio, mostrando los horrores cometidos por los militares a cargo del exterminio. Es decir, al profundizar y vincular su significado en el presente, se puede comprender que las secuelas del terror por

parte de los aparatos del estado continúan, golpean a Emilia día a día en su paso por el monumento al terror que representa para ella la pared llena de balas; por un lado, y el impacto de Meiselas y los sobrevivientes al adentrarse a entender el pasado de sus experiencias y el continuo vacío de justicia que experimentan los familiares de las personas que aparecen en las fotografías.

Las formas en que se gestan las memorias del conflicto son, en muchas ocasiones, moldeadas por escombros que las víctimas y sobrevivientes dejaron a su paso. La casa con impactos de balas representa las memorias de las generaciones que vivieron la violencia política, pero también son testigos que cuentan esos hechos violentos a las futuras generaciones. Las memorias, propias o heredadas, como es el caso de los imaginarios violentos en la narración de Emilia, contribuyen a construir un tipo de justicia alternativa en El Salvador, como lo propone el marco de la justicia restaurativa. No se puede olvidar el dolor causado por el conflicto, pero contarlo y entenderlo sirve como proceso de duelo profundo. Para entender el conflicto armado salvadoreño, en un momento histórico dónde las formas de entender los procesos sociales van más allá del elemento humano, los artefactos personales y colectivos se vuelven aliados para entender los elementos complejos que moldean la realidad y, específicamente, zonas como El Mozote donde cohabitan humanos con elementos no-humanos, ambos, como testigos mismos de los horrores (Gosden & Marshall, 1999).

Cuando regresamos de nuestra visita a la casa misteriosa, la mamá de Emilia nos estaba esperando con un café. Marta es de una tez café claro, ese día vestía una falda de colores y un delantal celeste claro. Siempre que llegaba a visitar a Emilia ella está lavando los trastes o cociendo café para los invitados, siempre muy amable, con una mirada penetrante, muy expresiva y alegre, pero también fuerte. Le contamos con Emilia que habíamos visitado esa casa-monumento y ella dio un giro a la conversación repentino e interesante para mí. Yo hubiera pensado que ella me hablaría de

quién habitaba esa casa o tal vez, sobre qué sensaciones tendría al respecto, Pero no, Marta me correspondió más bien refiriéndose a su propia casa:

“sabe que esta casa es dónde yo crecí, estas paredes las hizo mi papá y son de mucho antes de la época de la guerra. Yo sí logré retornar a mi casa y está muy parecida a como la dejó mi padre. Las paredes son de adobe, mire Clara, toque, son gruesas, estas paredes son frescas pero resistentes, ya no las hacen como antes. Yo me quedé con la casa porque solo yo sobreviví ese día. Yo le dije a mi papá, solo él y yo estábamos, ya vienen los soldados, vámonos, pero él quería morir en su casa, me dijo que no, que él no iba para ningún lado, yo ya tenía mi esposo y mi primera hija, entonces me tuve que ir, lloraba y lloraba por dejarlo, pero no podía sacarlo, no se quería ir. Nosotras sobrevivimos, lo encontramos días después en la parte de atrás de la casa, seguramente él quería esconderse, pero como los soldados no dejaban a nadie vivo, al final murió aquí en su casa”

Con su historia entendí que para ella la casa-monumento y su casa eran la misma, contaban la misma historia. Ella visualizaba la casa llena de balas con su propia experiencia traumática, para ella la otra casa era una apología de su propia historia y de su propia casa. Me dejó muy marcada la forma en que Marta me estaba mostrando la relación entre una pared y el hogar. Para ella las paredes de su casa cuentan una historia, son parte del legado de su familia, las paredes, como ella, sobrevivieron a la masacre, y se acompañan. Emilia también parecía impresionada con la historia, se veía triste por el papá de su mamá, su abuelo, que no conoció. Finalmente, Marta terminó su narración diciéndome lo que en realidad era el peso más fuerte para ella, que nunca se perdona por haber abandonado a su padre, en el presente, su casa era el vínculo más fuerte entre ella y su recuerdo.

Su final me hizo reflexionar también sobre sus emociones aun luchando en su interior. Como las personas sobrevivientes

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

llevan la culpa, la nostalgia y el recuerdo de lo que perdieron y lo que prevalece. Así, al ensamblar los pedazos de la historia entendí que por eso para ella la casa y las fuertes paredes que construyó su padre eran tan importantes, primero porque fue un esfuerzo de su familia, y de él particularmente, el recuerdo de su infancia, y la forma de convivir con ellos día a día. Además, por otro lado, la forma en que ella relacionó los escombros de la casa con los impactos de bala y su propia historia, refieren la manera en que, para ella, como para las personas en general que sobrevivieron a la masacre, su supervivencia y la de algunos bienes materiales, les representa un triunfo por sobre los asesinos y por sobre los que, por tantos años, han negado los hechos y siguen negando justicia. La pared, la casa de Marta y el predio en la foto de Meiseas son las resistencias en el día a día frente al olvido, Marta me hizo entender que cada pared tiene su historia y que cada sobreviviente, perdió más que sus seres queridos, perdió su hogar, su legado, su trabajo y que, de cierta forma, en cada pared se encuentra la historia de una familia, de un hogar.

El altar

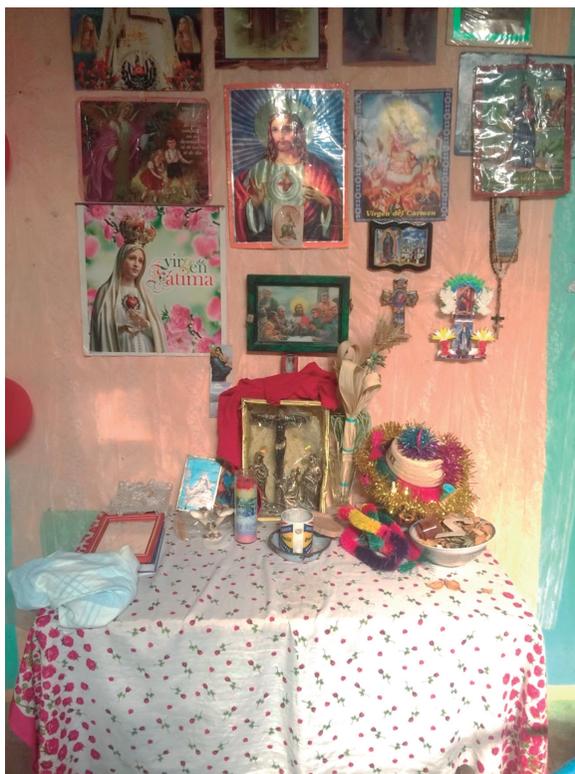


Figura 1.2: Foto de autoría propia. Trabajo de campo Morazán. 2018/2019

En la comunidad Segundo Montes, y muchos otros pueblos de Morazán como el Mozote y lugares aledaños, muchas familias tienen un altar. No es casualidad, o algo aleatorio, los altares en las casas representan la pérdida de uno o varios seres queridos, también representan que dicha familia, es sobreviviente, y que los seres queridos asesinados también forman parte del hogar. En su estudio sobre los altares de familiares asesinados en Medellín por la violencia política, Arenas Grisales argumenta que “un altar por la muerte de un ser querido puede representar una forma

de resistencia al poder, de comunicar su indignación creando una narrativa que privilegia las emociones. Al mismo tiempo ese altar revela la lucha por devolver el lugar social de las víctimas, denunciando la injusticia y demandando reconocimiento del daño” (Grisales, 2015, pág. 199).

Es por ello que los altares juegan un papel fundamental en la dinámica de las familias, normalmente equipados con artefactos de las personas asesinadas o desaparecidas y con figuras religiosas que acompañan, a la persona sobreviviente y en un aspecto simbólico a las no-sobrevivientes. Los altares de hecho, han sido y siguen siendo muy importante en los estudios antropológicos, normalmente porque develan los elementos simbólicos más allá de los objetos, las historias de las personas y sus miedos. En otras palabras, Hallam y Hockey:

“plantean que la vida social de las personas puede persistir, aún después de la muerte, en los objetos materiales que son metáforas y metonimias asociadas a la creación de la memoria. Los objetos materiales pueden generar respuestas emocionales, ellos están poseídos de cierta agencia o capacidad para actuar como percepciones y relaciones sociales. Ese objeto material prepara el terreno para las estrategias de memoria de aquellos que enfrentan el trauma de la muerte. Entonces, los objetos son el vehículo para la conmemoración, ellos se transforman en el elemento de proximidad entre la vida y la muerte” (Grisales et al., 2019, pág. 59).

Es por ello, que al escuchar las historias detrás de los objetos ocultos en los altares, no solo se conoce a la persona sobreviviente, sino los procesos de lucha que enfrenta. Así, el altar que se muestra en la figura 1.2 es de una de mis vivistas a la casa de la familia Gómez, uno de tantos altares que he documentado en mis visitas al norte de Morazán. Con los años me he percatado de que los altares cambian, son dinámicos, a veces en la misma casa se han decorado

más, tienen más santos o más figuras de sus familiares asesinados en el conflicto, o de alguno de los sobrevivientes que han fallecido en años recientes y que ahora está incluido en el altar. Estos espacios normalmente son movibles y van acorde al tiempo de la familia y de la comunidad. En una de mis visitas, encontré un altar que me llamó mucho la atención, porque siempre que volvía a la casa era distinto, podía ver nuevos objetos, que no solo eran conmemorativos, sino también de celebración; este altar pertenecía a Ceci⁶.

Ella es una de las mujeres más activas en la comunidad La joya, en la Segundo Montes. Cuando la vi por primera vez, estaba en una reunión de la iglesia de San Luis, que es el caserío más grande de los cinco que integran la Segundo Montes. En esta reunión se organizaban en torno a la conmemoración del retorno de la comunidad desde el campo de refugiados de Colomoncagua, Honduras, en noviembre de 1989. Ese noviembre se cumplirían treinta y dos años del retorno. Normalmente la iglesia, la alcaldía y cada caserío organiza sus propias celebraciones para tener una semana de diferentes actividades para jóvenes, adultos y niños. En esa reunión, le pregunté a Ceci si podía colaborar en algo, ella me contó que tenían otra reunión en su casa al terminar la misa para organizar una caminata que hace toda la población de la Segundo Montes, con ropa, zapatos o artefactos del refugio para recrear el retorno, llevan a sus hijos, seres queridos en general y pertenencias, a pie y caminan a lo largo del pueblo. Ceci me preguntó si quería apoyar con ese evento, respondí que sí y al terminar la misa nos fuimos para su casa.

Esa tarde platicamos mucho con las otras señoras que organizaban el evento, Ceci me contó, después, que su esposo murió durante el conflicto armado, que ella crio cuatro hijos sola y que tenía sesenta años. La casa parecía pequeña al entrar, pero tenía

6 Como mencioné al principio del texto, los nombres y lugares de las protagonistas en esta historia se han cambiado y modificado el contexto como manera de proteger sus identidades y relatos por seguridad y privacidad.

un amplio traspatio lleno de árboles y flores. Este día pude ver que tenía un pequeño altar, con una foto de la virgen maría y un gran cartel de tres hombres, el de en medio era su hijo, Baltazar. Su hijo había muerto en una emboscada durante el conflicto bélico, y solo se sabía el lugar donde lo mataron, pero no habían encontrado su cuerpo. Terminamos la reunión ese día, pero yo seguí frecuentando a Ceci y pasando tardes enteras tomando café y platicando de las cosas de la comunidad y de la iglesia.

Poco a poco en cada retorno a su casa iba encontrando nuevas modificaciones a su altar que me parecieron interesantes. En uno de los primeros cambios que pude notar fue que al centro del altar ya no estaba su hijo -aunque esa imagen medía más de un metro así que seguía siendo la más predominante en el espacio- ahora al centro estaba una cruz de Jesús y las fotos de su madre y su padre que aún estaban vivos. Estaba decorado con flores artificiales y los colores le daban un aspecto de felicidad y luz. Otro cambio importante, que observé con el tiempo es que los títulos universitarios de sus cuatro hijos fueron incluidos en el espacio del altar, así como fotos de sus dos nietas. En mi última visita a la casa de Ceci, quedé muy impresionada de la magnitud del nuevo altar, era el mismo espacio, con las mismas cosas, fotos de su hijo guerrillero caído en combate, sus padres, sus hijos y nietas, pero ahora con más imágenes religiosas y también algunas oraciones, velas y más flores.

El altar de Ceci cumplía con todos los elementos que siempre he observado en los altares de los familiares en el norte de Morazán, fotos de los seres queridos, alguna prenda, imágenes religiosas y velas que recuerdan el paso hacia la muerte de sus familiares y cómo éstos siguen presentes en su vida cotidiana. Sin embargo, para Ceci su altar poco a poco se fue convirtiendo en una oda a la vida, un encuentro entre su esposo y su hijo que cayeron en combate, pero que se integran con el desarrollo de su vida en el posconflicto. Sus padres a la cabeza del altar representan la cabeza de la familia, que aún le acompañan y merecen ser reconocidos en su hogar, sus

hijos y nietos mezclándose con el pasado violento representado lo que, para ella, es el entendimiento del tiempo de manera circular, en donde vivos y muertos siguen el mismo ciclo y los unos conviven con los otros. Su historia, es la historia de la gente de la Segundo Montes, quienes perdieron seres queridos, pero también retornaron para reconstruir su vida y una nueva comunidad.

El altar de Ceci muestra que no ha habido un cierre de la violencia política, no ha habido resarcimiento. Ella aún no encuentra el cuerpo de su hijo, ni tampoco tiene respuestas de la razón del asesinato de su esposo a principios de los 80. Ella responde a esa incertidumbre causada por la falta de voluntad política del estado para juzgar los crímenes del pasado y cambiar las condiciones económicas y sociales de las personas, que, en principio, se organizaron en la guerrilla para tener mejores tierras, acceso a los bienes de vida dignos. Su respuesta se organiza en la intimidad, en la convivencia entre los vivos y los muertos, su dolor por los seres queridos asesinados se entremezcla con las bondades de la vida misma, del triunfo académico de sus hijos y la felicidad de sus nietos. Pero es un ciclo no acabado que muestra un vacío que sigue y seguirá existiendo en los hogares afectados por el conflicto armado, en donde los altares se vuelve un puente entre la vida y la muerte y la ausencia de justicia por parte de los perpetradores (Grisales et al., 2019).

El carné: símbolo de identidad

Conocí a Claudia en el 2019 en mis visitas a la pastoral de la iglesia del caserío San Luis, de la comunidad Segundo Montes, ella era una de las líderes más activas de la juventud y me recibía muy entusiasta en las reuniones. Un sábado por la tarde, en el receso de pan dulce con café, comenzamos a platicar más sobre ella y sobre su contribución a la pastoral. Claudia parecía muy comprometida con su iglesia y

con la comunidad en general. Me comentaba que ella estaba muy orgullosa de ser de la Segundo Montes y que para ella había una fuerte diferencia entre la gente de la Segundo Montes y las otras familias que sobrevivieron al conflicto, pero que vive en el resto de la región del norte de Morazán, de la nada sacó su carné de refugiada y me enseñó que todas las personas que habían pertenecido al refugio tendrían que tener un carné y que esas personas son las que ahora conforman la Segundo Montes.

Este carné mostraba la foto de ella de pequeña, Claudia tenía ojos grandes café oscuros y era delgada, morena y sonreía. En el momento de nuestra conversación tendría 35 años, pero en la foto del carné tendría 5 o 6 años. Parecía que sus recuerdos del refugio estaban tan presentes en ella, como si hubiera sido ayer, me contó que en el refugio los niños no se enteraban de lo que estaba pasando, su mamá, por ejemplo, siempre intentaba moldearles una realidad normal, ir a la escuela, comer, hacer tarea y jugar; sin embargo, para ella siempre fue evidente que, en lo profundo, su mamá tenía una enorme tristeza por no tener a sus otros hijos con ella, porque andaban con los compas⁷ en el frente de guerra.

Para ella, la Segundo Montes tenía una historia única que compartían todos sus habitantes, no sólo definida por el dolor y el horror que supuso el conflicto armado, sino también, por un tiempo heroico en el que la gente campesina principalmente de los municipios de Cacaopera, Jocoaitique, Arambala y Meanguera, cambiaron el rumbo del país. La guerrilla en la región, mayormente organizada en el Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP, hicieron que el área norte de Morazán fuera uno de los bastiones más importantes del FMLN como fuerza guerrillera (Binford, 2010). Así, la Segundo Montes cuenta con muchas víctimas de personas asesinadas y desaparecidas, por un lado, pero también, con personas que, desde el punto de vista de Claudia, dieron la vida protegiendo a sus seres queridos en la guerrillera.

7 Los guerrilleros

Es verdad es que al visitar otras zonas afectadas por el conflicto en la región, el imaginario sobre la participación en la guerrilla y los principales elementos de orgullo de la Segundo Montes se disipan, como la educación popular, la fuerte organización social y el orgullo de ser excombatiente. En una de las primeras reuniones a las que asistí en El Mozote, con víctimas del conflicto, de diez personas, solamente dos se identificaron como excombatientes, y así ha sido consecutivamente en otras reuniones. Mientras que en las reuniones que he participado en la Segundo Montes, normalmente, todos los adultos participaron de una u otra forma en la guerrilla, o sus familiares, y cuentan sus historias, bastante orgullosos del proceso. Las narrativas, en El Mozote y las zonas aledañas, se relacionan más con el trauma del despojo y la pérdida de sus seres queridos, que con la narrativa de la victoria del movimiento guerrillero en la región.

Para Claudia, el elemento identitario más fuerte de los habitantes de la Segundo Montes es su vínculo único de haber sido parte del campamento de refugiados en Colomoncagua, Honduras. Por un lado, esa experiencia fue importante para moldear la vida de los adultos que llegaron huyendo de los terribles escenarios del conflicto que suponían la exposición constantemente a ataques por parte de la fuerza armada, hambrunas y muerte. Por otro lado, el refugio, como experiencia de vida, fue determinante para los niños que nacieron y crecieron ahí, para quienes sus primeras impresiones del mundo constantemente estaban relacionadas con el asecho de los militares, escasez de movilidad y miedo; pero también un alto grado de organización y compañerismo entre todas las familias refugiadas.

Para Claudia era claro el rol protagónico del refugio en el triunfo guerrillero y eso es símbolo de orgullo para la comunidad. Ese tema ha sido ampliamente estudiado en El Salvador, como los campamentos de Mesa Grande y Colomoncagua en Honduras, servían también para algunas operaciones de inteligencia y militares de la guerrilla (Sprenkels, 2012). Así, los refugios fungían

como fuente de protección para la población civil y como escenario de abastecimiento para el frente de guerra. Para Claudia, ese involucramiento activo en la revolución y no una mirada pasiva a su condición de refugiados, es lo que determina la fuerte identidad de la comunidad Segundo Montes y su alto grado de desarrollo social actual.

En otra plática con Juan -quien era organizador de tardes poéticas con un grupo de jóvenes en Hatos 1, y a quién conocí también en mis visitas en el 2019- yo le pregunté que de dónde era originario y él me respondió, mostrándome su carné “mirá, yo nací en el refugio, ahí dice, nacido en Colomoncagua, Honduras, eso es símbolo de orgullo, yo soy revolucionario de nacimiento”. A lo largo de las extensas pláticas que sostuve con Juan, fui entendiendo que el desplazamiento tuvo múltiples consecuencias graves y en el retorno han surgido muchas otras; pero, sin embargo, a pesar de esas pérdidas durante el conflicto y los problemas políticos en el presente, para Juan, el carné de refugiado es símbolo de orgullo. Juan divide la identidad de la comunidad con la del partido, él me aseveró en una de nuestras pláticas: “me puedo pelear mil veces con el partido⁸, pero yo siempre voy a ser de la Segundo Montes”.

En una investigación sobre la organización HIJOS en la plata argentina, conformada por los hijos de detenidos y desaparecidos de la dictadura, Rúa plantea que la identidad de los padres de los participantes en HIJOS ha determinado mucho el camino de su búsqueda por la justicia. El autor argumenta que lo que la dictadura les arrebató va más allá de la existencia misma de sus padres y madres. En realidad, el militarismo en Argentina, a través del terrorismo de estado (Faulcov, 1989), hizo desaparecer todo un movimiento que buscaba reformas para una vida social más justa, una “lucha” por un país más digno. Por eso, la consigna de HIJOS

8 Durante los años del posconflicto, los líderes de la comunidad, muchos de ellos antiguos mandos medios del ERP han perdido credibilidad frente a la comunidad en la actualidad por alianzas y comportamientos cuestionables para la gente de la Segundo Montes. Por eso para Juan es tan fundamental en la actualidad diferenciar a la comunidad Segundo Montes del partido político FMLN.

es “nacimos en su lucha, viven en la nuestra” (Rúa, 2008, pág. 6). Es decir, que la lucha de sus padres vive en ellos, aunque no es el mismo tiempo ni en realidad la misma lucha. La realidad plantea diferentes desafíos, pero ellos, quienes se aglutinan bajo una sola identidad que les hace sentir fuertes y unidos; y que se vincula con la violencia política que les arrebató a sus padres.

Así, la identidad de muchos jóvenes sobrevivientes del conflicto armado puede estar mediada por o en contradicción y decepción con lo que fueron los ideales de sus padres (Silber, 2011). Pero como demuestran los testimonios de Claudia y Juan con su identificación como refugiados a través del carné, el vehículo que los relaciona con sus seres queridos asesinados o desaparecidos es más fuerte y les impulsa a organizarse e identificarse como comunidad. Los sobrevivientes al estar expuestos a tanto sufrimiento por parte de las fuerzas armadas, tanto salvadoreñas como hondureñas, y crecer con historias de esas vivencias, su identidad de hijos, pero en general, de refugiados, les da sentido de pertenencia, lo que les ha permitido encontrar cierto nivel de resarcimiento en comunidad. Lo mismo es el caso argentino de la organización HIJOS quienes su sentido de pertenencia e identidad parte por el sufrimiento de la pérdida de sus padres, lo que genera un proceso de empatía hacia los mismos hijos e hijas que han experimentado ese sufrimiento.

En el caso de la Segundo Montes evidentemente las pugnas por el poder político interno del FMLN, como por muchos otros bienes materiales y económicos, herencia del conflicto, no han estado ausentes en el desarrollo de la Segundo Montes en el posconflicto (Binford, 2010). Sin embargo, de la identidad como refugiados, ya sea de uno u otro bando dentro de las pugnas internas, siempre enfatiza la búsqueda de la unificación de la comunidad y clamar por reconocer su identidad como refugiados. Rosa Cabrera retoma de Halbwachs las formas en la que la memoria de hechos trágicos moldea la identidad de un grupo o comunidad:

“la memoria colectiva asegura el valor y la identidad de un grupo, cuando los hechos que se recuerdan forman parte de la vida de todo el grupo y son compartidos por sus miembros. Las personas inscriben sus recuerdos en marcos sociales de referencia (clase social, familia, género, identidad política, entre otros) que les permiten explicar los acontecimientos vividos. La memoria no existe sin el lenguaje y ésta recoge las experiencias que cambian la vida de un grupo, es decir, que conserva del pasado, solamente aquello que permanece vivo en las mentes de un grupo [...] Si lo que se recuerda tiene que ver con aquello que afecta la vida del grupo, entonces la experiencia de haber sufrido violencia política queda inscrita como huella y como cambio en la memoria del grupo” (Cabrera, 2008, pág. 274-274).

Por tanto, el carné no es un elemento del pasado para la gente de la comunidad Segundo Montes, en realidad es un artefacto que ha transformado su función con el tiempo, que forma parte de la identidad de los que lo portan y los hace parte de una identidad colectiva. Es por ello, que identidad, memoria y justicia son elementos que deben tomarse en cuenta para estudiar un grupo social víctima de las violencias políticas, porque los tres elementos definen su tránsito por el tiempo. La memoria forja elementos identitarios que se transforman con el tiempo y se vinculan con constantes alianzas o antagonismos y otras identidades como las de género, edad y otras.

Según Ching, en su estudio sobre las diferentes narrativas del conflicto armado, las formas de recordar por parte de los grupos involucrados, no necesariamente se correlacionan con sus identidades ideológicas, sino más bien en algo que él denomina comunidades de memoria (Ching, 2016). Según el autor, en el FMLN, la comandancia general tiene una narrativa más positiva de los resultados, congruente con las formas en que la cúpula logró acceder al poder político e incluso controlar el órgano ejecutivo.

Sin embargo, las narrativas de los combatientes comunes, no necesariamente muestran un panorama victorioso, por el contrario, sorpresivamente, las memorias de estos se correlacionan mucho más con las de los soldados rasos de la fuerza armada, ya que tienen más puntos de inflexión. Se encuentran mucho menos testimonios y menos reconocimiento de las deudas de los acuerdos de paz, para con los guerrilleros y militares comunes. Ha habido un abandono de las cúpulas en el periodo de paz que explica cierta concordancia por parte de esta comunidad de memoria al evaluar los triunfos del conflicto (Ching, 2016, pág. 190).

A pesar de esas narrativas antagónicas que se encuentran a nivel general, lo que ha persistido en la Segundo Montes es su identidad como refugiados. Sus imaginarios sobre haber dado su juventud y su vida para un bien común, por parte de los guerrilleros para liberar al pueblo de la represión del Estado. Por tanto, a nivel identitario, exguerrilleros y refugiados del norte de Morazán siguen compartiendo los elementos identitarios de las razones por las que participaron en el conflicto y la búsqueda de la unidad como comunidad. En el caso de la cúpula del FMLN, coinciden con los guerrilleros de base, en que la movilización era necesaria, cada fracción al interior del partido tiene un punto de vista diferente acerca de su participación, pero reconocen haber sido parte de la identidad guerrillera que buscaba un objetivo común.

En ese sentido, las narrativas sobre el conflicto no siempre toman direcciones similares, Claudia y Juan no necesariamente circulan en los mismos grupos de poder dentro de la comunidad y quizá no coinciden políticamente, frente a qué tan legítima es su memoria del conflicto, pero ambos, así como la cúpula y el guerrillero de base del FMLN, coinciden en que su identidad revolucionaria les hizo forjar un camino que les define hasta hoy. Por un lado, para Claudia y Juan la Segundo Montes mantiene una identidad de comunidad de refugiados/sobrevivientes de la violencia de estado. Por otro lado, para los guerrilleros en general, cúpula y base, ambos

grupos se reconocen como parte de un cuerpo de personas que compartieron un ideal, y en la mayoría de los casos aún comparten círculos de amigos, familia e incluso trabajo y círculos de poder. El carné representa la materialidad de esa identidad que comparten los habitantes de la Segundo Montes, base histórica de la revolución que dichas familias emprendieron (Binford, 2020; Ching, 2016).

4. Conclusión

A lo largo del presente artículo he mostrado las formas en que las memorias, detonadas por los elementos no humanos que circulan y contribuye en el día a día a la justicia desde el punto de vista restaurativo. Para la justicia restaurativa la comunidad está en el centro de la justicia social y no en el Estado. Las instituciones estatales deben ser garantes de los procesos de reparación y acompañamiento con las víctimas, pero no lideran el proceso, ya que, en El Salvador, particularmente, y en América Latina, en general, el Estado a través de sus aparatos represivos, ha sido el perpetrador por excelencia debido a las dictaduras que han generado represión y conflictos armados internos (Sprenkles, 2012; Silber, 2012; Cuellar, 2019).

Las personas sobrevivientes, a lo largo de mi investigación en la zona norte de Morazán, han reflexionado las múltiples formas en las que el conflicto les arrebató mucho más que la vida de sus familiares y seres queridos. La violencia política también les privó de crecer en su comunidad de origen, de tener vínculos con el espacio físico donde crecieron, de herencias culturales y materiales, entre muchos otros elementos. Asimismo, los artefactos remanentes del conflicto armado trascienden y no solo interactúan con las personas que experimentaron la violencia política, sino que también, moldean el paisaje dejando un mensaje para aquellos que no necesariamente tuvieron contacto directo con los horrores del pasado, las nuevas generaciones, pero que lo

experimentan en su día a día, como sus hijos y nietos.

Así, exploro los niveles más íntimos de lo cotidiano de artefactos sobrevivientes, por un lado, a nivel personal, como es el caso de la semilla de maíz y el carné de refugiados; y por otro, a nivel colectivo, más público, representados por los restos de la pared y el altar. Los objetos se convierten en testigos del sufrimiento experimentado por los sobrevivientes y entran en diálogo con sus memorias, lo que genera resistencias activas al olvido y a la versión oficial del Estado que busca reconciliación sin justicia y que a la base de su política postconflicto a premiado la impunidad de los crímenes acaecidos y experimentados por los protagonistas de este artículo durante la violencia política de los 70 y 80.

En el primer nivel de análisis, el personal, analizo los objetos como elementos identitarios durante de la persona que lo portó o que lo construyó o sembró, creando una brecha íntima en la persona misma con su pasado y su presente. El segundo nivel, el objeto público, no pertenece a la persona viva necesariamente, sino a la víctima no sobreviviente. Normalmente estos objetos evocan la herencia, las memorias de la persona asesinada y lo que quedó como el altar con figuras de las personas asesinadas y masacradas. Estos objetos se entremezclan para ser artefactos de memoria y testigos en un sistema de justicia fallida, que dan fe de la existencia de la persona, del crimen, pero que no encuentran espacio, más que el íntimo-familiar para ser develados. A nivel más público, los artefactos de los altares o los escombros remanentes de una casa, son más accesibles a la vista del visitante, pero no siempre evidentes a las personas fuera del círculo de los sobrevivientes, como por ejemplo la casa dismantelada y baleada que le muestra a Emilia los horrores del conflicto, pero que para una persona externa pareciera ser una casa abandonada común y corriente.

He mostrado como estos cuatro artefactos aparecen como

testigos de crímenes y horrores que se perpetúan hasta el presente por falta de respuestas. Así, los objetos remanentes del conflicto, cumplen una doble función, por un lado, revelan la verdad, dan cuenta material de la existencia de una violencia macabra por parte del Estado y de un conflicto bélico y acompañan a los sobrevivientes. Pero, por otro lado, también buscan abrirse paso para ser escuchados, presentados, sobreviven y son reivindicados por quienes los portan como elementos contestatarios de la impunidad imperante. Así, la persona construye un relato en torno a estos objetos, que son sobrevivientes de esa época, no necesariamente porque lo ha experimentado de primera mano durante el conflicto, como es el caso de Emilia, sino porque hablan por sí mismos de un pasado perverso que persiste hasta hoy y genera procesos identitarios, tanto a nivel familiar como comunitario.

Para Brunnegger, la justicia debe verse como una práctica cotidiana, una apuesta tanto analítica como práctica (Brunnegger, 2019, pág. 1). Así, los procesos de memoria, y el trabajo de memoria, más a nivel político, contribuyen a la justicia en un nivel mucho más doméstico. Es por ello que la justicia debe tener alcances más allá del nivel institucional que ha estado en deuda por parte de los gobiernos que siguieron a la firma de los acuerdos de paz en El Salvador. Para Cabrera:

“Con el trabajo de la memoria, las víctimas logran legitimar el sufrimiento social de la violencia y la injusticia de la impunidad. Esto supone una contribución al esclarecimiento de la verdad de la violencia política, cuestionando el impacto social de las políticas de olvido y de reparto de responsabilidades en torno al conocimiento del pasado. Además, habiendo demostrado que las víctimas no quieren ni pueden olvidar, la memoria colectiva asediada contribuye a una reapropiación colectiva crítica y ética del pasado” (Cabrera, 2008, pág.281)

En conclusión, el pasado violento no se puede cambiar y las pérdidas

para las personas sobrevivientes, tanto de la vida, como de los elementos materiales y culturales no se podrán recuperar ni reparar de ninguna forma. La semilla y los conocimientos agrícolas de la familia de Pedro en Cacaopera no volverán, el legado de su padre y los conocimientos que él valora en el presente no pueden ser compensados con nuevas semillas. Así como tampoco Claudia podrá tener una niñez que no sea en torno al asedio de los militares y las implicaciones de crecer en un refugio de guerra. Sin embargo, a nivel individual estos elementos contribuyen a la construcción de identidad de los sujetos y a la exigencia por el reconocimiento de la verdad, de la justicia, porque el conflicto se llevó más que la vida humana, arrasó con los conocimientos, identidades y legado de familias y pueblos enteros que hoy se representan en las memorias de los sobrevivientes.

Además, aunque los altares se encuentran normalmente en el seno del hogar, evocan e implican la exposición de fotos y recuerdos que se mezclan con el pasado violento y el presente de las personas sobrevivientes, buscando así que prevalezca la verdad, son finalmente narrativas contestatarias al imperante silencio de los perpetradores de los crímenes del conflicto. La pared, por último, no es un elemento material aislado, en el norte de Morazán existen múltiples estructuras que conviven con los pobladores recordando los horrores del pasado, pero que a su vez se vuelven testigos del hecho trascendiendo las fronteras locales, como es el caso de las fotos de Meiselas, permitiendo el reconocimiento internacional de los graves crímenes de lesa humanidad acaecidos en la región.

Finalmente, la verdad y la justicia tienen importantes puntos de inflexión. Explorar las formas en las que la memoria y el trabajo de memoria contribuyen a construir una justicia alternativa, más reparadora y local, es una deuda en la literatura de memoria en el país. Usando los objetos como detonadores de memoria, he concluido que los horrores del pasado conviven con los sobrevivientes en múltiples formas, una de ellas es la materialidad remanente del conflicto. Así, a través de los artefactos las personas

sobrevivientes del norte de Morazán ventilan sus narrativas como víctimas del conflicto político-militar y condensan una verdad, no reconocida a nivel institucional, pero reivindicada en el día a día por las comunidades, familias y las personas mismas. Estos elementos están en el centro de la justicia restaurativa que busca fortalecer el testimonio a partir del reconocimiento de la verdad, por parte de la comunidad para que los crímenes del pasado no vuelvan a ocurrir. Es un esfuerzo desde adentro para luchar contra la impunidad y el silencio ya tantos años institucionalizado en el quehacer político salvadoreño.

Bibliografía

Assmann, A.: “To Remember or to Forget: Which Way Out of a Shared History of Violence? *Memory and Political Change*”, *September*, 53-71. https://doi.org/10.1057/9780230354241_4, 2012

Bergmann, A.: *Ideas y Acciones para la Paz, Quetzalcoatl Coalición Centroamericana para la Prevención de la Violencia Juvenil 2011*.

Bille, M., Hastrup, F., & Sorensen, T. F.: “An anthropology of absence: Materializations of transcendence and loss. In *An Anthropology of Absence: Materializations of Transcendence and Loss*”, <https://doi.org/10.1007/978-1-4419-5529-6>, 2010.

Binford, L.: “A perfect storm of neglect and failure: Postwar capitalist restoration in northern Morazán, El Salvador”. *Journal of Peasant Studies*, 37(3), 531-557, <https://doi.org/10.1080/03066150.2010.494375>, 2010.

----- “The El Mozote massacre: Human rights and global implications”, In *The El Mozote Massacre: Human Rights and Global Implications*. <https://doi.org/10.1215/00182168-4214540>, 2016.

----- “After Insurgency: Revolution and Electoral Politics in El Salvador” in Sprenkels, Ralph. *Bulletin of Latin American Research*. <https://doi.org/10.1111/blar.13077>, 2020.

Brunnegger, S. Theorizing: “everyday justice” in *Everyday Justice: Law, Ethnography, Injustice* (Issue Sen 1999). <https://doi.org/10.1017/9781108763530.001>, 2019.

Buckley-Zistel, S., Beck, T. K., Braun, C., & Mieth, F.: Transitional justice theories: An introduction. In *Transitional Justice Theories*. <https://doi.org/10.4324/9780203465738-7>, (2013).

Cabarrus, C. R.: Genesis de una revolucion: analisis del surgimiento y desarrollo de la organizacion campesina en El Salvador, 1983. - *Genesis of a Revolution. Analysis of the Origins and Development of a Peasant Organization in El Salvador*). <https://doi.org/10.2307/2514959>

Cabrera, L.: Memoria, identidad y justicia. Desafíos para la rehabilitación del tejido social. *Pensamiento Iberoamericano*, 2, 271–284. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2873374>, 2008.

Cagan, B. & S.: *El Salvador, la tierra prometida: La historia de la ciudad Segundo Montes*. Arcoiris, 1993.

Camp, R. A.: *This Promised Land, El Salvador: The Refugee Community of Colomoncagua and Their Return to Morazan* (Book). *Library Journal*, 1991.

Centro por la Justicia y el Derecho Internacional: *La masacre de El Mozote y lugares aledaños*. <https://www.cejil.org/es/masacre-mozote>, 2020.

Ching, E.: *Stories of civil war in El Salvador: A battle over memory*. In *Stories of Civil War in El Salvador: A Battle over Memory*, 2016. <https://doi.org/10.1215/00182168-6933875>

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Cuellar, P.: “Tribunal para la Aplicación de la Justicia Restaurativa de El Salvador” en *La Justicia Transicional en Perspectiva Comparada: Centroamérica y México*. Universidad Autónoma de México UNAM, 2018.

Dada, C.: *Las fotos vivas de El Mozote*, s.f.

Delugan, R. M.: Reimagining national belonging: Post-civil war el salvador in a global context. In *Reimagining National Belonging: Post-civil War el Salvador in a Global Context*, 2012. <https://doi.org/10.5860/choice.50-5767>

Edelman, M., & Binford, L.: The El Mozote Massacre: Anthropology and Human Rights. *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 1998. <https://doi.org/10.2307/3034524>

Faulcov, T. A. R. L.: *Film Production in Argentina Under Democracy, 1983-1989: 1984, 1989*.

Ferrándiz, F.: “Exhuming the defeated: Civil War mass graves in 21st-century Spain”, *American Ethnologist*, 40(1), 38–54, 2013. <https://doi.org/10.1111/amet.12004>

Gosden, C., & Marshall, Y.: “The cultural biography of objects”, *World Archaeology*, 31(2), 169–178, (1999). <https://doi.org/10.1080/00438243.1999.9980439>

Grisales, S. P. A.: “Fireflies of the memory. Spontaneous altars and narratives of mourning in Medellín, Colombia”, *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 38(3), 189–200, 2015. <https://doi.org/10.17533/udea.rib.v38n3a04>

Grisales, S. P. A., Echavarría, J. C. V., Marín, A. B., Hache, C. R., & Espinosa, Y. L.: “Memory in the street: Spontaneous shires

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

repository created in medellín between 1980 and 2014”, 2019. *Revista Interamericana de Bibliotecología*, 41(1), 57–68. <https://doi.org/10.17533/udea.rib.v42n1a06>

Johnstone, G., & W. Van Ness, D.: “Handbook of Restorative Justice”, en G. Johnstone & D. W. Van Ness (Eds.), *Journal of Chemical Information and Modeling*. Routledge, 2011.

Lara Martínez, C. B. *Memoria histórica del Movimiento Campesino de Chalatenango*, UCA editores, 2018.

Lauria-Santiago, A. A., & Gould, J. L.: “To Rise in Darkness” en *To Rise in Darkness*, 2020. <https://doi.org/10.1515/9780822381242>

Montoya, A.: “The Violence of Democracy”, en *The Violence of Democracy*. Palgrave, macmillan, 2018. <https://doi.org/10.1007/978-3-319-76330-9>

Ness, D. W. Van.: “The shape of things to come: a framework for thinking about a restorative justice system”, *presented at the Fourth International Conference on Restorative Justice for Juveniles*, 11, 1–15, 2000.

Orduña, E. L., Sprenkels, R., & Juarez, J.: *La Justicia Transcional en Perspectiva Comparada: Centroamérica y México*. Universidad Autónoma de México UNAM, 2018. <http://library1.nida.ac.th/termpaper6/sd/2554/19755.pdf>

Pope, S. J.: “The convergence of forgiveness and justice: Lessons from El Salvador”, *Theological Studies*, 2003. <https://doi.org/10.1177/004056390306400407>

Popkin, M.: “Peace without Justice: Obstacles to Building the Rule of Law in El Salvador”, *Latin American Politics and Society*, 2002. <https://doi.org/10.2307/3177121>

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Rúa, S. C.: *En la nuestra. Identidad , justicia y memoria en la agrupación HIJOS-La Plata, Tesis de Maestría en Historia y Memoria . HIJOS-La Plata. Universidad de la Plata, 2008.*

Sala de lo Constitucional: *Sala declara inconstitucional la Ley de Amnistía, 2016.*

Silber, I. C.: “Everyday Revolutionaries: Gender, violence, and disillusionment in postwar El Salvador” en *Everyday Revolutionaries: Gender, Violence, And Disillusionment In Postwar El Salvador*, 2011. <https://doi.org/10.5860/choice.49-0466>

Sprenkels, R.: “La guerra como controversia: una reflexión sobre las secuelas políticas del informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador”, *Identidades: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 2012.

Teitel, R. G.: *Transitional Justice Genealogy. The Criminology of War*, 69, 489–514, 2018. <https://doi.org/10.4324/9781315086859-25>

Tutela Legal del Arzobispado: *El Mozote, la masacre 25 años después*. Open Society Institute, Museo de la Palabra y la Imagen, Equipo Argentino de Antropología Forense, 2007.

Tutela Legal del Arzobispado: *El Mozote, Lucha por la verdad y la justicia* (D. Morales (ed.)). Arzobispado de El Salvador, 2008.

Wood, E. J.: “Insurgent collective action and civil war in El Salvador” en *Insurgent Collective Action and Civil War in El Salvador*, 2003. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511808685>

Las Exhibiciones Posmemoriales: Una Aproximación para Negociar el Trauma Cultural desde el Diseño Museístico

Allan A. Martell

1. Introducción

Los estudios de memoria y los estudios de museos comparten una preocupación similar por entender las dinámicas intergeneracionales de la memoria. Sin embargo, las motivaciones y el énfasis de estudio en cada campo difieren. En los estudios de museos se ha puesto atención al fenómeno de los museos memoriales como instituciones que promueven involucramiento emocional y la reflexión crítica sobre atrocidades, tales como los genocidios, la eliminación sistemática de opositores en regímenes autoritarios o el asesinato de civiles durante los conflictos bélicos. Asimismo, existe evidencia preliminar en torno a museos participativos y otros tipos de museos que sugiere que las metodologías participativas de diseño museístico pueden apoyar los resultados deseados de reflexión e impacto emocional en los museos memoriales. Sin embargo, no hay estudios hasta la fecha que hayan explorado el rol del diseño participativo en la negociación de las memorias de las comunidades sobre el pasado violento.

Los estudios de memoria se han enfocado en entender la naturaleza de las memorias sociales que resultan de las atrocidades del pasado. Algunos investigadores se refieren a este tipo de memoria social como trauma cultural. El trauma cultural se entiende como un fenómeno socialmente relevante porque altera la identidad del grupo y puede llevar a un mejoramiento de las condiciones de vida o a un resurgimiento de la violencia dependiendo de cómo las sociedades negocian el trauma. El trauma cultural es además un fenómeno de largo plazo que afecta a varias generaciones de maneras variables. A diferencia del trauma psicológico, el trauma

cultural no puede ser resuelto o superado, pero sí puede ser sujeto de negociación. Es decir, las sociedades afectadas por el trauma cultural pueden llegar a consensos en torno a un marco interpretativo que les permita establecer una narrativa en torno a la naturaleza del trauma: cuál fue su origen, de qué manera afectó a la población, quiénes son “los otros” responsables del trauma y qué debe hacer la sociedad para pasar la página. Sin embargo, los resultados de dichas negociaciones son temporales. Es decir, los marcos interpretativos de una generación pueden dejar de servirle a generaciones futuras. Cuando dichos marcos pierden su fuerza de consenso, las sociedades vuelven a experimentar tensiones internas, en las cuales uno o varios grupos vuelven a disputarse, una vez más, la hegemonía interpretativa sobre el pasado violento. Dicho conflicto continúa, de formas variables, hasta que se llega a un nuevo marco interpretativo dominante.

En este artículo, me concentro en el conflicto político-militar salvadoreño como caso de estudio para explorar la intersección entre los estudios de museos y los estudios de memoria en torno al fenómeno del trauma cultural. Específicamente, investigo cómo la participación de un grupo de jóvenes en un proceso de diseño museístico marcó sus memorias en torno al conflicto armado en El Salvador (1980-1992).

En el marco de mi investigación, trabajé con siete jóvenes, nietos de antiguos ex refugiados del conflicto armado interno salvadoreño y excombatientes y bases civiles de la antigua guerrilla. Mi objetivo con el proceso de diseño participativo fue explorar las creencias y los sentimientos profundamente arraigados de dichos jóvenes en torno al drama social de los años ochenta, una historia que ellos han conocido a través de sus amigos y familiares. En este ensayo, me refiero al concepto de exhibición de estos jóvenes como una exhibición posmemorial. A nivel teórico, el concepto de una exhibición posmemorial representa una oportunidad para entender el impacto de las exhibiciones en museos memoriales en los marcos sociales de la memoria. Este es un aporte significativo a los estudios de museos dado que los estudios previos se han enfocado en el

impacto de dichas exhibiciones en las memorias individuales de los visitantes. Por otro lado, a nivel metodológico, la aproximación híbrida de métodos etnográficos y diseño participativo en museos es una adición a la caja de herramientas de los investigadores de memoria para explorar el fenómeno del trauma cultural. Esta herramienta es relevante para dicho campo de estudio porque permite intervenir, desde el diseño museístico, en la evolución del trauma cultural, y abre la posibilidad de promover pensamiento crítico sobre el pasado violento. En última instancia, las exhibiciones posmemoriales contribuyen a los esfuerzos en ambas disciplinas para prevenir futuros episodios de atrocidades.

El resto de este artículo se divide en cinco secciones: 2) Hacia una aproximación desde el diseño. Aquí presento las contribuciones relevantes en los campos de estudios de museos y estudios de memoria. También noto las principales preocupaciones y la evolución de cada línea de investigación e identifico brechas relacionadas con los procesos de diseño y la importancia de explorar más a fondo la memoria en el contexto de la escuela. Específicamente, explico cómo la investigación sobre diseño de exhibiciones museísticas ha demostrado que la participación en museos facilita que los miembros de la comunidad se involucren intelectual y emocionalmente con el tema de la exhibición, pero que este proceso no ha sido explorado en el contexto de los museos memoriales. 3) En la sección metodológica, justifico mi decisión de trabajar con un método híbrido que combina investigación etnográfica y diseño participativo en museos. Explico además cómo mi diseño metodológico tiene su origen en una propuesta originalmente pensada para museos de ciencia y tecnología y argumento la relevancia de su aplicación en el contexto de los museos memoriales. 4) En la sección sobre trauma cultural, presento mis resultados con relación a las dinámicas intergeneracionales de memoria en la escuela: la reificación de la experiencia personal y el diseño curricular. También analizo el rol transversal del duelo y cómo este opera tanto en torno a las historias individuales como en torno a la historia de la comunidad y de la nación, es decir, a nivel histórico. 5) En la sección sobre diseño y memoria, presento los

resultados del taller de diseño. Aquí describo los tres mecanismos de mediación de la memoria que el proceso de diseño posibilita: la construcción y refracción mutua, la construcción iterativa de sentidos a través de la creación de objetos y la exploración abierta de los temas de la exhibición. También noto el rol transversal del juego: aligerar el estado de ánimo, auto-regulación grupal y generación de sentidos sobre el pasado violento. Me refiero a esta última función como el juego negro y explico, su importancia para el estudio de la memoria. 6) En la sección de conclusiones, presento un resumen de los principales argumentos de mis resultados en torno al trauma cultural y al rol del diseño como mediación de la memoria. Además, justifico cómo la participación en el diseño de exhibiciones, en el contexto de una exhibición posmemorial, sirve como mediación de la memoria porque permite a los participantes desarrollar empatía activa hacia la población civil durante el conflicto armado, explorar sus propias creencias y emociones en torno a este pasado violento y producir algunos cambios en las concepciones de los participantes sobre el valor de dicha memoria. Luego explico cómo los resultados de mi investigación contribuyen a debates recientes en los estudios de memoria y estudios de museos. También reconozco las limitaciones del estudio tales como su baja validez externa o la atrición como resultado de la larga duración del taller de diseño. Finalmente, presento oportunidades para investigaciones futuras, tales como integrar el método de las exhibiciones posmemoriales con herramientas de pensamiento crítico o aplicar otras metodologías de diseño participativo en el contexto de los museos memoriales.

2. Hacia una aproximación al estudio de la memoria desde el diseño

Entiendo por trauma cultural a una forma específica de memoria social cuyo referente es un episodio histórico de atrocidades, tales como los genocidios, las dictaduras o los conflictos político-militares (Eyerman 2004; Zelizer 2002). Los estudios de memoria dedicados al trauma cultural han articulado las diferencias entre este tipo de trauma y el psicológico así como

las diferencias en sus procesos de evolución (Smelser 2004) which may result in a cultural trauma (p. 35-36. El trauma cultural es un tema relevante de estudio porque altera cómo la gente interpreta quiénes son en tanto miembros de un grupo social y está marcado por una percepción compartida de que el grupo ha experimentado un sufrimiento profundo (Alexander 2004).

Trabajos recientes han intentado emplear metodologías orientadas a la acción para deconstruir el trauma cultural, es decir, intervenir en el espacio controvertido de la memoria social sobre atrocidades con el objetivo de promover reflexión crítica en la sociedad y como un instrumento para hacer justicia para las víctimas (Fried-Amilivia 2011; Villalon 2015; D’Orsi 2017). Estas aproximaciones varían desde estrategias y plataformas que permiten a las víctimas de atrocidades masivas expresar, preservar y comunicar sus memorias (Wallace et al. 2014; Voigtlander 2016; Worcman and Garde-Hansen 2016), a estrategias pedagógicas para analizar críticamente las narrativas históricas sobre estos eventos, tanto en el sistema de educación formal de la escuela (Gellman and Bellino 2019; Stoskopf and Bermudez 2017; Carretero, Haste, and Bermudez 2016) como en el espacio informal de aprendizaje auto-dirigido que es el museo (Dean 2013; Pinto 2013; Young 1993). Estos estudios sugieren que el diseño juega un papel en la formación del trauma cultural. Sin embargo, poco se sabe sobre cómo exactamente el diseño juega dicho papel.

Estudios recientes en el campo del diseño participativo han establecido un vínculo entre la participación de la comunidad y la memoria social. El diseño participativo apoya la creación de tecnologías culturalmente situadas que refuerzan la identidad de la comunidad, tales como planos alternativos para los hogares de familias inmigrantes (Sabie, Sabie, and Ahmed 2020). No obstante, estos trabajos no están específicamente preocupados con las complejidades del trauma cultural, las controversias políticas sobre el significado del pasado violento o el rol de las dinámicas intergeneracionales en la evolución de dicha memoria.

Algunas aproximaciones al diseño participativo han intentado promover empatía hacia víctimas de traumas psicológicos (Tomlinson 2020; Lee et al. 2019). Estos marcos de diseño serían insuficientes para comprender la naturaleza del trauma cultural dado que este último es un sistema complejo (Ladyman, Lambert, and Wiesner 2013). En efecto, el trauma cultural es más que la suma de múltiples traumas individuales. Los mecanismos de operación de ambos tipos de trauma difieren, y las estrategias para resolver los traumas psicológicos no tendrían sentido en el contexto del trauma cultural. Un individuo puede superar el trauma psicológico cuando logra confrontar las emociones y los pensamientos asociados con la memoria traumática (Kolk 2014). Por otro lado, el trauma cultural nunca se resuelve, si no que solo puede ser transformado y renegociado a través de varias generaciones (Eyerman 2004; Alexander 2004). El trauma cultural, provisionalmente “resuelto” en una generación, puede volverse un tema contencioso en generaciones posteriores.

En El Salvador, episodios históricos de violencia como el conflicto armado de los años ochenta sirven como ejemplo de trauma cultural. Durante el conflicto político-militar, los gobiernos de turno describieron a la guerrilla como criminales y terroristas, mientras que el movimiento insurgente concebía al gobierno y sus aliados como una burguesía al servicio del imperio estadounidense. Este marco interpretativo dio paso a uno nuevo durante la etapa de posterior a los acuerdos de paz de 1992. Cuando la antigua guerrilla del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) se convirtió en partido político su principal rival pasó a ser el partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA). Ambos grupos continuaron durante los siguientes treinta años disputándose la hegemonía narrativa sobre el significado del drama social de los años ochenta y retratando a su oponente como el enemigo (Sprenkels 2012). Es posible que dicho marco interpretativo esté iniciando una nueva etapa al momento en que este volumen se publica. Esta posibilidad, que amerita estudio, podría estar vinculada al surgimiento de la figura de Nayib Bukele como caudillo nacional, y de su partido, Nuevas Ideas, como fuerza hegemónica en la política

salvadoreña. De hecho, el mismo Bukele ha dado evidencia de este cambio al afirmar que el conflicto político-militar no fue más que una farsa orquestada por dos bandos que tenían acuerdos secretos para repartirse el control del país (Nóchez 2021).

Tal y como ocurre en los estudios de memoria, las investigaciones desde los estudios de museos también se han ocupado de las dinámicas intergeneracionales de negociación de la memoria en torno a atrocidades (Williams 2007; Sodaro 2018; Carter and Orange 2011). Sin embargo, mientras que este interés común podría sugerir que ambos campos lidian con el trauma cultural, la relación entre los museos memoriales y el trauma cultural no ha sido previamente explorado. Algunos estudios sobre museos memoriales emplean los términos “trauma” o “trauma histórico”, pero no dialogan con los estudios de memoria para articular dichos conceptos (Lehrer and Milton 2011; Dean 2013; Violi 2012; Williams 2011). Además, en los estudios de memoria, parece existir una asunción tácita de que tanto las atrocidades masivas y el trauma son conceptos intercambiables. En consecuencia, se sabe poco sobre el rol de los museos memoriales en los procesos de negociación del trauma cultural.

Por otro lado, el objetivo de estudiar las dinámicas intergeneracionales de memoria difiere según el campo de estudio. En los estudios de memoria, el enfoque yace en explorar la evolución de las estrategias de negociación de una generación a la siguiente. En cambio, el énfasis en los estudios de museos es desarrollar medios para promover las memorias del pasado violento de una generación a la siguiente. Esta línea de estudio se persigue con el fin de comprender cómo la nueva generación maneja la herencia simbólica del pasado violento. De esta manera, los estudios de museos buscan crear espacios para el debate intergeneracional y la reflexión. En el fondo, el objetivo de esta línea de investigación es generar conciencia en el público sobre períodos de violaciones sistemáticas a los derechos humanos a través de la praxis museística. Un elemento central de dicha praxis es el diseño de exhibiciones.

Se sabe que la participación comunitaria en museos conlleva a que los co-diseñadores desarrollen un entendimiento más profundo sobre el tema de la exhibición en cuestión (Lynch 2011; Lynch and Alberti 2010; Morse 2014; Debono 2014). Aunque este aprendizaje procede de estudios en otro tipo de museos, como los de arte y de ciencia y tecnología, hay evidencia para suponer que un fenómeno similar puede ocurrir si se extrapola un esquema participativo de diseño de exhibiciones en museos memoriales. Después de todo, se sabe que el nivel de reflexión y conexión emocional de una exhibición incrementa cuando las exhibiciones, ya montadas, incitan al público a sumergirse en el tema a través de experiencias multisensoriales e interactivas, sean estas mediadas por tecnología (como un kiosco interactivo) o no (como una estación de dibujo en papel guiada por un facilitador) (Stone 2010). Los procesos de diseño participativo también requieren un nivel de interacción multisensorial de parte de los participantes puesto que estos deben involucrarse en discusiones grupales, hacer su propia investigación y producir sus propios conceptos (Knudsen 2016). Es posible suponer entonces que un proceso participativo de diseño puede contribuir a fomentar la conexión intelectual y emocional de los participantes cuando dicho proceso se realiza en el contexto de un museo memorial.

Fomentar mayores niveles de reflexión e involucramiento emocional es importante en el contexto de los museos memoriales porque la atención al pasado violento es una manera de hacer justicia para las víctimas de atrocidades (Lehrer and Milton 2011; Worcman and Garde-Hansen 2016; Gatti 2014; Dean 2013). Además, este tipo de iniciativas tienden a fomentar conexiones entre las causas de atrocidades pasadas y los problemas sociales del presente (Pinto 2013; Huyssen 2000; Sierra-Becerra 2017; Crețan et al. 2018). En otras palabras, dichos procesos permiten construir sujetos más críticos y, por tanto, más comprometidos a evitar que las atrocidades del pasado se repitan. En aras de contribuir a este proyecto más amplio de justicia social, mi investigación explora cómo la participación en el diseño de una exhibición museística sirve como mediación de la memoria del trauma cultural.

3. Metodología

Estudí las memorias de un grupo de adolescentes quienes nacieron después de los acuerdos de paz de 1992. Decidí trabajar con adolescentes debido a mis objetivos de investigación. Dado que buscaba explorar el rol del proceso de diseño como mediación de la memoria, mi metodología implicaba desarrollar un taller que duraría varias semanas. En consecuencia, necesitaba encontrar personas con la disponibilidad de participar por un período considerable de tiempo. Dados los requerimientos de mi investigación, trabajar con adultos hubiese resultado impráctico. Las demandas de la vida adulta, tales como el trabajo o la familia, hubiesen supuesto un desafío difícil de franquear. Sabía además que otros investigadores habían encontrado dificultades para desarrollar talleres por razones similares.

En este contexto, escogí trabajar con jóvenes porque sabía que su disponibilidad de tiempo era mayor. Esta decisión significó además una oportunidad para apoyarme en los insumos de la investigación en educación de la historia. Este campo ha venido explorando desde hace décadas los procesos de negociación del pasado violento en el contexto escolar.

Para responder a mi pregunta de investigación, ocupé el método de diseño participativo en museos (DPM). Dicho método permite organizar, facilitar y observar un taller de diseño en el que los participantes expresan y negocian sus ideas sobre el tema de la exhibición. El DPM fue originalmente utilizado en museos de ciencia y tecnología y no había sido explorado antes en el contexto de los museos memoriales. Mi contribución entonces, a nivel metodológico, consiste en aplicar el DPM en el contexto de los museos de memoria para estudiar una instancia de trauma cultural, es decir, el conflicto político-militar en El Salvador.

Me refiero al resultado de esta aplicación del PDM como exhibición posmemorial. En otras palabras, entiendo una exhibición posmemorial como una exhibición museística desarrollada por miembros de la generación posterior al acuerdo de Paz de 1992 con

el objetivo de compartir sus memorias con el público. Al facilitar y observar el desarrollo de una exhibición posmemorial he buscado expandir la caja de herramientas de los estudios del trauma cultural y de los museos memoriales con este método participativo.

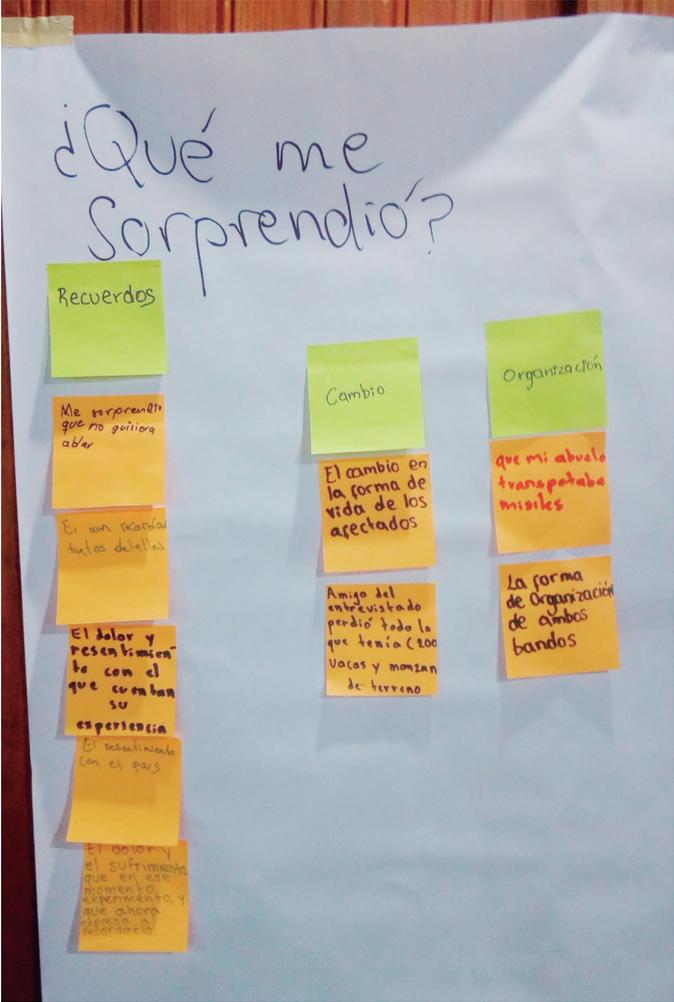
Trabajé en una escuela en una municipalidad rural en el norte de Morazán en El Salvador. El norte de Morazán fue uno de los principales territorios en disputa durante el drama social de los años ochenta. Otros investigadores ya han explorado las múltiples formas en que las memorias de las comunidades de la zona han sido marcadas por el conflicto (e.g. Voigtlander 2016; Alarcón Medina and Binford 2014; Binford 2016) que en parte funcionan simultáneamente. El saber está siempre acompañado en este contexto con el desconocimiento. Las historias y las memorias no sirven principalmente para recordar sino para no-olvidar. Es la recolección de saber en un espacio predestinado, porque para ellos el norte de Morazán y la gente, que vive ahí, tiene una historia abundante pero en su mayoría olvidada. Un marco de esta colección y la discusión sobre ésta falta discusión en la localidad y aún más en la sociedad. La tematización es en unas áreas más fácil que en otras, como se manifestó en el discurso de las mujeres en la guerrilla. La Guerra Civil y la guerrilla existían tanto como en las memorias y en la discusión con esta historia en un contexto social. Por lo tanto el discurso pequeño de las mujeres en la guerrilla puede ser apreciado como algo especial, porque los participantes critican (de manera limitada. Debido a la historia de esta región, el norte de Morazán es relevante para el estudio de la memoria.

En esta escuela, a la cual me refiero con el nombre ficticio de La Esperanza, entrevisté a un grupo de siete estudiantes y cuatro maestros con relación a sus memorias del conflicto armado. A los maestros, también les pregunté sobre sus estrategias para enseñar la historia del conflicto. Mis estudiantes nacieron entre el 2002 y el 2006. Sus padres eran niños durante el conflicto y los abuelos y abuelas de algunos se incorporaron al movimiento guerrillero. Todas sus familias abandonaron la región en los primeros años del conflicto. En el caso de cinco de estos jóvenes, sus familias se

refugiaron en el campamento de refugiados de Colomoncagua en Honduras. En el caso de los otros dos, sus familias permanecieron dentro del territorio nacional, pero migraron fuera de la zona norte de Morazán.

Además de las entrevistas semi-estructuradas, recolecté datos mediante observación participante del taller de diseño, el cual también facilité. Tomé también fotografías y redacté memos describiendo los productos del taller. Las jornadas de diseño tuvieron lugar entre Julio y Diciembre de 2018. Los siete estudiantes a quienes entrevisté participaron en el taller. Como parte del proceso de diseño, los jóvenes y yo visitamos cinco museos y sitios históricos: El Museo de la Revolución, el Campamento Guerrillero, El Monumento a las Víctimas de la masacre de El Mozote, el Museo Nacional de Antropología (MUNA) y el Museo de Historia Militar. Al final de cada visita, los participantes intercambiaron sus impresiones de la exhibición en discusiones grupales que yo también facilité. Posteriormente, por iniciativa de los mismos jóvenes, ellos realizaron entrevistas a familiares, vecinos y conocidos quienes sí habían vivido el conflicto armado. Con estos insumos, los participantes desarrollaron una serie de actividades para encapsular la información que ellos consideraron más relevante. Los productos de dichas actividades, tales como muros de afinidad (figura 1), mapas conceptuales (figura 2) o diagramas (figura 3), les permitieron no sólo resumir dicha información, sino también establecer relaciones entre sus diversas ideas e identificar patrones. Como resultado de estos ejercicios, los jóvenes generaron cinco propuestas de tema para su exhibición: causas, eventos, consecuencias, emociones y dudas (tabla 1). Finalmente, mediante varias sesiones de bosquejos, los jóvenes desarrollaron una propuesta de instalación para cada uno de sus temas. El conjunto de estas propuestas constituye el concepto de su exhibición.

Figura 1. Ejemplo de Muro de Afinidad



Fuente: Taller de diseño

Figura 2. Segmento de mapa conceptual



Fuente: Taller de diseño

Figura 3. Diagrama de Burbujas



Fuente: Taller de diseño

Tabla 1. Plan de la Exhibición

Rubro	Contenido
Audiencia	Jóvenes de 12 a 24 años
Objetivo	Exposición de ideas a través de los conocimientos adquiridos de las entrevistas y los lugares visitados
Justificación	Recordar los acontecimientos del conflicto armado para tener un punto de vista más amplio para personas que nacieron después de la firma de los acuerdos de paz
Concepto	Causas y consecuencias del conflicto armado Nuestro Aprendizaje
Temas	Causas Eventos Consecuencias Emociones Dudas

Fuente: Taller de diseño

Mi intención original era pasar del concepto a la práctica. Es decir, deseaba que los jóvenes montaran su exhibición. Sin embargo, la sesión en la que concluyeron con el diseño de su concepto fue también la última del taller. Era la primera semana de diciembre y el año escolar acababa de concluir. Los jóvenes deseaban disfrutar sus vacaciones. Además, algunos de ellos iban a cambiarse de escuela para el siguiente año lectivo. En consecuencia, decidí concluir el taller con la finalización del concepto de la exhibición. En la sección sobre el impacto del diseño en la memoria, reflexiono sobre mis aprendizajes del taller y la necesidad de cambios en esta metodología para investigaciones futuras. Antes de ello, explico a continuación el panorama fragmentado de memoria en La Esperanza.

4. Panorama Fragmentado

La información que los estudiantes de la Esperanza reciben sobre el conflicto armado es escasa, dispersa y divorciada del resto de sus estudios. Esta experiencia fragmentaria estuvo marcada por dos mecanismos interdependientes: la reificación de la experiencia personal como fuente primaria de conocimiento y el diseño curricular. Tanto estudiantes como profesores compartían la creencia de que la memoria personal es la fuente primaria de conocimiento sobre el conflicto político-militar. Para los estudiantes, el hecho de que ellos nacieron luego de los acuerdos de paz significó que había aspectos del conflicto que no podían entender.

Para los profesores, la experiencia personal la entendían como la fuente primaria de conocimiento no solo debido a sus convicciones personales, sino por razones pragmáticas. No hay libros de texto que cubran el tema del conflicto político-militar, ni material de apoyo al respecto. Aunque existen investigaciones académicas sobre diversos aspectos de dicho conflicto (Viterna 2003; López Bernal 2007; e.g. Ching 2016; Silber 2004; Lauria-Santiago and Gould 2008; Lindo Fuentes, Ching, and Lara Martinez 2007; Martín Álvarez and Cortina Orero 2014), estos materiales están destinados a investigadores y estudiantes universitarios. Además, la mayoría de este material bibliográfico se encuentra disponible solo en los principales centros urbanos, como San Salvador o San Miguel. Nestor, el sub-director de la Esperanza, me explicó cómo esta escasez de recursos pedagógicos representa un reto para los profesores:

“No hay un registro donde uno pueda avocarse, fielmente, a la historia. Un ejemplo de eso es que la mayoría de libros escritos sobre la guerra cuentan anécdotas, pero ya es una historia parcializada, ya tiene un sesgo y no hay mucho estudio académico de la guerra, entonces es un vacío bastante grande. Porque si yo leo un libro sobre alguien que anduvo en la guerrilla voy a tener su mirada, solo voy a tener su versión de la historia. Si yo leo a alguien que anduvo en el ejército también solo voy a tener parte de la historia,

pero necesitamos esa historia que sea muy fidedigna de lo que sucedió, que cuente los hechos, más allá de la mirada ideológica de cada uno”.

El diseño curricular también desempeña un papel importante en la experiencia intergeneracional de memoria y está vinculado con el punto anterior sobre la reificación de la experiencia vivida. Si las memorias de quienes vivieron el conflicto son las únicas fuentes válidas de conocimiento sobre la misma, entonces, solo quienes nacieron luego del conflicto político-militar pueden hablar sobre el tema. Este fue el razonamiento con el cual, Irving, el director de pedagogía de la escuela, justificó su decisión de omitir del currículo el tema del conflicto. A su criterio, si ninguno de los profesores, salvo él y Virginia, tenían edad suficiente para recordar personalmente el conflicto, entonces ninguno estaba preparado para enseñar al respecto. En otras palabras, la reificación de las experiencias personales como fuente primaria de conocimiento informó la decisión institucional de omitir el conflicto político-militar del currículum. A este panorama se añade el hecho de que la profesora de sociales, materia en la cual se enseñan temas de historia, no estaba interesada en enseñar el tema del conflicto bélico.

Ante este panorama, Virginia, la directora de La Esperanza, optó por realizar charlas anuales para solventar dicha omisión. Una vez al año, Virginia invita a un ex miembro del ejército y a un ex combatiente de la guerrilla para que hablen sobre su experiencia durante el drama social de los años ochenta. De este modo, me explicó ella, los estudiantes tienen la oportunidad de conocer “las dos versiones” del conflicto y pueden formarse sus propias conclusiones:

“La idea es que los cipotes no se queden con una mitad de la historia, sino que también conozcan ambos lados del proceso y que puedan ellos tener claridad y discernir, tomar su propia de los pedazos de historia que les podamos contar”.

Sin embargo, estas charlas solo ocurren una vez al año. Además, la selección de invitados supone que la faceta del conflicto armado que los estudiantes conocen está vinculada con las facciones en conflicto, es decir, se trata de un énfasis en su dimensión bélica. Sin embargo, existen otras facetas, tales como el impacto del conflicto en la población civil; la experiencia de las mujeres, combatientes y no combatientes; o el papel de los actores internacionales en el conflicto tales como los organismos multilaterales y los gobiernos de otros países.

Además, dado que las charlas en La Esperanza no formaban parte de su currículum, los profesores no tenían manera de estimar qué aprendían sus estudiantes de las charlas anuales ni qué tan efectivos eran dichas actividades en fomentar un entendimiento crítico de dicha historia. Finalmente, en ausencia de una política institucional que respalde estas charlas, su realización dependía de la voluntad de Virginia de organizarlas. Considerando que Virginia cambió de trabajo tres meses después que concluí mi trabajo de campo, y que la antigua profesora de sociales fue nombrada como directora interina, es posible que La Esperanza haya dejado de organizar dichas charlas. Por tanto, es posible que los estudiantes ya no tengan en su escuela local espacios en clase para aprender sobre la historia del conflicto bélico.

Durante mi trabajo de campo, pude notar cómo los estudiantes no asumieron de manera pasiva este panorama fragmentado de memoria. Lejos de ello, noté desde el inicio de mi investigación su interés activo por conocer más sobre el conflicto armado. Por ejemplo, cuando le pregunté a Violeta, una de las participantes del taller, qué le llamaba la atención de mi proyecto de investigación, ella me pidió un momento para pensar su respuesta. Luego, con tono pensativo me dijo que el proyecto le interesaba porque: “vamos a poder contar o expresar lo que sentimos de lo que pasó”. Una respuesta similar recibí de Dagoberto, compañero de clases de Violeta, y otro de los participantes del taller:

“Yo considero que no soy la única persona que tiene el mismo punto de vista, que sí tuvieron esos problemas antes se podrían volver a repetir, y ponerle atención para que no vuelva a suceder algo como esto, o el simple hecho de que 12 años de muchas vidas perdidas en el país, de muchas personas que tenían ideales erróneos, otras personas que tenían ideales sin sentido, y otras que tenían ideales defensivos. Me gustaría también participar por honrar a las diferentes personas que pelearon en este lugar y murieron en este trajín. También para que las demás personas conozcan la opinión de la juventud, que tenemos nosotros. Porque a veces dicen de nosotros: “ ¡ah!, cipote, vos qué vas a saber de esto si ni siquiera lo viviste. Vos no tenés ninguna opinión al respecto”, o algo por el estilo”.

Las dinámicas de la memoria en los hogares de estos jóvenes, tales como las conversaciones durante las reuniones familiares, permitieron a los estudiantes conocer sobre el conflicto y posicionarse en torno a este. Ejemplos de estos rituales eran comentarios al paso durante reuniones familiares, o conversaciones uno a uno con sus figuras paternas o maternas en el portal de la casa. Esta posicionalidad estaba marcada por sentimientos y creencias profundamente arraigadas en torno al impacto del conflicto en la historia de sus familias.

Por ejemplo, Donaldo, otro de mis participantes, me dijo al inicio del taller que él preferiría que el conflicto se olvidase porque había causado mucho dolor. Al mismo tiempo, cuando hablé con él, noté que su voz, usualmente jovial, temblaba en las pocas ocasiones en que compartía sus opiniones durante las discusiones grupales. Eventualmente, al cierre del taller, Donaldo me explicó que “hay personas, de mi familia, que sí querían olvidar la guerra, como era mi abuela, la cual ha sido bastante apegada a mí y quizás agarré ideas de ella”. Donaldo nunca conoció a su abuelo, quien había apoyado a la guerrilla transportando armamento. Su abuelo falleció durante el conflicto en circunstancias que Donaldo desconoce. Ni su abuela ni nadie en la familia ha aclarado el por qué y cómo de dicha muerte.

En consecuencia, Donaldo asumió como propio el mantra familiar de que era mejor olvidar el conflicto.

Creencias y sentimientos como los expresados por Donaldo estuvieron marcados por las experiencias de exilio de algunos de sus familiares y el asesinato de otros. Por otra parte, aunque el duelo no fue un fenómeno al que ninguno de ellos aludieron de manera explícita, este término sirve para abarcar este conjunto de emociones y creencias. Estas creencias y emociones de los jóvenes en torno al conflicto bélico, en conjunto con la estrategia fragmentada de enseñanza de la memoria en la escuela, inspiró en los jóvenes un deseo por conocer más sobre el conflicto político-militar. Fue precisamente esta curiosidad la que los motivó a unirse a mi proyecto de investigación.

Además, fue esta curiosidad también la que les motivó a insistir en realizar sus propias entrevistas sobre el conflicto social a familiares y vecinos pese a que tal actividad no formaba parte de mi plan original para el taller de diseño. Este resultado es similar a lo observado en otras investigaciones sobre memoria, las cuales indican que los jóvenes de la segunda generación buscan activamente armar el rompecabezas que el pasado violento representa para ellos (Francessa Lessa 2011; Druliolle 2011; Serpente 2011). En su intento por resolver dicho rompecabezas, estos jóvenes estaban buscando entender no solo la historia de su comunidad sino la suya propia.

Además de su duelo personal, vinculado con la historia de sus familias durante el conflicto, los jóvenes también expresaron otro tipo de duelo, uno al que me refiero como duelo histórico. Este tipo de duelo se caracterizó por sentimientos de shock, tristeza, y enojo asociados con la historia del conflicto, específicamente en torno al impacto que esta tuvo en las mujeres y los niños. A través del proceso de diseño, los participantes desarrollaron empatía basada en su identificación con jóvenes que habían tenido su misma edad durante la etapa de confrontación bélica. Un ejemplo de este tipo de duelo lo noté durante la conversación posterior a la visita al MUNA. La exhibición del MUNA estaba dedicada a la experiencia

de sufrimiento y resiliencia de la población civil durante el conflicto. En esta exhibición, los jóvenes conocieron más sobre las experiencias de desaparición, tortura, masacres, migración forzada y las condiciones precarias de vida en los campamentos de refugiados (figura 4). Al final de la visita, muchos de los asistentes insistieron sentirse en shock por el sufrimiento de las mujeres y los niños durante el conflicto. Katerin fue la primera en expresar abiertamente su estado emocional luego de la visita:

“Cuando estaba empezando a leer me dieron como ganas de llorar pero, pero fue más que todo por lo que en realidad vivieron, da lástima en realidad. Esas mujeres que perdieron sus hijos y no sabían, o sea, que los parió en el camino o se los quitaban, se lo mataban...Y quedaban sin hijos y muchas veces la mamá aún amaban a los hijos y provenían de una violación, entonces y aún así los querían y que se los arrebataron porque muchas veces mataban a sus familias enfrente de ellos era como ay no”.

Luego de escuchar este comentario, la reacción del resto del grupo cambió. Si antes habían estado bromeando sobre el largo viaje desde Morazán hasta San Salvador, o habían insistido en solicitud de tener tiempo de jugar en un parque cercano antes de regresar a casa, ese entusiasmo quedó momentáneamente de lado. Todos en el grupo comenzaron a hablar más suave, con entonación más profunda y a respirar hondo. Con un tono reflexivo, Dagoberto añadió: “En ese entonces el hecho de cumplir 12 años era tener miedo porque tener 12 años será que el ejército te fueran a buscar a la casa y te llevaran”. Estas reacciones emotivas sugieren que, a medida que los jóvenes aprendieron sobre la experiencia de los civiles durante el conflicto armado, comenzaron a imaginarse a sí mismos como miembros de una comunidad moral que había luchado para sobreponerse a la represión militar, en un sentido similar al de las comunidades imaginadas de Benedict Anderson (1983).

Figura 4. Representación de técnicas de tortura contra prisioneros políticos durante el conflicto armado. Exhibición: “El Olvido Está Lleno de Memoria”. MUNA.



Fuente: Allan Martell

En resumen, el interés de los participantes en la historia del conflicto desafió las preconcepciones de sus profesores sobre el supuesto desinterés de los jóvenes por la historia. Lejos de ello, los estudiantes demostraron un interés activo en aprender más sobre este drama social. Su búsqueda no se trataba solo de aprender por aprender, sino que era un intento de su parte por entender

mejor de dónde vienen. Su participación en el proceso de diseño en actividades tales como visitar museos y sitios memoriales, cambió sus percepciones sobre la historia del conflicto bélico. Aunque sus experiencias en casa y en la escuela generaron un panorama de memoria fragmentado, los jóvenes buscaron activamente armar ese rompecabezas. De hecho, el proceso de diseño sirvió como un vehículo para realizar esta exploración.

5. Memoria y Diseño

El taller de diseño le permitió a los jóvenes crear un concepto de exhibición sobre sus memorias del conflicto armado. Mi objetivo original era diseñar, producir y abrir la exhibición al público. Sin embargo, la situación en el campo me obligó a replantear mis planes. Mis participantes llegaron al punto de completar el concepto de su exhibición, pero no tuvimos suficiente tiempo como para producirla porque el año escolar concluyó. Además, cuando las clases terminaron, algunos de ellos me informaron que cambiarían de centro educativo el siguiente año.

La exhibición es similar en su enfoque a las que se encuentran en los museos memoriales. De hecho, el concepto de su exhibición demuestra la preocupación de los participantes con el pasado violento caracterizado por violaciones masivas a los derechos humanos. Cabe destacar que esta exhibición se enfoca en la memoria más que en la historia. Es decir, esta exhibición se trata de una reflexión sobre la naturaleza traumática del pasado tal y como los jóvenes la conciben. Dicha concepción es producto del proceso de reflexión ocurrido durante el taller, de la experiencia fragmentada con la memoria en su escuela y de los rituales de memoria en el seno familiar. Sin embargo, esta exhibición es también distinta de exhibiciones similares en museos memoriales porque representa las memorias de los jóvenes que nacieron años después de que el conflicto político-militar terminase, en lugar de las experiencias vividas de las víctimas. Otros autores se han referido a este fenómeno como la posmemoria (Hirsch 2008; 1992).

Las exhibiciones memoriales son producto de la investigación, curación y diseño de los trabajadores de museos en colaboración con miembros de la comunidad (Carter and Orange 2011; Williams 2007). Estos últimos son usualmente personas quienes vivieron los eventos del pasado violento y quienes comparten sus experiencias como fuente de información para la exhibición. En algunos casos, las generaciones más jóvenes también se involucran en esfuerzos de memorialización (Smith 2013; Smith, Bossen, and Kanstrup 2017; Smith and Iversen 2014). En cierta manera, la exhibición de los jóvenes es similar porque fue producida por un grupo de estudiantes entre los doce y los dieciséis años, quienes ofrecieron voluntariamente su tiempo para esta tarea luego de finalizar la jornada de clases o durante los fines de semana. Estos estudiantes lidiaban principalmente con sus creencias profundamente arraigadas sobre el pasado, fruto de lo que habían aprendido en la escuela y en sus hogares. De hecho, muchos de ellos insistieron en que la exhibición reflejaba “su opinión” sobre eventos que ellos no habían vivido personalmente. Esta dimensión generacional de sus memorias ejerció un papel central en cómo los participantes formularon sus narrativas. Debido a este contexto, me refiero al producto del taller como una exhibición posmemorial. El proceso de diseño les permitió a los jóvenes realizar tres tipos distintos de exploración sobre sus memorias: 1) construcción mutua y reflexión, 2) construcción iterativa mediante la creación de objetos de diseño y 3) exploración abierta de los temas de su exhibición.

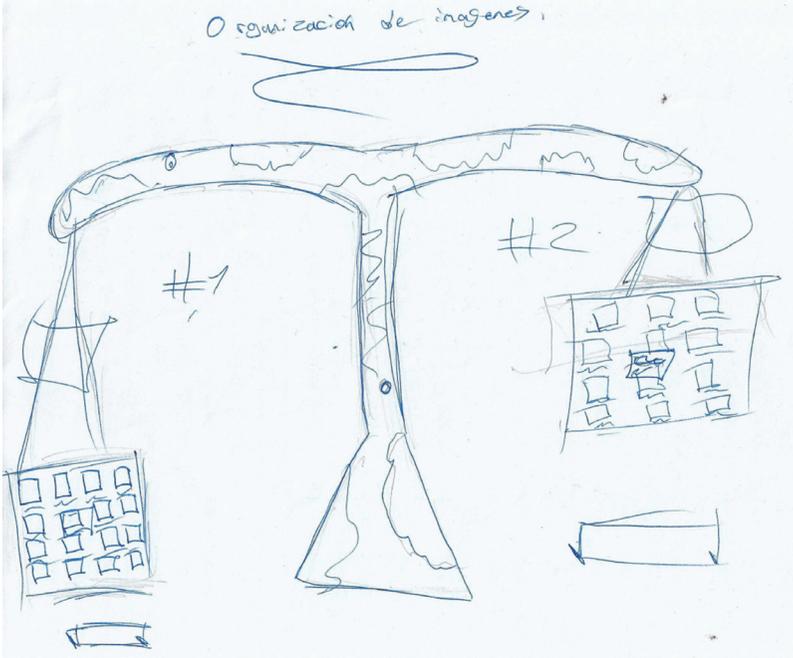
Durante las visitas a los cinco museos y sitios memoriales y durante las discusiones grupales que sucedieron cada visita, los participantes discutieron cuál era la historia que se contaba sobre el conflicto en cada sitio. Estas discusiones siguieron un proceso de reflexión mutua mediante el cual alguno de ellos ofrecía una idea y luego los demás seguían el hilo hasta que consensuaba una respuesta para las preguntas de discusión.

Por ejemplo, en tres de los cinco sitios memoriales que visitamos los participantes notaron que las narrativas en el lugar se enfocan en el armamento ocupado durante el conflicto bélico. Mientras que en el Museo de la Revolución y en el Campamento

Guerrillero se cubría el armamento del ejército guerrillero, en el Museo de Historia Militar se mostraba el armamento ocupado por las fuerzas armadas del gobierno. Además, los jóvenes notaron cómo todos los sitios memoriales estaban abiertos a todo público, es decir, que estaban dirigidos a cualquier persona que deseara saber sobre la historia del conflicto. Sin embargo, los jóvenes también notaron matices importantes entre El Mozote y el Museo de Historia Militar. En El Mozote, los participantes concluyeron que la interpretación del sitio está dirigida a personas fuera de Morazán porque cualquier otra persona en el departamento ya estaría familiarizada con la masacre. De manera similar, describieron el Museo de Historia Militar como creado por y para las fuerzas armadas. En otras palabras, los jóvenes expresaron que este museo era una herramienta del ejército gubernamental para imaginarse a sí mismos como héroes.

Además de las experiencias de construcción mutua, el proceso de diseño también permitió que los participantes construyeran significados de manera iterativa mediante la creación de objetos de diseño, tales como muros de afinidad, esquemas conceptuales y diagramas. Estos objetos fueron el enfoque de nuestro trabajo luego de concluir las visitas a museos y sitios históricos. A lo largo de esta etapa, los jóvenes utilizaron las ideas de objetos de sesiones previas como inspiración para proponer nuevas ideas. Por ejemplo, Dagoberto creó un bosquejo sobre las causas del conflicto que se inspiró en las ideas vertidas en el diagrama de burbujas que él y sus compañeros habían creado en una sesión anterior (Figura 4).

Figura 4. Bosquejo sobre las causas del conflicto



Fuente: Taller de diseño

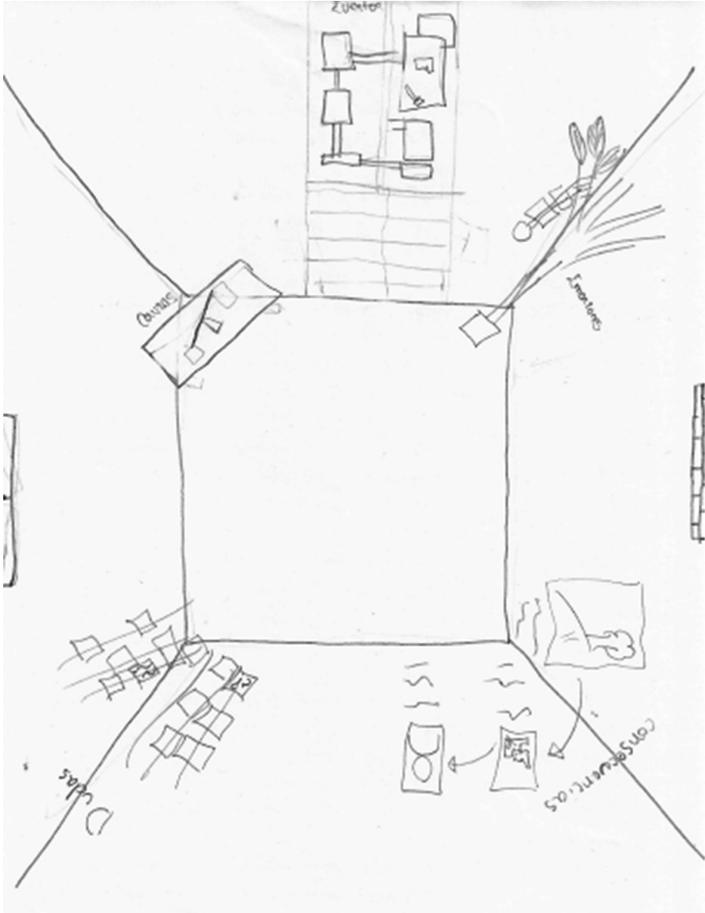
Al explicar su bosquejo, Dagoberto insistió en que la desigualdad había sido una de las causas principales del conflicto armado. Sin embargo, los participantes también habían mencionado la concentración de tierras y la represión. Estas últimas dos causas no eran parte de las experiencias vividas de ninguno de ellos. Después de todo, el principal sector productivo hasta el inicio del conflicto era la agricultura. Por tanto, la distribución de la tierra era un tema prioritario para las personas de la generación que vivió esta etapa de la historia del país, personas como los abuelos de los participantes. Sin embargo, el conflicto político-militar aceleró un proceso de transformación económica por medio del cual el sector servicios se convirtió en el principal rubro de actividad económica durante el período posterior a la firma de los acuerdos de paz (Lazo 2017) lo que llevó a realizar estudios para comprender qué estaba pasando. Fue así que, en 2003, un equipo de economistas

de la Universidad de Harvard concluyó que, para retomar tasas saludables de crecimiento, el país necesitaba auto descubrir nuevas actividades productivas, pues había un agotamiento de los sectores tradicionales. Posteriormente, en 2008, economistas de la Universidad de Pennsylvania State argumentaron que El Salvador estaba aún lejos de integrarse efectivamente a los mercados de conocimientos, ideas y tecnología. En 2011, como parte del Asocio para el Crecimiento, los gobiernos de Estados Unidos y El Salvador realizaron un estudio que concluyó identificando a la inseguridad y la baja productividad del sector transable (sector de bienes y servicios exportables). En una economía de servicios, el acceso a tierras cultivables ya no tiene el mismo nivel de importancia que en una economía agraria. Por tanto, tiene sentido que ninguno de los participantes retomara el tema de la concentración de tierras en sesiones posteriores. Después de todo, este tema ocupa un lugar prioritario en su vida presente. De manera similar, aunque la represión es uno de los enfoques en la mayoría de los sitios que visitamos, los jóvenes no han experimentado en su vida personal la represión sistemática de El Salvador anterior a los acuerdos de paz. Sin embargo, la desigualdad continúa siendo un problema en el presente, y por tanto, un tema prominente en sus vidas.

Como resultado de la etapa de lluvia de ideas y reflexión, los jóvenes identificaron cinco temas para su exhibición: las causas, los eventos, las consecuencias, las emociones y las dudas en torno al conflicto armado (figura 5). Con esta lista de temas, la siguiente y última etapa del taller consistió en idear, mediante bosquejos, propuestas de instalaciones que les permitieran representar cada tema. Los múltiples ejercicios de bosquejo le permitieron a los participantes explorar libremente los temas de su exhibición. En este punto, los jóvenes tomaron distancia de la información disponible en sus objetos previos, tales como diagramas, muros de afinidad y otros productos del taller. Esto es significativo porque ellos mismos desplegaban todos sus productos al inicio de cada sesión, y sabían que podían usar la información como referencia para su trabajo del día. Sin embargo, los jóvenes optaron por distanciarse de este material, que había dado origen a los temas de su exhibición. En lugar

de ello, los jóvenes prefirieron explorar libremente los significados que para ellos eran prominentes sobre cada tema.

Figura 5. Mapa de la exhibición con bosquejos finales de los cinco temas: causas, eventos, consecuencias, dudas y emociones



Fuente: Taller de diseño

Aparte de los mecanismos de reflexión en las distintas etapas del proceso de diseño, también identifiqué el juego como un elemento transversal a lo largo del proyecto. El juego no formaba parte de mi marco de análisis inicial, pero su presencia a lo largo del proyecto me

llevó a revisar mis planes. Descubrí que el juego sirvió tres funciones durante el taller de diseño: 1) aligerar el ambiente, 2) autorregulación grupal y 3) generación de sentidos o juego negro. La primera función del juego, aligerar el ambiente, fue la más cotidiana de todas. A ratos, los jóvenes se sentían preocupados o fatigados del trabajo por delante y jugar les permitía encontrar un espacio jovial para asimilar la situación, y por tanto, aliviar sus tensiones. La segunda función, la autorregulación grupal, fue menos común. En ciertos momentos, alguno de los jóvenes insistía en algún comentario o broma que los demás encontraban distraente. En estos casos, los jóvenes utilizaban bromas para comunicarle al primero, de manera tácita, que su comportamiento estaba desviando al resto del grupo del trabajo.

Finalmente, la tercera función del juego, la creación de sentidos o juego negro, fue la menos común, pero también la más significativa. A través del juego, los jóvenes buscaron comprender cómo las atrocidades ocurridas durante el conflicto habían sido posibles, y qué deben haber experimentado las víctimas. Al referirme a este fenómeno como juego negro, me inspiro en el concepto del turismo negro (Lennon and Foley 2000) y al estudio sobre el juego de los niños judíos confinados en guetos durante la segunda guerra mundial (Eisen 1990)1990.\n\nTheme\n"Play under adverse circumstances, under stress, and under inhuman conditions, the conditions of children in war"; (5. El turismo negro es un tipo de turismo que se enfoca en sitios asociados con tragedias, aunque puede o no referirse a atrocidades históricas¹. Por su parte, el estudio sobre el juego de los niños durante el holocausto mostró cómo el juego es un mecanismo de adaptación, mediante el cual los niños trataron de recrear crímenes de guerra, como el asesinato de civiles desarmados, como una forma de entender y adaptarse a su realidad precaria.

El juego de los participantes en mi estudio me recordó al de los niños judíos del Holocausto. En ciertos momentos, los jóvenes en mi investigación revivieron instancias específicas de atrocidades por razones que no podían articular sino como una travesura que se

1 Por ejemplo, sitios históricos dedicados a la muerte de Elvis Presley y las teorías sobre su supuesta nueva identidad y vida oculta lejos de la fama.

les ocurrió en el momento. Este juego negro les permitió interpretar las atrocidades que habían conocido en los sitios históricos visitados, especialmente en la exhibición en el MUNA sobre la experiencia de las víctimas civiles en El Conflicto (figura 4).

El ejemplo más claro del juego negro ocurrió un mes después de la visita al MUNA. Los jóvenes estaban realizando bosquejos para representar las instalaciones de sus distintos temas. Al final de la primera ronda de bosquejos, les pedí que repitieran el ejercicio, pero esta vez con una propuesta diferente. Mi intención era incentivarlos a que concibieran múltiples alternativas para montar cada uno de los temas de su exhibición. Con la intención de documentar sus ideas lo más rápido posible, les pedí que continuaran por su cuenta con el segundo ejercicio. Mientras tanto, me tomé cinco minutos para escanear los bosquejos que ya habían dibujado. Había instalado un escáner al fondo del salón antes de iniciar la sesión porque sabía que iba a necesitarlo. Así que, con un manojito de dibujos en la mano, me dirigí al fondo del salón y le di la espalda a los jóvenes por cinco minutos.

Cuando estaba por terminar las digitalizaciones, me llamó la atención que escuché rizas y cuchicheos al otro lado del salón. Sabía que eran ellos. Me imaginé que ya habían terminado sus bosquejos y estaban aprovechando para conversar entre sí. Sin embargo, al voltearme, me sorprendió que vi a seis de ellos alineados en semicírculo, viéndome. Todos estaban sonriendo y parecían expectantes de mi reacción. Me acerqué y les pedí que me dijeran qué estaban haciendo. Los seis negaron con la cabeza. Al acercarme, me di cuenta que, más allá del semicírculo, había una figura temblando, cubierta con uno de los manteles blancos con los cuales el personal del hotel adornaba las mesas donde nos servían la comida. Supe de inmediato que la figura detrás del mantel era la séptima estudiante a quien no había visto en el semicírculo de los chicos.

En efecto, cuando removí el mantel, encontré a Esmeralda, atada con cinta adhesiva a una mesa plástica roja, su boca cubierta también por el mismo tipo de cinta. Mi primera reacción fue de

terror. Antes de remover el mantel, podía notar que Esmeralda estaba temblando. Temí que la hubieran atado contra su voluntad y que sus compañeros estuvieran abusando de ella. En la práctica, cuando removí el mantel, me di cuenta que su agitación se debía a su risa. Esmeralda estaba riéndose tan intensamente que estaba temblando y tenía lágrimas en los ojos. Con mucho cuidado, removí la cinta adhesiva de sus manos y boca. Le pregunté si estaba bien y me dijo que sí.

Desde el momento en que removí el mantel, las sonrisas y cuchicheos de mis estudiantes se transformaron en carcajadas. Algunos de ellos estaban inclusive sonrojados de tanto reír. Cuando terminé de desatar a Esmeralda, les pedí que tomaran un momento para componerse y que luego retomaran el ejercicio, el cual, a juzgar por las hojas en blanco que observé en las mesas, habían dejado de lado para planificar la broma. Además, les pedí que tuvieran cuidado de no desperdiciar tanto la cinta adhesiva. El rollo había quedado casi agotado luego de que ataran a Esmeralda. Me sentía confundido, pero ya no estaba molesto porque había entendido que Esmeralda estaba bien y que ella también había participado del juego. Sospeché de inmediato que algo importante acababa de ocurrir, pero me tomó mucho tiempo para entender por qué este incidente era tan importante. Informarme mejor sobre las experiencias de juego durante la segunda guerra mundial (Glazer 1999; Eisen 1990; Gougoulis 2017 y sobre la dimensión epistemológica del juego (Eichberg 2016), me ayudó a interpretar lo sucedido.

A través de un escenario ficticio que recreaba una forma de tortura, los jóvenes intentaron asimilar cómo tales atrocidades habían sido posibles. Además, este escenario ficticio les permitió explorar, dentro del espacio seguro del taller de diseño, la experiencia de tortura desde la perspectiva de las víctimas, los perpetradores y los observadores, dependiendo del rol que cada uno de ellos desempeñó en el escenario. Tal y como le ocurrió a Eisen, el autor del estudio sobre el juego de los niños durante el holocausto, me sentí confundido y preocupado cada vez que atestigué el juego negro. Sin embargo, igual que Eisen, concluí que

esta forma de juego era un signo de la resiliencia de los participantes del taller. Cada vez que recuerdo la risa de los jóvenes, como en el momento en que removí el mantel que cubría a Esmeralda, pienso que dicha risa puede ser un indicador de que el juego negro no les ocasionó dolor, enojo o tristeza, si no entusiasmo. En suma, al generar sentidos sobre el conflicto político-militar mediante el juego negro, los participantes estaban procesando su duelo histórico, al menos en alguna medida.

6. Conclusión

Entender las dinámicas de formación de la memoria en el contexto escolar es importante porque la memoria es un factor en la formación de la identidad personal y en el sentido de identificación del individuo con su comunidad. Además, explorar las dinámicas intergeneracionales de memoria desde el punto de vista de los jóvenes es relevante porque ellos son quienes heredan los conflictos, las aspiraciones y los duelos que las generaciones anteriores les dejan. Lo que estos jóvenes hacen hoy, cuando confrontan las brechas en el sistema educativo formal, en conjunto con las experiencias de memoria en el hogar, revela no solo los éxitos y fallas de las generaciones que les anteceden. Explorar la agencia de los jóvenes en la construcción de la memoria también sirve como un insumo invaluable para el trabajo de los investigadores, los tomadores de decisiones en la administración pública y los trabajadores de la memoria.

A través de mi investigación, pude determinar que aplicar un proceso participativo de diseño museístico en el contexto de una exhibición memorial, hace del diseño un factor de mediación de la memoria sobre el pasado violento, es decir, sobre trauma cultural. En este sentido, la noción de las exhibiciones posmemoriales es una contribución tanto metodológica como conceptual de mi investigación. Dicha contribución expande trabajos anteriores en materia de estudios de museos y de memoria.

Este estudio también es importante porque contribuye al

campo de la educación en historia al aportar conocimiento sobre los desafíos de enseñar historia en contextos de posconflicto. Específicamente, mi investigación se enfoca en cómo los jóvenes de la generación posterior al drama social de los años ochenta en El Salvador, navega la experiencia fragmentada de la escuela y la historia familiar y negocia sus memorias del pasado violento.

Estudios futuros podrían expandir los insumos de esta investigación al explorar otros métodos de diseño participativo en el contexto de los museos memoriales. Aunque yo estudié la creación de una exhibición posmemorial con jóvenes en secundaria, esta metodología podría explorarse con otros grupos de edad. Mi intención no es que esta metodología simplemente se replique, sino que futuros investigadores comenten, critiquen e iteren en esta metodología dentro del campo de la museología memorial. Este espacio híbrido, donde el trauma cultural y las prácticas de diseño se encuentran, representa un terreno fértil para desarrollar un área interdisciplinaria de investigación: una aproximación desde el diseño al estudio de la memoria.

Mis resultados también abren nuevas posibilidades para considerar la incorporación del juego en el contexto de los museos memoriales. Hasta ahora, el juego ha formado parte de las herramientas pedagógicas en los museos infantiles y en algunos museos de ciencia y tecnología. Sin embargo, el juego negro también es relevante en el contexto de los museos memoriales, dado que el tema de referencia del juego es la misma esencia de dichos espacios culturales: las historias de atrocidades y el intento de generar sentidos de parte de los jóvenes sobre estos eventos.

De manera similar, los resultados de mi investigación sugieren que el juego negro representa otra avenida para la intervención en el trauma cultural desde el diseño. Similar al campo de los estudios de museos, existe un campo de investigación sobre el diseño de tecnologías y sistemas informáticos que se enfoca en utilizar el poder generativo del juego como una herramienta pedagógica (Ferrara 2012; Chirumamilla and Pal 2013; Sey and Ortoleva 2014; Jenson,

Taylor, and De Castell 2007). Sin embargo, estas aproximaciones se han centrado hasta el momento en las expresiones meramente lúdicas del juego. Además, estudios anteriores en museos infantiles (D. Anderson et al. 2002) y en escuelas (Conklin 2014) han demostrado que el juego puede ser un vehículo útil para involucrar a niños y adolescentes en conversaciones sobre temas “serios”. Igualmente, la terapia de juego es una herramienta ampliamente ocupada en psicología e investigación social para trabajar con niños y jóvenes que han experimentado trauma individual (Clark 2014). Sin embargo, no existen trabajos que hayan explorado el poder del juego en el contexto de los museos memoriales o para lidiar con el trauma cultural. En suma, se necesita más investigación para entender cómo el diseño podría intervenir, pero no necesariamente “resolver” el trauma cultural aprovechando el juego negro como instrumento de generación de sentidos sobre el pasado violento.

Mi proyecto de investigación permitió que los estudiantes se involucraran intelectual y emocionalmente con la historia del conflicto armado salvadoreño. Sin embargo, los resultados de mi investigación tienen limitaciones. Por un lado, soy escéptico en torno al nivel con el que el taller fomentó pensamiento crítico en los jóvenes. Al final del proyecto, algunos de ellos continuaron refiriéndose a la fuerza armada como el enemigo del pueblo y al movimiento guerrillero como el ejército del pueblo. Esta articulación dicotómica de los bandos en disputa deja de lado matices relevantes, como el hecho de que el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), la fracción del FMLN que controló el norte de Morazán durante el conflicto, perpetró también atrocidades contra la población civil (Cortina Orero 2017; Martín Álvarez and Cortina Orero 2014). Además, la nostalgia con la cual los participantes describieron la organización comunitaria en los campos de refugiados en Colomoncagua tiene paralelos con la investigación etnográfica de Silber (2011) sobre comunidades de ex refugiados y ex guerrilleros en otro departamento de El Salvador. Silber notó que, luego de los acuerdos de paz, las privaciones del conflicto bélico eran usadas como un ideal mediante el cual dichas comunidades medían sus vidas en el presente. Esto es un problema porque la vida en los campos

de refugiados estuvo caracterizada por privaciones y sufrimiento. Por ejemplo, los campos de refugiados estaban permanentemente sitiados por el ejército hondureño y las condiciones materiales eran similares a las de un campo de concentración. Además, el ERP ocupó el campamento de Colomoncagua como su retaguardia y campo de reclutamiento. Muchas familias sintieron la presión de sus pares para “compartir el costo” de proveer a la guerrilla con combatientes.

Adicionalmente, un estudio sobre los museos memoriales estatales encontró que la función primaria, y tácita, de dichos museos es crear mitos y legitimar a las entidades que propugnan ser los dueños del pasado exhibido (Catela 2015; Andermann and Arnold-de Simine 2012; Violi 2012). Eso es consistente con los discursos favorecidos por museos tan disímiles como el Museo de la Revolución y el Museo de Historia Militar, los cuales promueven narrativas heroicas de las facciones a las que cada uno se adhiere: el movimiento guerrillero y ejército de El Salvador, respectivamente. En el futuro, otros estudios podrían ahondar en los resultados de la presente investigación al aplicar otros métodos de diseño, como el diseño crítico (Bardzell and Bardzell 2013), para fortalecer las reflexiones del taller de diseño.

Mi estudio también es limitado debido a la escasa validez externa. La Esperanza, la escuela donde realicé mi investigación, es una de pocas escuelas en el departamento de Morazán que tiene autorización del Ministerio de Educación para crear su propio currículum. Por el contrario, la mayoría de centros educativos deben adherirse a un plan nacional de estudios. En consecuencia, no estoy seguro si los mecanismos de mediación que observé en La Esperanza — tales como la reificación de la experiencia vivida y el diseño curricular — operan en otros centros educativos. Las investigaciones futuras podrían expandir los insumos de mi estudio al abarcar un número mayor de centros educativos. Además, otros investigadores podrían explorar qué ocurre cuando el taller de diseño se incorpora como una actividad más del currículum de estudios, a diferencia de mi proyecto, cuyo taller lo organicé de manera separada.

Las investigaciones futuras podrían también refinar el diseño metodológico del estudio en búsqueda de alternativas para reducir la atrición. Tres de los participantes en mi estudio comenzaron a faltar a varias sesiones durante la segunda mitad del taller. Ellos explicaron, en sus entrevistas de cierre, que habían hecho esto porque estaban cansados, e incluso confesaron haber considerado salirse del proyecto. Este resultado sugiere que es necesario optimizar el esquema del taller, de modo que se adapte mejor a la disponibilidad de tiempo y la disposición de los jóvenes.

Finalmente, soy consciente de que mi estudio apenas logró tocar la punta del iceberg que constituye el juego negro. Aunque pude observar y analizar dicho fenómeno durante el taller de diseño, no incorporé el poder creativo de esta forma de juego como parte del proceso de reflexión. De hecho, las instancias de juego negro que observé las iniciaron mis participantes de manera espontánea cuando me encontraba distraído. Además, no estoy seguro si el juego negro puede movilizarse para propósitos educativos. El influyente trabajo de Eisen (1990) sobre el juego durante el Holocausto muestra que formas de juego similares ocurrieron también de manera espontánea y que estas eran distintas de los juegos organizados por los adultos en los campos de concentración. Igualmente, los estudios sobre diseño participativo han defendido la noción de que el juego es un fin en sí mismo más que un medio para alcanzar otros objetivos (Ferrara 2012; Chirumamilla and Pal 2013). Sin embargo, este argumento se ha enfocado en la forma más popular del juego como diversión. Por el contrario, el juego negro representa un desafío ontológico porque su función no es lúdica, incluso si en primera instancia quienes juegan manifiestan divertirse. En mi estudio, noté que la función del juego negro es más bien una estrategia de creación de sentidos que permitió a los jóvenes concebir la realidad de las atrocidades ocurridas durante el conflicto.

En suma, se requiere más investigación para entender mejor cómo el juego negro difiere de otras estrategias que los jóvenes ocupan para generar sentidos sobre sus mundos sociales. Por ejemplo, ¿es este tipo de juego un medio para “resolver” el duelo

en el sentido psicológico, es decir, como un medio para “dejar ir” los sentimientos de tristeza y enojo de quienes sobrevivieron atrocidades durante el conflicto? ¿O es tal vez el juego negro un medio para “resolver” el duelo histórico del trauma cultural? Es decir, ¿es el juego negro un mecanismo para generar un marco interpretativo de consenso sobre el significado del pasado violento de la comunidad o de la nación, un medio que tanto los sobrevivientes como sus descendientes pueden ocupar? Dicho de otra manera, ¿es el juego negro un mecanismo para crear nuevas formas de memoria social? ¿Qué tal si el juego negro es ambos, tanto un mecanismo para lidiar con el trauma individual como el cultural? En términos de su operatividad, ¿es posible incitar premeditadamente el juego negro o se trata de un fenómeno inherentemente espontáneo? Si fuera lo primero, ¿quién, cómo y por qué debería utilizar el juego negro como instrumento? En suma, ¿qué es lo que el juego negro quiere? Las respuestas a estas preguntas pueden proporcionar insumos para promover una ciudadanía crítica, consciente de su pasado y motivada por este para construir un mejor presente y futuro.

7. Bibliografía

Alarcón Medina, Rafael Alarcón, and Leigh Binford: “Revisiting the El Mozote Massacre: Memory and Politics in Postwar El Salvador.” *Journal of Genocide Research* 16 (4): 513–33, 2014. <https://doi.org/10.1080/14623528.2014.975953>.

Alexander, Jeffrey C.: “Toward a Theory of Cultural Trauma.” In *Cultural Trauma and Collective Identity*, edited by Jeffrey C. Alexander, Ron Eyerman, Bernhard Giesen, Neil J. Smelser, and Piotr Sztrompka, 1–30. Berkeley, CA: University of California Press, 2004.

Andermann, Jens, and Silke Arnold-de Simine: “Introduction: Memory, Community, and the New Museum.” *Theory, Culture & Society* 29 (1): 3–13, 2012. <https://doi.org/10.1177/0263276411423041>.

Anderson, Benedict R O’G: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1983. <http://mirlyn.lib.umich.edu/Record/000322830 CN - JC311 .A54>.

Anderson, David, Barbara Piscitelli, Katrina Weier, Michele Everett, and Collette Tayler: “Children’s Museum Experiences: Identifying Powerful Mediators of Learning.” *Curator* 45 (3): 213–31, 2002.

Bardzell, Jeffrey, and Shaowen Bardzell: “What Is ‘Critical’ about Critical Design?” In *Proceedings of the SIGCHI Conference on Human Factors in Computing Systems*, 3297–3306. Paris, France: ACM, 2013. <https://doi.org/10.4324/9781315526379-2>.

Binford, Leigh: *The El Mozote Massacre: Human Rights and Global Implications*. 2nd ed. Tucson, AZ, USA: The University of Arizona Press, 2016.

Carretero, M., H. Haste, and Angela Bermudez: “Civic Education.” In *Handbook of Educational Psychology*, edited by Lyn Corno and

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Eric M. Anderman, 3rd ed., 295–308. New York, NY, USA: Routledge, 2016.

Carter, Jennifer, and Jennifer Orange: “The Work of Museums: The Implications of a Human Rights Museology.” In Federation of International Human Rights Museums Conference: Fighting for Equality. Social Change through Human Rights Activism, 1–18. Liverpool, U.K.: Federation of International Human Rights Museums, 2011. <https://www.fihrm.org/wp-content/uploads/2017/07/JCarterJOrange-Paper-2011.pdf>.

Catela, Ludmila da Silva: “Staged Memories: Conflicts and Tensions in Argentine Public Memory Sites.” *Memory Studies* 8 (1): 9–21, 2015. <https://doi.org/10.1177/1750698014552403>.

Ching, Erik: *Stories of Civil War in El Salvador a Battle over Memory*. Chapel Hill, North Carolina: University of California Press, 2016. <https://muse.jhu.edu/book/47885>.

Chirumamilla, Padma, and Joyojeet Pal: “Play and Power: A Ludic Design Proposal for ICTD.” In Proceedings of the Sixth International Conference on Information and Communication Technologies and Development, 1:25–33, 2013. Cape Town, South Africa: ACM. <https://doi.org/10.1145/2516604.2516628>.

Clark, Lisa Gordon: “Play Therapy.” In *The Handbook of Counseling Children and Young People*, 528. Los Angeles, CA: Sage Publications, 2014.

Conklin, Hilary G.: “Toward More Joyful Learning: Integrating Play Into Frameworks of Middle Grades Teaching.” *American Educational Research Journal* 51 (6): 1227–55, 2014. <https://doi.org/10.3102/0002831214549451>.

Cortina Orero, Eudald: *La Guerra Por Otros Medios: Comunicacion Insurgente y Proceso Revolucionario En El Salvador (1970-1992)*. San Salvador, El Salvador: UCA Editores, 2017.

Crețan, Remus, Duncan Light, Steven Richards, and Andreea Mihaela Dunca: "Encountering the Victims of Romanian Communism: Young People and Empathy in a Memorial Museum." *Eurasian Geography and Economics* 59 (5–6): 632–56, 2018. <https://doi.org/10.1080/15387216.2019.1581632>.

D'Orsi, Lorenzo: "Trauma and the Politics of Memory of the Uruguayan Dictatorship." In *Memory, Truth, and Justice in Contemporary Latin America*, edited by Roberta Villalón, 117–32. *Latin American Perspectives in the Classroom*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield, 2017. <https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/015508420 CN - F1414.3 .M45 2017>.

Dean, David: "Museums as Sites for Historical Understanding, Peace, and Social Justice: Views from Canada." *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology* 19 (4): 325–37, 2013. <https://doi.org/10.1037/a0034599>.

Debono, Sandro: "Rethinking National Art Museums and the Values of Community Curation." *Malta Review of Educational Research* 8 (2): 312–20, 2014.

Druliolle, Vincent: "Remembering and Its Places in Postdictatorship Argentina." In *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay*, edited by Francesca Lessa and Vincent Druliolle, 15–41. New York: Palgrave Macmillan, 2011. <https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/010329696 CN - HV6322.3.S63 M46 2011>.

Eichberg, Henning: *Questioning Play: What Play Can Tell Us about Social Life*. New York, NY, USA: Routledge, 2016.

Eisen, George: *Children and Play in the Holocaust: Games among the Shadows*. Amherst, MA: The University of Massachusetts Press, 1990.

Eyerman, Ron: "Cultural Trauma: Slavery and the Formation of African American Identity." In *Cultural Trauma and Collective Identity*, edited by Jeffrey C Alexander, 60–111. Berkeley: University

of California, 2004. Press. <http://libproxy.umflint.edu:2048/login?url=http://site.ebrary.com/lib/umich/Doc?id=10676173>.

Ferrara, John: *Playful Design: Creating Game Experiences in Everyday Interfaces* Foreword by Sunni Brown *Creating Game Experiences in Everyday Interfaces*, 2012.

Fried-Amilivia, Gabriela: "Private Transmission of Traumatic Memories of the Disappeared in the Context of Transitional Politics of Oblivion in Uruguay (1973-2001): 'Pedagogies of Horror' among Uruguayan Families." In *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay*, edited by Francesca Lessa and Vincent Druliolle, translated by Maxine Lowy, 157-77. New York: Palgrave Macmillan, 2011. [https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/010329696 CN - HV6322.3.S63 M46 2011](https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/010329696%20CN%20-%20HV6322.3.S63%20M46%202011).

Gatti, Gabriel: *Surviving Forced Disappearance in Argentina and Uruguay: Identity and Meaning*. New York, NY: Palgrave McMillan, 2014.

Gellman, Mneesha, and Michelle Bellino: "Fighting Invisibility: Indigenous Citizens and History Education in El Salvador and Guatemala." *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 14 (1): 1-23, 2019. <https://doi.org/10.1080/17442222.2018.1457006>.

Glazer, Hilda R: "Children and Play in the Holocaust: Friedl Dicker-Brandeis-Heroic Child Therapist." *Journal of Humanistic Counseling, Education and Development* 37 (June): 194-99, 1999.

Gougoulis, Cleo: "Working Toys' Children on Times of War and Famine. Play, Work and the Agency of Children in Piraeus Neighborhoods During the German Occupation of Greece." In *Toys and Communication*, edited by Luisa Magalhaes and Jeffrey Goldstein, 171-95. London, England, U.K.: Palgrave McMillan, 2017.

Hirsch, Marianne: "Family Pictures : Maus , Mourning , and Post-Memory." *Discourse* 15 (2): 3-29, 1992.

———. "The Generation of Postmemory." *Poetics Today* 1 (29): 103-28,

2008. <https://doi.org/10.5749/minnesota/9780816674695.003.0009>.

Huysen, Andreas: "Present Pasts: Politics, Media, Amnesia." *Public Culture* 12 (1): 21–38, 2000.

Jenson, Jennifer, Nicholas Taylor, and Suzanne De Castell: "Shifting Design Values: A Playful Approach to Serious Content." *E-Learning and Digital Media* 4 (4): 497–507, 2007. <https://doi.org/10.2304/elea.2007.4.4.497>.

Knudsen, Line Vestergaard: "Participation at Work in the Museum." *Museum Management and Curatorship* 31 (2): 193–211, 2016. <https://doi.org/10.1080/09647775.2016.1146916>.

Kolk, Bessel A. van der: *The Body Keeps the Score: Brain, Mind, and Body in the Healing of Trauma*. New York, NY, USA: Penguin Books, 2014.

Ladyman, James, James Lambert, and Karoline Wiesner: "What Is a Complex System?" *European Journal for Philosophy of Science* 3 (1): 33–67, 2013. <https://doi.org/10.1007/s13194-012-0056-8>.

Lauria-Santiago, Aldo A., and Jeffrey L. Gould: *To Rise in Darkness: Revolution, Repression, and Memory in El Salvador, 1920–1932*. Durham, NC, USA: Duke University Press, 2008.

Lazo, Carmen Aída: "Crecimiento En La Posguerra." *El Faro*, January 16, 2017. <https://elfaro.net/es/201701/paz25/19800/Crecimiento-en-la-posguerra.htm>.

Lee, Minha, Lily Frank Wijnand, Ijsselsteijn {m Lee, L E Frank, and W A Ijsselsteijn}@tue Nl. 2019. "Exploring Compassion through HCI." In *Conference on Human Factors in Computing Systems - Proceedings*, 1–6. Glasgow, Scotland, UK. <https://doi.org/10.1145/nnnnnnn>.

Lehrer, Erica T., and Cynthia E. Milton: "Introduction: Witnesses to Witnessing." In *Curating Difficult Knowledge: Violent Pasts in Public Places*, edited by Erica T Lehrer, Cynthia E Milton, and Monica, 2011.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Patterson, 1–19. Houndmills, Basingstoke, Hampshire ; New York : Palgrave Macmillan.

Lennon, John, and Malcolm Foley: *Dark Tourism: The Attraction of Death and Disaster*. New York, NY, USA: Continuum, 2000.

Lessa, Francesca: “No Hay Que Tener Las Ojos En La Nuca: The Memory of Violence in Uruguay, 1973–2010.” In *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay*, edited by Francesca Lessa and Vincent Druliolle, 179–208. New York: Palgrave Macmillan, 2011. [https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/010329696 CN - HV6322.3.S63 M46 2011](https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/010329696%20CN%20-%20HV6322.3.S63%20M46%202011).

Lindo Fuentes, Hector, Erik Ching, and Rafael Lara Martinez: *Remembering a Massacre in El Salvador : The Insurrection of 1932, Roque Dalton, and the Politics of Historical Memory*. Albuquerque, NM: University of New Mexico Press, 2007.

López Bernal, Carlos Gregorio: “Lecturas Desde La Derecha y La Izquierda Sobre El Levantamiento de 1932: Implicaciones Político-Culturales.” In *Las Masas, La Matanza y El Martinato En El Salvador: Ensayos Sobre 1932*, edited by Virginia Tilley, Carlos Gregorio López Bernal, and Erik Ching, 187–220. San Salvador: UCA Editores, 2007.

Lynch, Bernadette T, “Custom-Made Reflective Practice: Can Museums Realise Their Capabilities in Helping Others Realise Theirs?” *Museum Management and Curatorship* 26 (5): 441–58, 2011. <https://doi.org/10.1080/09647775.2011.621731>.

Lynch, Bernadette T., and Samuel J.M.M. Alberti: “Legacies of Prejudice: Racism, Co-Production and Radical Trust in the Museum.” *Museum Management and Curatorship* 25 (1): 13–35, 2010. <https://doi.org/10.1080/09647770903529061>.

Martín Álvarez, Alberto, and Eudald Cortina Orero: “The Genesis and Internal Dynamics of El Salvador’s People’s Revolutionary Army, 1970–1976.” *Journal of Latin American Studies* 46 (4): 663–89, 2014. <https://doi.org/10.1017/S0022216X14001084>.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Morse, Nuala: “Museums and Community Engagement: The Politics of Practice within Museum Organisations.” Durham University, 2014.

Nóchez, María Luz: “Académicos a Bukele: ‘Le Corresponde Honrar La Memoria’ de Los Acuerdos de Paz.” *El Faro*, January 10, 2021. https://elfaro.net/es/202101/el_salvador/25125/Académicos-a-Bukele-“le-corresponde-honrar-la-memoria”-de-los-Acuerdos-de-Paz.htm.

Pinto, Meg: “Reconciliation in Canadian Museums.” University of East Anglia, 2013.

Sabie, Dina, Samar Sabie, and Syed Ishtiaque Ahmed: “Memory through Design: Supporting Cultural Identity for Immigrants through a Paper-Based Home Drafting Tool.” In *The ACM CHI Conference on Human Factors in Computing Systems*, 1–16. Honolulu, Hawaii, USA, 2020. <https://doi.org/10.1145/3313831.3376636>.

Serpente, Alejandra: “The Traces of ‘Postmemory’ in Second-Generation Chilean and Argentinean Identities.” In *The Memory of State Terrorism in the Southern Cone: Argentina, Chile, and Uruguay*, edited by Francesca Lessa and Vincent Druliolle, 133–56. New York: Palgrave Macmillan, 2011. https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/010329696_CN_-_HV6322.3.S63_M46_2011.

Sey, Araba, and Peppino Ortoleva: “All Work and No Play? Judging the Uses of Mobile Phones in Developing Countries.” *Information Technologies & International Development* 10 (3): 1–17, 2014. <http://www.itidjournal.org/index.php/itid/article/view/1280%5Cnhttp://www.itidjournal.org/index.php/itid/article/download/1280/487%5Cnhttp://www.itidjournal.org/index.php/itid/article/view/1280/487>.

Sierra-Becerra, Diana Carolina: “Historical Memory at El Salvador’s Museo de La Palabra y La Imagen.” In *Memory, Truth, and Justice in Contemporary Latin America*, edited by Roberta Villalón, 205–24. *Latin American Perspectives in the Classroom*. Lanham,

Maryland: Rowman & Littlefield, 2017. [https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/015508420_CN - F1414.3 .M45 2017](https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/015508420_CN_-_F1414.3_.M45_2017).

Silber, Irina Carlota: “Commemorating the Past in Postwar El Salvador.” In *Memory and the Impact of Political Transformation in Public Space*, edited by Daniel J Walkowitz and Lisa Maya Knauer, 211–31, *Radical Perspectives*. Durham, N.C.: Duke University Press 2004. <http://dx.doi.org/10.1215/9780822386346>.

——— *Everyday Revolutionaries Gender, Violence, and Disillusionment in Postwar El Salvador*. Genocide, Political Violence, Human Rights Series. New Brunswick, N.J.: Rutgers University Press, 2011. <http://site.ebrary.com/lib/umich/Doc?id=10531167>.

Smelser, Neil J.: “Psychological Trauma and Cultural Trauma.” In *Cultural Trauma and Collective Identity*, edited by Jeffrey C. Alexander, Ron Eyerman, Bernhard Giesen, Neil J. Smelser, and Piotr Sztrompka, 31–59. Berkeley, CA: University of California Press, 2004.

Smith, Rachel Charlotte: “Designing Heritage for a Digital Culture.” In *Design Anthropology: Theory and Practice*, edited by Wendy Gunn, Ton Otto, and Rachel Charlotte Smith, 1st ed., 117–35. New York, NY, USA: Bloomsbury, 2013.

Smith, Rachel Charlotte, Claus Bossen, and Anne Marie Kanstrup: “Participatory Design in an Era of Participation.” *CoDesign* 13 (2): 65–69. <https://doi.org/10.1080/15710882.2017.1310466>.

Smith, Rachel Charlotte, and Ole Sejer Iversen. 2014. “Participatory Heritage Innovation: Designing Dialogic Sites of Engagement.” *Digital Creativity* 25 (3): 255–68, 2017. <https://doi.org/10.1080/14626268.2014.904796>.

Sodaro, Amy: *Exhibiting Atrocity: Memorial Museums and the Politics of Past Violence*. Newark, New Jersey: Rutgers University Press, 2018.

Sprenkels, Ralph: “La Guerra Como Controversia: Una Reflexión Sobre Las Secuelas Políticas Del Informe de La Comisión de La Verdad Para El Salvador.” *Identidades: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* 2 (4): 68–92 2012. <https://doi.org/10.1073/pnas.0703993104>.

Stone, Dan: “Beyond the Mnemosyne Institute: The Future of Memory after the Age of Commemoration.” In *The Future of Memory*, edited by Richard Crownshaw, Jane Kilby, and Anthony Rowland, 17–36. New York, NY, USA: Berghahn Books, 2010.

Stoskopf, Alan, and Angela Bermudez: “The Sounds of Silence: American History Textbook Representations of Non-Violence and the Abolition Movement.” *Journal of Peace Education* 14 (1): 92–113, 2017. <https://doi.org/10.1080/17400201.2016.1230543>.

Tomlinson, Bill: “Suffering-Centered Design.” In *The ACM CHI Conference on Human Factors in Computing Systems*, 1–19. Honolulu, Hawaii, USA, 2020.

Villalon, R.: “The Resurgence of Collective Memory, Truth, and Justice Mobilizations in Latin America.” *Latin American Perspectives* 42 (3): 3–19, 2015. <https://doi.org/10.1177/0094582X15573202>.

Violi, Patrizia: “Trauma Site Museums and Politics of Memory: Tuol Sleng, Villa Grimaldi and the Bologna Ustica Museum.” *Theory, Culture and Society* 29 (1): 36–75, 2012. <https://doi.org/10.1177/0263276411423035>.

Viterna, Jocelyn S.: “When Women Wage War: Explaining the Personal and Political Outcomes of Women’s Guerrilla Participation in the Emerging Democracy of El Salvador.” *Indiana University*, 2003.

Voigtlander, Lena: “Guerrilla En La Mente: Memoria y Fotografía En Los Discursos de La Segunda Generacion En Morazan, El Salvador” en *Memorias y Conflicto. Memorias En Conflicto. Intercambios Metódicos y Teóricos de Experiencias Locales Latinoamericanas*, edited by Mónica Contreras Saiz, Tatjana Louis, and Stefan Rinke,

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

247–78. Bogota, Colombia: Departamento de Lenguajes y Estudios Socioculturales de la Universidad de los Andes, 2016.

Wallace, David a., Patricia Pasick, Zoe Berman, and Ella Weber: “Stories for Hope–Rwanda: A Psychological–Archival Collaboration to Promote Healing and Cultural Continuity through Intergenerational Dialogue.” *Archival Science*, 275–306, 2014. <https://doi.org/10.1007/s10502-014-9232-2>.

Williams, Paul Harvey: *Memorial Museums: The Global Rush to Commemorate Atrocities*. New York, NY, USA: Berg, 2007.

——— “Memorial Museums and the Objectification of Suffering.” In *The Routledge Companion to Museum Ethics : Redefining Ethics for the Twenty-First Century Museum*, 220–35. New York, NY, USA, 2011.

Worcman, Karen, and Joanne Garde-Hansen: *Social Memory Technology: Theory, Practice, Action*. *Routledge Research in Cultural and Media Studies #82*. New York: Routledge, Taylor & Francis Group, 2016. [https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/014247127-CN - HM1033 .W67](https://mirlyn.lib.umich.edu/Record/014247127-CN-HM1033.W67) 2016.

Young, James E.: *The Texture of Memory: Holocaust Memorials and Meaning*. Durham, NC, USA: Yale University Press, 1993.

Zelizer, Barbie: “Finding Aids to the Past: Bearing Personal Witness to Traumatic Public Events.” *Media, Culture & Society* 24: 697–714, 2002. <https://doi.org/10.4135/9781452233819.n19>.

Hacia una Cartografía de la Memoria Material de la Diáspora Centroamericana en Los Ángeles

Yansi Pérez

Carleton College, Northfield, MN

El epíteto que me define mejor podría ser la memoriosa. No porque crea que soy capaz de recordarlo todo, como el legendario personaje de Borges, sino porque la memoria ha sido el tema que me ha definido como intelectual, como estudiosa¹ de la realidad centroamericana. En mi tesis doctoral trabajé la centralidad de este tema en la obra de Roque Dalton pensando las tensiones que se dan en la misma entre la construcción de la historia nacional y los traumas que enredan, desplazan, desordenan, desmontan el relato con el que se construye esa comunidad imaginaria que nombramos El Salvador. En mi libro, *Más allá del duelo. Otras formas de imaginar, sentir y pensar la memoria en Centroamérica*, mi lente se expandió en varias direcciones pues ahora no solo me dedicaba a estudiar al más renombrado autor nacional, como fue el caso de mi tesis, sino que incluía un corpus tanto literario como cinematográfico, incluso estudiaba instituciones como el “Museo de la palabra y la imagen”, de los dos países centroamericanos que sufrieron con mayor crudeza conflictos armados, El Salvador y Guatemala. En el mismo, además, cuestionaba el excesivo protagonismo que se le había dado al duelo para pensar la tesitura afectiva y mnemónica de las sociedades que sufrieron conflictos bélicos, abriéndome a otros constructos afectivo-discursivos como son lo abyecto y el delirio e indagaba, incluso, en las nuevas posibilidades de expresión que

1 Aunque para ser veraz con los hechos debo añadir que la memoria no solo es para mí un tema académico. Yo también soy una desplazada del conflicto armado, mi familia también ha sido marcada por las heridas que el conflicto civil dejó en la población salvadoreña.

abrían subgéneros narrativos como la metamorfosis y los relatos de crimen para entender la singular dinámica que se había dado en esta región en el periodo antes mencionado.

Mi nuevo proyecto, *Una cartografía material de la memoria centroamericana en Los Ángeles*, no solo conlleva un desplazamiento geográfico, cultural, lingüístico, como claramente indica el título, sino que exige que se pongan en diálogo las herramientas que se usan para el estudio de la memoria histórica —incluyendo elementos que no habían comparecido antes en mi trabajo como la historia oral, la etnografía, etc. —con dispositivos epistémicos que utilizan disciplinas como los estudios sobre las diferentes diásporas, la geografía humana, o la urbanística.

Pero, ¿qué quiere decir complicar el estudio de la memoria con el espacio²? ¿Cómo cambia el concepto de memoria cuando se tiene en cuenta el abandono del territorio nacional —en muchos casos en condiciones de extrema vulnerabilidad y precariedad legal, política y económica — y la reinserción en otro espacio geográfico, político, cultural, simbólico? ¿Cómo se relocaliza y reinventa la memoria de un evento traumático en una nueva geografía, un nuevo idioma, y una nueva cultura?

2 Para más estudios sobre el espacio ver el libro *Thinking Geographically. Space, Theory and Contemporary Human Geography* de Phil Hubbard y *Seeking Spatial Justice* de Edward Soja. También ver el clásico de Henri Lefebvre *La producción del espacio*.

I. Los desplazamientos, la reinserción, el diferendo, la reinvencción de lo autóctono.

Pensar el problema de la memoria vinculado al espacio³, a la diáspora, no solo obliga a reflexionar sobre la necesaria reinvencción que la misma tiene que realizar para poderse reinsertar en una nueva cultura, una nueva lengua, sino que hay que tener en cuenta todos los traumas, antagonismos, diferendos⁴ no resueltos que funcionan en el lugar en el que esta se reinserta. La memoria, entonces, al reubicarse en un nuevo espacio geográfico está obligada a hibridarse, contaminarse, fusionarse pero también a distinguirse, diferenciarse respecto a otros imaginarios políticos, formas de resistencia, de luchas emancipatorias que tienen lugar en el territorio de acogida. Se pueden poner muchos ejemplos de esto, me limito a tres.

3 La memoria histórica del conflicto armado en El Salvador adquiere nuevos matices cuando se recuerda desde un espacio lejano al territorio nacional y cuando el que recuerda se relaciona con ella desde diferentes temporalidades. Las memorias de la diáspora empiezan en diferentes momentos y son condicionadas por los eventos históricos del momento en que surgen. Por ejemplo, algunas personas salieron de El Salvador cuando empezaba lo que luego estalló como guerra civil. En una entrevista escuché la historia de una persona que decide salir del país en 1976 cuando “la situación ya estaba descontrolada, en la época que estaban los campesinos organizados, los estudiantes, las comunidades de base, y ya no aguantaba pues porque la situación se estaba poniendo peor, los estudiantes estaban desapareciendo, los maestros, las enfermeras...”. Otros entrevistados, hijos de centroamericanos que huyeron las guerras, sufren las consecuencias de esas memorias y solamente tienen un conocimiento fragmentado de los hechos en el país de origen de sus padres. Un joven, hablando de su padre salvadoreño, me dice, “no hay palabras que le pueda decir, eso es lo que vivió. Vio que mataban a la gente, casi lo mataron a él.”

4 Utilizo el concepto de diferendo en el sentido que lo han definido Jean-François Lyotard en *The Differende. Phrases in Dispute* y Jacques Rancière en *Disenso. Ensayos sobre estética y política*.

1-Conviene para entender mejor el primero de los ejemplos, *el movimiento de Solidaridad*⁵, que se utilizará para comprender la diferencia que adquiere el estudio de la memoria en la diáspora, establecer un contraste entre el concepto de solidaridad⁶ con dos categorías que le resultan muy afines: la fraternidad y la humanidad. Alguien que intente crear vínculos fraternos con otros humanos lo hace basándose siempre en un principio de semejanza que es el que sostiene a la fraternidad y, por ende, la antecede desde un punto de vista lógico y cronológico. Este vínculo, además, se asocia metafóricamente con el vínculo primordial, el de la sangre, ya que la fraternidad hace que tratemos a los otros humanos como si fueran nuestros hermanos. Quien se define como humanitario considera que el carácter humano de su prójimo es el único dato necesario, pero así y todo anterior e imprescindible, para el tipo de relación que desea establecer con él. La relación solidaria, por contraste, no asume ningún dato previo al vínculo que ella establece. Lo que la funda es una carencia. Se hace causa común, no otra

5 Durante los años ochenta y noventa surge el movimiento de solidaridad con Centroamérica en Estados Unidos, impulsado por la excesiva represión que se llevaba a cabo en Guatemala y El Salvador en contra de sus propios ciudadanos con el explícito apoyo político y militar de los Estados Unidos. Este movimiento incluía a muchos centroamericanos que contaban sus historias a un público norteamericano para intentar concientizarlos acerca de la represión, justificada por el contexto de la guerra fría, inherente a la política exterior de Estados Unidos en la región.

6 Interesa aclarar, antes de seguir adelante, que no nos interesa describir todos los fenómenos que en el mundo moderno caen bajo la categoría de solidaridad sino producir un concepto lo más riguroso posible, y con un fuerte carácter normativo y a la vez pragmático-político, que nos permita distinguir la solidaridad de otras categorías antiguas y modernas utilizadas para describir diferentes formas de altruismo y filantropía entre seres humanos como pueden ser la fraternidad, el humanitarismo, la compasión y de los diferentes rasgos que se usan para describir el ideal de la dinámica social como suelen ser la concordia, la camaradería, la amistad como virtud política, tal y como la definía Aristóteles, etc. Tampoco nos interesa utilizar el concepto de solidaridad, como lo hicieron Durkheim y Ferdinand Tönnies, para estudiar el paso de las comunidades tradicionales, basadas en vínculos orgánicos, a las sociedades modernas, cuyas formas de relación son artificiales y totalmente condicionadas por la economía capitalista. Este paso, de la comunidad a la sociedad, lo teorizó Durkheim a través de la substitución de los vínculos de solidaridad orgánicos por los mecánicos. Sobre este último aspecto ver el libro de Durkheim, *The Division of Labor In Society*, el de Tönnies, *Community and Civil Society* y el artículo "Four Uses of Solidarity" de Kurt Bayertz.

cosa quiere decir la solidaridad, con aquel que se considera desprotegido en una situación socio-política específica. El lazo que funda la solidaridad no tiene precedentes en las formas de asociación previas a su gestación y, en algunas ocasiones, no sobrevive si se da un cambio en la situación política que la generó. La solidaridad, por lo tanto, tiene un profundo carácter performativo, solo existe mientras se ejecuta, se despliega, y situacional, solo se manifiesta en un espacio determinado y durante un tiempo delimitado.

En el caso que nos interesa *el movimiento de solidaridad* (la solidaridad siempre es un movimiento, una movilización) se genera a partir de los conflictos armados y los procesos revolucionarios que tuvieron lugar en el istmo centroamericano, desde finales de los setenta hasta principios de los noventa y surgieron como reacción a la política imperial e injerencista de los Estados Unidos en la región y su apoyo a los regímenes militares de Centroamérica. El carácter performativo de la solidaridad puede manifestarse desde un ángulo religioso moral, como fue el caso del “sanctuary movement”⁷, en el activismo político y artístico que tuvo un carácter transnacional y a través de la reinención que las comunidades desplazadas, los refugiados, hacen de los vínculos perdidos (culturales, familiares, nacionales, políticos) en el territorio de acogida.

Pero para entender a este tipo de movimientos también hay que tener en cuenta los factores que informan la identificación y defensa de los derechos humanos de la comunidad centroamericana por parte de activistas residentes en los Estados Unidos. No se puede ignorar que en el gesto solidario también se involucra una postura hacia la política nacional

7 El “Movimiento Santuario” surge en Estados Unidos a partir del deseo de ciudadanos norteamericanos de querer proteger a los refugiados que estaban llegando masivamente a este país huyendo de las violaciones de derechos humanos que se llevaron a cabo durante los conflictos político-militares en Centroamérica. Para más información sobre el Movimiento Santuario, ver *Father Luis Olivares A Biography: Faith Politics and the Origins of the Sanctuary Movement in Los Angeles* de Mario T. García y *Sanctuary: The New Underground Railroad* de Renny Golden y Michael McConnell.

y exterior de su propio gobierno y el impacto que esta tiene sobre las nociones de justicia y democracia que promueve el mismo. Para entender ese tipo de movimiento, por ende, no solo hace falta un lente transnacional sino que se deben estudiar los propios traumas, los conflictos no solucionados, las luchas emancipatorias que los sujetos solidarios incorporan en su defensa de una comunidad inmigrante.

2-Cuando se habla de memoria de segunda generación⁸ se suele pensar en las personas que son los descendientes de los que vivieron el conflicto, ya sea en el propio espacio nacional o en la diáspora; pero no se suele incluir como herramienta de análisis el impacto que tiene el propio desplazamiento en la configuración de una nueva memoria. Se puede citar como ejemplo de la interacción a veces violenta, conflictiva, tensa, agónica que ocurre entre la memoria que se trae del lugar de origen y las dinámicas del recuerdo y del trauma que funcionan en los lugares de acogida los disturbios en Los Ángeles de 1992 que involucraron a la comunidad afroamericana, la coreana, la población blanca de la ciudad y en la que la comunidad centroamericana se vio inevitablemente involucrada. Estos acontecimientos, a pesar de su supuesto carácter exógeno, van a empezar a ser parte de la historia de los nuevos traumas de esta comunidad en su lugar de acogida ya que en el mismo se exponen las irregularidades, desprotecciones a nivel legal, político, que esta comunidad sufre en este nuevo territorio y que, sin duda, influenciarán en la forma en la que se procesa la memoria del conflicto armado.

3-Aparte del carácter poroso, híbrido de las memorias de la diáspora no se pueden entender las misma sin la pasión por el origen que

8 Hay todo un debate acerca de la memoria de aquellos que no vivieron directamente un evento traumático como lo fue el Holocausto o el conflicto armado en El Salvador o en Guatemala. Una de las autoras que ha escrito sobre este tema es Marianne Hirsch en su libro *The Generation of Post Memory. Writing and Visual Culture After the Holocaust*. Para leer más sobre la memoria de segunda generación en el caso salvadoreño, consultar los trabajos de Ana Patricia Rodríguez. Ver los trabajos de Arturo Arias y Claudia Milian para leer más sobre la identidad salvadoreña-americana o centroamericana-americana.

las caracteriza⁹. Parece inevitable en ellas cierta reificación, no exenta de idealización, del lugar que se ha dejado atrás. Se produce en ellas una re-afirmación de los rasgos nacionales que afloran como reacción a un territorio diferente y ante el siempre acechante fantasma de la total asimilación y la borradura de la marca original que fue la que le dio la distintividad a la memoria alrededor de la cual se configura esta comunidad. Este impulso nativista, folclórico, hay que entenderlo como parte de la propia reinscripción de esta comunidad en un nuevo espacio. No es lo mismo celebrar el día de la independencia nacional¹⁰ en el país de origen donde estas ceremonias pueden haber sido secuestradas por el poder y usadas para la promulgación de una política nacional y chovinista que hacerlo en un territorio ajeno, y en muchos sentidos hostil, donde el ritual de la celebración de las fiestas patrias sirven para confirmar la propia existencia de la comunidad a la que se pertenece. El hecho de reivindicar una marca tanto étnica, como lingüística e histórica que se instituye en el índice de la diferencia en el país de acogida y que muchas veces se convierte en el dispositivo a partir del cual se realiza la exclusión, la marginación en el mismo adquiere un carácter político, simbólico e, incluso, ritual, totalmente diferente que no se debe ignorar.

Mi proyecto actual, por tanto, involucra una historia material de la memoria de la diáspora. Es imposible estudiar el legado traumático del conflicto armado en El Salvador sin tomar en cuenta a las millones de personas que fueron desplazadas por el conflicto armado que se vieron forzadas a abandonar su país de origen por el conflicto. La ciudad de Los Ángeles es central en mi investigación porque es allí donde viven cientos de miles de salvadoreño desde los años 80 cuando salieron huyendo del conflicto político militar

9 Uno de los primeros libros que recopila la memoria de los jóvenes centroamericanos en California es la colección *Izote vos: A Collection of Salvadoran American Writing and Visual Art*. Otra colección más reciente es *U.S. Central Americans: Reconstructing Memories, Struggles, and Communities of Resistance*.

10 Ver el ensayo de Maritza Cárdenas “Performing Centralamericanismo: Isthmian Identities at the COFECA Independence Day Parade” en el libro *U.S. Central Americans: Reconstructing Memories, Struggles, and Communities of Resistance*.

en El Salvador¹¹. Esta ciudad tiene la población más grande de salvadoreños fuera de San Salvador.

He hecho treinta y cuatro entrevistas a miembros de la comunidad en Los Ángeles. Los entrevistados son de edades muy diversas, desde jóvenes de veinte años hasta mayores de setenta años. Viven desperdigados por el vasto territorio de esta ciudad en vecindarios conocidos por su alta población de centroamericanos y también en otras zonas de la ciudad no necesariamente asociadas con Centroamérica.

II. La metodología

El género que tuvo mayor visibilidad durante los años sesenta y de nuevo en los años ochenta para estudiar el pasado traumático en América Latina fue el *testimonio*¹². Sin embargo, yo propongo una alternativa a este género para recuperar, pensar, e imaginar de nuevo el pasado. La alternativa al *testimonio* que propongo intenta recuperar la dimensión material, objetiva, y colectiva de la memoria que propone el género *testimonio* pero a la vez cuestiona su noción de representación, mediación y agencia. Me interesa el estudio de la historia material y urbana que propone el pensador Walter Benjamin en su *Libro de los Pasajes*. Al usar el trabajo de Benjamin como modelo, el concepto de memoria se desplaza de su carácter estrictamente verbal donde la figura del testigo tiene un rol central (como en el *testimonio*) y se propone prestar atención a todos los aspectos de la experiencia urbana, a su materialidad,

11 Los trabajos de Norma Chinchilla y Nora Hamilton son fundamentales para estudiar la población centroamericana en Los Ángeles. Para estudiar las redes sociales de inmigrantes centroamericanos en el norte de California ver el libro de Cecilia Menjívar *Fragmented Ties. Salvadoran Immigrant Networks in America*. También consultar el libro de Beth Baker-Cristales *Salvadoran Migration to Southern California. Redefining El Hermano Lejano*.

12 Hay muchos estudios sobre el género *testimonio*, entre ellos están el de Elzbieta Sklodowska *Testimonio Hispanoamericano* y *Testimonio: On the Politics of Truth* de John Beverley. Para un estudio exhaustivo sobre el género en El Salvador consultar el ensayo “La literatura testimonial desde El Salvador” de Ricardo Roque Baldovinos en la revista *Estudios Centroamericanos*.

la realidad anclada en objetos, espacios, prácticas específicas que configuran la experiencia de una comunidad desplazada. La noción de memoria que propongo, inspirada por el trabajo de Benjamin, crea un *montage*, un *collage*, compuesto de los múltiples aspectos etnográficos, visuales, sociales, culturales y espaciales que configuran la reinserción y reinención de la memoria de los salvadoreños en este otro espacio donde se usa otro idioma, se vive en otra cultura y se ocupa otro espacio urbano, Los Ángeles.

Lo que estudio es cómo la memoria se ha reimaginado o reconstruido por las diferentes generaciones de salvadoreños que han llegado a Los Ángeles, ya sea la memoria de los inmigrantes que huyeron de la violencia del conflicto armado o la memoria de sus hijos, que a pesar de no haber vivido directamente el conflicto bélico, inevitablemente han sufrido las cicatrices que éste ha dejado en la memoria de sus padres y en la de ellos. Junto a la historia de la memoria de estas generaciones, también me interesa el olvido inevitable y el silencio que caracteriza toda reconstrucción del pasado. Esta historia material tiene que incluir el concepto del olvido activo, tal y como lo definió Friedrich Nietzsche en *La genealogía de la moral*. La naturaleza activa de este olvido no se puede equiparar al olvido que ignora el pasado o que se siente satisfecho con el presente. Este es un olvido que no trata de establecer una relación mimética con el pasado ya que asume el carácter contingente del mismo y propone una relación con él a través de una invención y reconstrucción.

En el fragmento N1 9 del *Libro de los Pasajes* Benjamin afirma: “aquí se trata de disolver la “mitología” en el espacio de la historia. Lo que desde luego solo puede ocurrir despertando un saber, aún inconsciente, de lo que ha sido” (2005: 460). Para exorcizar la mitología que late en el pasado, incluso la de un pasado traumático, y para despertar las zonas de conocimiento que laten en el mismo, incluso aquel del que todavía no conocemos de forma consciente, hay que estudiarlo desde el distanciamiento, sin excluir la enajenación, que sufre debido a su reinserción en otros territorios y dinámicas culturales. Si la memoria arcaica y tradicional se concibe como una

relación genealógica con los orígenes y con “el entorno natural” de una comunidad, el estudio de la memoria moderna tiene que incorporar los desplazamientos y dislocaciones que la condición diásporica, que atraviesa la historia del sujeto moderno, le impone.

La historia material involucra un diálogo entre el énfasis en el espacio, la cartografía, y la nueva realidad urbana que captivó a una generación de académicos a finales de los ochenta y principios de los noventa, con el nuevo énfasis en la temporalidad que caracteriza reflexiones más recientes de la memoria, el duelo y el trauma que empiezan a ser predominantes a partir de la segunda mitad de la década de los noventa del siglo pasado.

De cada una de estas tradiciones rescato elementos diferentes, del *testimonio* me interesa enfatizar la memoria colectiva y política y el acceso a un pasado que no es ficticio. Pero también establezco un diálogo entre esta tradición y la tradición del Holocausto judío donde la figura del testigo y del testimonio asumen diferentes roles y una lectura del trauma y del duelo, en clave psicoanalítica, empieza a ser muy relevante. Me interesa reinscribir ambas tradiciones, la latinoamericana del *testimonio* y la del Holocausto, en la noción de Benjamin de la historia material donde la memoria incorpora los objetos, las huellas, los restos y ruinas del espacio urbano junto con los anuncios, las diferentes técnicas de alumbrado y de decoración de las ciudades modernas, además de textos históricos y literarios.

Como en el género *testimonio*, el otro accede a la voz pero este otro no es solo un testigo sino que puede ser un anuncio en la calle, una conversación que se escucha al pasar, el color de un edificio, los tatuajes en el cuerpo de un marero, un menú de un restaurante de comida típica, la letra de una canción escrita en español e inglés o en lo que llamamos spanglish. No solo se quiere rescatar la voz de un *etnos*, de una comunidad, su memoria, sus múltiples historias sino que también se pretenden trazar los mapas de sus muchos recorridos, de sus vaivenes por la ciudad. Lo que se quiere hacer es, en definitiva, una etno-geografía.

III-Etno-geografía.

¿Qué significa hacer una etnogeografía? Primero, y antes que todo, abrirle un espacio a la palabra propia y descubrirle el itinerario a la palabra ajena. Dejar que esas palabras resuenen, retumben, que encuentren su mejor lugar para expresarse, permitirles que inventen sus propios recorridos, fuera de las avenidas de circulación establecidas. Pero para que esto sea posible, el etnogeógrafo, tiene que saber que ninguna palabra irrumpe en el silencio y que ninguna travesía, en un mundo totalmente cartografiado, se hace sobre una tierra ignota. Siempre que se habla hay un laberinto de significados, de ideas, de signos, de conceptos, de preconcepciones que anteceden al que toma la palabra, una miríada de signos que indican por donde se puede caminar. La palabra cuando nace se ve enredada en una babel de lenguajes y de signos que la posibilitan —ya que una palabra totalmente nueva sería ininteligible— pero que también la distorsionan, la retuercen, la enajenan, porque la obligan a que se asimile a todo lo antes dicho.

El etnogeógrafo tiene que abrirle un espacio lo suficientemente amplio a la palabra que interpela para que se escuche su novedad y lo suficientemente estrecho para que su sentido quede protegido, arropado por los otros signos de la cultura. Para esta tarea no sirve ni la hermeneútica, que cree en el potencial revelador de la tradición y en una relación orgánica y directa con el pasado, ni la crítica de las ideologías que lee los vocablos como síntomas, como trampas que esconden una verdad que pretenden enmascarar y que solo entiende el pasado como peso muerto. Hay que confiar en las palabras del testimoniante, dejarlas que se escuchen pero para que esto sea posible hay que empujarlas, hacerles espacio, acotar una pequeña zona de silencio para que las mismas puedan aparecer. Y esto solo se hace posible si se ejerce un ejercicio de reflexión crítica riguroso sobre el contexto lingüístico y espacial al que ellas arribarán.

Esta tarea se complica mucho más si se trabaja, como es mi caso, con una comunidad y desde una ciudad que habla muchas

lenguas, como es la comunidad centroamericana en Los Ángeles y que se comunica entre sí, al menos en dos de ellas. Lo que se quiere aquí no es solo rescatar ciertas palabras del olvido sino que se busca reconstruir la historia de sus itinerarios, de sus flujos urbanos, de sus recorridos pero también de los cotos vedados, de esas zonas de una ciudad que la comunidad se prohíbe a sí misma o a las que se les impide el acceso.

Memoria material, cartografía, diáspora, comunidad son las palabras desde las que interpele a esta comunidad y a la ciudad que le sirve de enclave, al menos en esta etapa de sus vidas. Lo primero que debo hacer, si quiero ser coherente con la noción de etno-geografía que propongo es ejercer una revisión crítica de cada uno de estos vocablos y ponerlos en estrecho diálogo con las entrevistas que he ido recolectando a lo largo de varios años, desde el 2016. No puedo dejar que estos conceptos, y toda la tradición filosófica y académica que los acompaña, intimiden los testimonios de mis informantes. No puedo pretender tampoco, como ya alerté, que los testimonios que he ido recogiendo vayan a aterrizar en un espacio vacío de la influencia de los saberes que organizan, disciplinan y señalizan tanto al espacio como al tiempo que nos incumbe. Necesito ejercer una rigurosa labor crítica sobre los conceptos con los que trabajo y tengo que ponerlos a dialogar, en pie de igualdad, con las palabras que he venido recopilando. La teoría no se limitará a ser un marco ni mis testimonios serán simples casos ilustrativos, ejemplos que confirman o niegan lo ya sabido. La temporalidad normativo-ideal de los conceptos y la biográfico-vital de la palabra de los testigos colisionarán. De este choque, surgirá, si somos lo suficientemente rigurosos y sinceros, el conocimiento nuevo.

Comunidad-Casa-Cementerio-Resistencia

Hay un dato en el que concuerdan los grandes teóricos de la comunidad más recientes (Blanchot, Nancy, Agamben, Esposito): ya no es posible pensar lo común como una forma del ser en general: identidad, estado o sujeto. Escuchemos a Nancy en su libro *La comunidad inoperante*:

Que la obra mortal —que de hecho oculta la propia muerte, su dignidad, en la aniquilación— haya sido realizada en nombre de la comunidad —ya sea la de un pueblo o de una raza autoconstituida, ya sea la de una humanidad autotrabajada—es lo que puso término a toda posibilidad de reposar sobre cualquier *dato* del ser común (sangre, sustancia, filiación, esencia, origen, naturaleza, consagración, elección, identidad orgánica o mística) (2000: 8).

En el origen hay un delito, hay una falta a la ley. En el caso centroamericano, se termina en este territorio, en los EUA, porque la propia tierra se ha hecho ininteligible. Si algo caracteriza a un conflicto político-militar es que hace imposible definir cualquier parte del territorio como propia. Lo propio se convierte en objeto de lucha, e incluso de masacre. Lo propio mata, por eso se huye hacia lo ajeno. Y allí, en lo ajeno, hay que inventarse una forma de ser que no sea alienada. Una forma de pertenecer que no podrá ser nunca más definida por lo propio. Por eso, se unen la casa, el refugio, el lugar en el cual se alcanza un mínimo de protección ante lo exterior, al cementerio, ese otro refugio en el que se acepta la desintegración, la disolución en lo ajeno. Dos refugios, la casa, el que impropriamente llamamos propio, y el cementerio, en el que se adquiere una propiedad, un lugar para siempre quizás porque en él se acepta la disolución de todo.

Dice uno de mis entrevistados:

Fijese que yo había pensado cuando me retirarairme de regreso para allá pero ahora así como está El Salvador no se puede.

“ [Su Hermana le decía]:Yo pongo una venta y van a llegar a quitarme renta. Y si yo no les doy me van a matar.” Yo había agarrado una casa y ella vivía allí, entonces no pagaba casa, entonces, y por eso, y tuve que vender la casa. La tuve que vender, la que yo había pensadoirme y retirarme a estar allá porque ya estaban entrando las maras. Y ya así no se puede vender la casa. Entonces mi mamá me dice ni la vayas a dejar sola cuando mi hermana se murió, porque van a venir estos a

*apoderarse y ya te la van a quitar. Entonces le dije yo pues no, mejor la vendo. Mejor que compre mi casa aquí ya. Mi cementerio.*¹³

Lo que impide usar los vínculos tradicionales: sangre, sustancia, filiación, origen, naturaleza, identidad, etc. para definir la comunidad, como aclara Nancy en el prólogo que le hace al libro *Communitas: Origen y destino de la comunidad* de Roberto Esposito, es que la obra de muerte se hizo en nombre de nociones de comunidad que se asentaron sobre los vínculos antes definidos. No se puede pensar el ser en común desde un modelo, sea este el que sea, del ser en general. El recurso a lo dado, a lo que se da por sabido y conocido, de una comunidad, no deja de desencadenar masacres. Pero si la comunidad no se define por una sustancia, por un ser, por una relación estable se tiene que definir por un hacer, por una actividad. El *munus* del *communis* es el reparto de una carga, de un deber, de una tarea y no de una sustancia. El *ser con* no debe ser entendido como un lazo que define una identidad, una relación permanente con los otros, sino que habla más bien de un estar expuesto al otro. Vivir en el peligro de su proximidad, del contagio. Solo es inmune a ese peligro aquello que se sale de lo común, que se separa de la comunidad. Esposito, en el libro que ya citamos, define esta relación entre comunidad e inmunidad en los siguientes términos:

Aquí reaparece la categoría de “inmunización” que, como hemos visto, constituye el más incisivo contrapunto semántico de la *communitas*... El “inmune” no es simplemente distinto del “común”; es su contrario, que lo vacía hasta la extinción completa no sólo de sus efectos, sino de su presupuesto mismo. De igual manera, el proyecto “inmunitario” de la modernidad no se dirige sólo contra los específicos *munera* --obligaciones de clase, vínculos eclesiales, prestaciones gratuitas- que pesaban sobre los hombres en la fase precedente, sino contra la ley misma de su convivencia asociativa. El individuo moderno, que asigna un precio específico a cada prestación, ya no puede sostener la gratitud que requiere el don (2003: 39-40).

13 Entrevista llevada a cabo el 11 de febrero 2017 en Los Ángeles.

Y dice otro de mis entrevistados:

ser salvadoreño-americano significa ser una persona que enfrenta muchos obstáculos pero encuentra un camino para atravesarlos, significa resistencia, perseverancia, determinación, sacrificio, poner a la familia primero, y así es como ha sido; mi mamá fue a la universidad pero trabajaba mientras estudiaba para ayudar a la familia; mi abuela, ella no estudió, empezó a trabajar para mantenerse a sí misma y a su familia; todo gira alrededor de estos conceptos, luchar, sacrificar, resistir, determinación, de todas las maneras posibles, con fe o por el hecho que tienes que resistir; yo siento que eso es lo que significa ser salvadoreño-americano, debes atravesar los obstáculos, seguir adelante, resistes sin importar lo que ocurra, sin importar lo que tienes delante, simplemente continúas.¹⁴

La comunidad no protege del peligro, no otorga refugio, seguridad, sentido de pertenencia. La comunidad nos expone al riesgo pero al hacerlo descubrimos lo que significa estar juntos y resistir ante todo lo que venga, ante todo lo que pasa. Eso, dice mi entrevistado, significa ser salvadoreño-americano. Como los peligros cambian, como el afuera amenaza siempre de una forma diferente, no se puede decir que este sentido de lo común, del estar expuesto al contagio de los otros, sea, propiamente, una identidad. Pero tampoco debe entenderse que esta forma de la convivencia sea totalmente fluida, amorfa, imposible de ser traducida en alguna forma de reconocimiento. No importa lo que pasa, lo que venga, se resiste el peligro, y se sigue luchando. De esa forma se reconoce a quién estamos expuestos, quiénes están a nuestro lado.

Memoria material-Archivo. Voces sin biografía.

La historiografía tradicional, la gran historia, se mueve entre el documento, entendido como huella autorizada de un pasado, y el monumento, lugar donde se conmemoran ciertas fechas, ciertos acontecimientos a los que se les atribuye la capacidad de resumir toda una época. La memoria material intenta detectar tanto en el

14 Entrevista llevaba a cabo el 5 de mayo de 2021 en Los Ángeles.

documento como en el monumento los diferentes estratos que la configuran, las diferentes temporalidades que la atraviesan. Lo que hace una historia material es recolectar las diferentes series de sentido que configuran el pasado, aceptando el hecho que estas no tienen que necesariamente confluir, configurar un relato. Lo que hay que pensar desde una concepción material de la memoria no son los hechos sino las condiciones de posibilidad que permiten que una cierta forma de ordenar la realidad se haga posible.

Para esta concepción material de la memoria, resulta esencial la noción de archivo, tal y como la trabajan autores como Michel Foucault y Giorgio Agamben. Lo que trata de indagar esta noción de archivo son las condiciones para que un individuo, un grupo, una comunidad, accedan a la palabra, al lenguaje con significado, a la esfera de discursos que son reconocidos en una sociedad como válidos y que merecen circular en la esfera pública. Esta pregunta tiene que encontrar respuesta antes de preguntarse por quién habla en un discurso, quién toma la palabra. El hecho de haber accedido a la posición del que habla, del que toma la palabra supone que se ha pasado a esa esfera que existe en toda sociedad donde se organiza a los discursos que se consideran significativos y relevantes y se les opone al rumor, al ruido, al habla sin sentido. La pregunta que más preocupa a una reconstrucción material de la memoria no es tanto qué quiere decir este texto, este enunciado, este discurso, sino cuáles son los dispositivos, las prácticas, las instituciones de poder que le permiten acceder al habla, al decir, a la esfera de la significación. Esta pregunta involucra una indagación por el antes del discurso y por su afuera. Pero desde esta perspectiva también se supone que se indague sobre esos estratos de significación que se consideran viven fuera o más allá de lo que una sociedad considera inteligible y relevante, digno de acceder a la esfera pública. Cómo la sociedad controla esos enunciados y esas subjetividades a las que no se les ha dejado llegar a la esfera de la significación. Cómo el poder clasifica esa área de la realidad que considera insignificante e infame. Agamben en su libro *Lo que queda de Auschwitz*, cuando describe el prólogo que Foucault hizo a una antología de fichas policiales y que tituló “La vida de los hombres infames” escribe:

“en el momento mismo en que los marca con el signo de la infamia, arranca a la noche y al silencio existencias humanas que de otro modo no hubieran dejado ninguna huella de ellas” (2005: 149-50). Recuperaremos la otra parte de la cita, al final de mi texto.

Cuando se llega a un nuevo territorio no solo se descubre una geografía inédita, un espacio ignoto, sino que se accede a otras temporalidades, a la difícil dinámica hecha de acuerdos pero también de tensiones y conflictos que configura la coexistencia de diferentes comunidades en un espacio urbano. Quizás el momento más dramático, más agónico que tuvo que enfrentar la comunidad centroamericana en Los Ángeles fueron los disturbios que ocurrieron en la ciudad en 1992 a raíz de las imágenes que grabaron la brutalidad policial sobre el cuerpo de Rodney King que se divulgaron por todo el mundo y la inmunidad que este crimen tuvo ante la ley.

Durante la revuelta, las áreas de la ciudad que se vieron más afectadas fueron South Central (sur-centro), el vecindario de Pico-Union, el barrio coreano (Koreatown) donde también viven muchos centroamericanos. Los manifestantes quemaron negocios, asaltaron a personas en la calle, reinó la violencia y la destrucción; la policía, por su parte, detuvo de forma ilegal y deportó a muchos inmigrantes que estaban en el lugar equivocado a la hora equivocada. El caos, la anarquía y la falta de presencia de las autoridades en ciertos vecindarios duró varios días. La policía solo protegió los vecindarios del oeste de Los Ángeles, pero mientras tanto, los residentes negros, coreanos y centroamericanos, sufrieron la devastación de sus vecindarios. Esto provocó violentos enfrentamientos entre la comunidad coreana y la afroamericana.

Un acontecimiento como los disturbios de 1992 se encuentra en cualquier historia contemporánea de la ciudad de Los Ángeles y de los Estados Unidos. La conversión de este acontecimiento en documento y en monumento, en un hito ineludible de cualquier versión de la historia con mayúscula, no lo hace menos relevante para una reconstrucción de la memoria material de una comunidad. Este acontecimiento, sin lugar a dudas, marcó un antes y un después

respecto a la forma en que las comunidades coreanas y afroamericanas convivieron en esta ciudad y la forma en que los diferentes grupos étnicos se asentaron en el espacio urbano de la misma. La tarea, entonces, que un acontecimiento como este le impone a la historia material es el rescate de otros estratos de sentidos, de otros sedimentos experienciales que sufrieron el impacto de este acontecimiento pero cuya memoria no ha quedado necesariamente grabada en el récord público que se tiene de los mismos.

Muy relevante, para nuestro propósito, resultan los recuerdos de una niña de 7 años, otra de mis informantes, que siente que su primera experiencia “política en Los Ángeles” se vincula a estos disturbios.

El L.A. que conocía de niña era el que caminaba para ir a la escuela o para jugar con mis amigos; esa era mi concepción de L.A. excepto cuando hubo momentos políticos importantes que impactaron mi vida. Estoy pensando en la golpiza de Rodney King. Tenía más o menos 7 años cuando ocurrió y vivía en South Central. No tenía ninguna noción que fuera brutalidad policial y que fue grabado en video. Pero sabía que había mucha tensión. Y cuando el vecindario empezó a arder, es literalmente a unas cuadras donde vivía. Vivíamos en el epicentro y recuerdo que mi madre, que nunca faltaba al trabajo, faltó dos días. Ella dijo, “nadie va a ir a la escuela, al trabajo, nos quedaremos en la casa, vamos a cerrar las cortinas. Veremos televisión para ver noticias pero nadie va a ir a ningún lugar”. Recuerdo que un vestido que había vestido para mi graduación de kinder se quemó en la tintorería porque quemaron la tintorería. Y mi vestido estaba allí. Así que nunca pude recoger ese vestido. Cosas así, que ahora que pienso en ellas, Dios mío, esos fueron los disturbios de L.A.¹⁵

La experiencia política irrumpe ligada a la violencia y a la suspensión de la temporalidad alrededor de la cual se organiza la cotidianeidad. La temporalidad de la política y el tiempo biográfico colisionan. El vestido que se asocia a uno de los acontecimientos más relevantes en la vida de una niña de siete años, su graduación

15 Entrevista llevada a cabo el 14 de febrero del 2021 en Los Ángeles.

de kindergarten nunca más podrá ser usado porque se quemó en la tintorería, uno de los muchos lugares destruidos en estos disturbios. Al reconstruir estos hechos desde una noción material de la memoria, se debe constatar que el acontecimiento político que los libros conmemoran, y hay que recordar que la conmemoración incluye tanto la celebración como la condena, se irguió sobre la borradura, la destrucción, de otros sedimentos materiales que servían para organizar, darle sentido, a la temporalidad biográfica de muchos de sus testigos.

Más relevante incluso es un paquete de información y de declaraciones juradas recopiladas y preparadas por la organización fundada por refugiados centroamericanos en 1983, el “Central American Refugee Center” en 1992, y presentada como evidencia acerca de las actividades de la policía de Los Ángeles (LAPD) y el servicio de inmigración (INS) después de los disturbios de Los Ángeles. En este informe encontramos una lista de nombres, una pequeña muestra de las más de 700 personas de origen centroamericano que fueron detenidas y deportadas durante este periodo y las más de cien que en ese momento permanecían detenidas y esperaban audiencia ante un juez. De estas personas solo sobrevive su nombre, la inicial de su apellido, y las circunstancias en que fueron ilegalmente detenidas. La otra cara de la historia que emergen en estas declaraciones puede ser resumida, de modo ejemplar, a través de la cita de *Lo que queda de Auschwitz* que habíamos dejado interrumpida al principio de esta sección:

Lo que por un momento brilla en estos lacónicos enunciados no son –como quisiera la afectación patética de una cierta historia oral—los acontecimientos biográficos de una historia personal, sino la estela luminosa de otra historia; no la memoria de una existencia oprimida, sino el mudo ardor de un ethos inmemorial; no el rostro de un sujeto, sino la desconexión entre el viviente y el hablante que señala su puesto vacío. Puesto que aquí hay una vida que subsiste sólo en la infamia en que se ha desenvuelto y un nombre que vive únicamente en el oprobio que le ha cubierto, algo en este oprobio da testimonio de ellos más allá de cualquier biografía. (2005: 150)

Los estratos de experiencia que viven detrás de todo monumento y documento, la forma en que se topan la conmemoración biográfica y la conmemoración histórica, y el relato de una desgracia que trasciende y resulta más expresiva que cualquier biografía, son tres de los rasgos principales que configuran el concepto de historia material que propongo en este ensayo.

Bibliografía consultada

Agamben, Giorgio: *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer II*. Valencia: Pre-Textos, 2005.

Alvarado, Karina, et al: *U.S. Central Americans. Reconstructing Memories, Struggles, and Communities of Resistance*. Tucson: University of Arizona Press, 2017.

Arias, Arturo: "Centroamericanidades: Imaginative Reformulation and New Configurations of Central

Americanness," *Studies in 20th & 21st Century Literature*. Vol. 37: Iss. 2, Article 2 (2013): <http://dx.doi.org/10.4148/2334-4415.1802>

--- "Central American-Americans: Invisibility, Power and Representation in the US Latino World." *Latino Studies* 1, no. 1: 168-87, 2003

Baker-Cristales, Beth. *Salvadoran Migration to Southern California. Redefining El Hermano Lejano*.

Gainesville, FL.: 2004.

Bayertz, Kurt. "Four Uses of Solidarity," in *Solidarity*, ed. Kurt Bayertz. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, 1999

Benjamin, Walter *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal, 2005.

Beverly, John. *Testimonio: On the Politics of Truth*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2004.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Chinchilla, Norma. "Ambiguous Identities: Central Americans in Southern California," Chicano/Latino Research Center Working Paper, U.C. Santa Cruz, Spring 1997.

Durkheim, Emile. *The Division of Labor in Society*. New York: Red Globe Press, 2013.

Esposito, Roberto. *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

García, Mario T. *Father Luis Olivares, a Biography: Faith, Politics, and the Origins of the Sanctuary Movement in Los Angeles*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2018.

Hamilton, Nora and Norma Stoltz Chinchilla. *Seeking Community in a Global City: Guatemalans and Salvadorans in Los Angeles*. Philadelphia: Temple University Press, 2001.

Hubbard, Phil, et al. *Thinking Geographically. Space, Theory and Contemporary Human Geography*. New York: Continuum, 2002.

Kim, Katherine Cowy, et al. *Izote vos: A Collection of Central American Writing and Visual Art*. San Francisco: Pacific News Service, 2000.

Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros, 2013.

Lyotard, Jean-Francois. *The Differend: Phrases in Dispute*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2007.

Menjívar, Cecilia. *Fragmented Ties: Salvadoran Immigrant Networks in America*. Berkeley, CA: University of California Press, 2000.

Milian, Claudia. "Central American–Americanness, Latino/a Studies, and the Global South." In "The Global South and World Dis/Order," special issue, *Global South* 5, no. 1 (2011): 137–52.

Nancy, Jean-Luc. *La comunidad inoperante*. Chile: Lom Ediciones, 2000.

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Rancière, Jacques, et al. *Disenso: Ensayos Sobre Estética y Política*. México: Fondo De Cultura Económica, 2019.

Rodríguez, AnaPatricia. "Mozote Homeland: Diasporic Memories of the Salvadoran Civil War in Testimonial and Filmic Narratives," *Istmo*: no. 13 (julio-diciembre) (2006): <http://istmo.denison.edu/n13/articulos/mozote.html>

--- "Second Hand Identities: The Autoethnographic Performances of Quique Avilés and Leticia Hernández-Linares," *Istmo*: no. 8: (enero-junio): <http://istmo.denison.edu/n08/articulos/second.html>

Roque Baldovinos, Ricardo. "La literatura testimonial desde El Salvador." *ECA*. 624 (2000): 1040-1047.

Skłodowska, Elzbieta. Testimonio Hispanoamericano. Historia, Teoría, Poética. New York: Peter Lang, 1991.

Soja, Edward W.. *Seeking Spatial Justice*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2010.

Tönnies, Ferdinand. *Community and Civil Society*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

Memoria y ficción en los documentales de memoria sobre El Salvador

...hacia esa región en que el ayer se vuelve el todavía

José Emilio Pacheco

Ricardo Roque Baldovinos

Universidad Centroamericana José Simeón Cañas

I. La execración de los Acuerdos de Paz

El gesto de execración de los Acuerdos de Paz que el presidente Nayib Bukele protagonizó el 17 de diciembre de 2020 en un acto de conmemoración de la masacre de El Mozote no fue un simple exabrupto (Diario 1). Antes bien, esbozó una nueva lectura de la historia para su proyecto de refundación nacional. Al aseverar que no sólo los Acuerdos de Paz sino la “guerra” fueron una farsa, el presidente reintroducía una narrativa de larga data. Con ello demuestra que, en realidad, su proyecto no es neoliberal, como suelen afirmar sus detractores de izquierda, sino antiliberal y conecta con una tradición protagónica de nuestro siglo XX: la modernización autoritaria. En este esfuerzo, es que se inserta el retorno del protagonismo político del ejército. Desde esta visión, el largo conflicto político-militar que arrancó desde la década de 1970 y que habría intentado construir un nuevo orden social en la fase que se abre a partir de los Acuerdos de Paz sería una desviación innecesaria de la senda de modernización¹. Así lo confirma el discurso de toma de posesión del presidente: “El Salvador aún puede

1 Utilizo para definir el período histórico que enmarca el conflicto armado y los Acuerdos de Paz, el concepto de “conflicto político-militar” propuesto por Carlos Lara Martínez. Según este autor, este comprendería el esfuerzo por construir un proyecto político popular y abarcaría desde el inicio de los movimientos revolucionarios de la década de 1970 hasta el colapso electoral del FMLN en 2019 (Lara Martínez 2020).

ser el líder en la pujanza e innovación de Centroamérica, como lo fue en algún tiempo, tiempo que ya perdimos” (El mundo).

Ahora bien, para contrarrestar esta narrativa del nuevo autoritarismo, no basta el gesto opuesto de resacralizar los Acuerdos de Paz. No debemos olvidar que el régimen postconflicto armado² que los siguió, si bien desterró la violencia política y puso los cimientos de un sistema democrático asentado en un estado de derecho, implementó el proyecto neoliberal en toda su crudeza, que apenas compensó con un juego democrático de baja intensidad. Este último no pudo superar el lastre de una cultura política autoritaria firmemente arraigada, y con limitadas políticas sociales financiadas, en buena parte, por la cooperación internacional. Se legó así una inercia que ni los dos períodos presidenciales del FMLN lograron detener y que, al cabo de dos décadas, arrastró al país hacia el vórtice de violencia social, caravanas de migrantes y judicialización de la política que acabó por hacer estallar dicho régimen postconflicto armado.

Insistir en la oficialización de efemérides de los Acuerdos de Paz a través de la erección de monumentos o la diseminación de la narrativa de la reconciliación nacional, sólo disipa el contenido utópico del pasado y genera las resistencias que fortalecen la cultura autoritaria. El escritor austríaco Robert Musil nos recuerda que nada es más invisible que los monumentos (Anderson 1998: 46), pues toda verdad histórica impuesta desde arriba acaba por trivializarse, por fundirse con el paisaje de lo dado. Quizá por esa razón el exabrupto presidencial que mencionamos al principio no recibió ningún castigo político, por el contrario, abonó a la victoria contundente de su alianza en las recientes elecciones del 28 de febrero de 2021.

En definitiva, monumentos y esfuerzos por institucionalizar una narrativa de la reconciliación en los programas de estudio escolares no sólo han demostrado ser impotentes para resistir a la

2 Por mi parte propongo el concepto de régimen postconflicto armado, para referirme a la configuración política que surgió de los Acuerdos de Paz, que instauró un régimen representativo competitivo cuyos principales protagonistas fueron los partidos Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) y el FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional), la antigua alianza guerrillera transfigurada en partido político legal.

espiral de regresión autoritaria que hoy amenaza al país, sino que además han sido cómplices de falsear la historia, de convertir al pasado en apología del presente. Un rápido vistazo a los rituales y monumentos oficiales muestra cómo cancelan el potencial de emancipación del pasado. Prestamos atención al llamado Parque Escultórico a la Reconciliación Nacional, que se inauguró en los últimos años del gobierno de Sánchez Cerén y que Bukele ordenó destruir durante los primeros meses de la pandemia, alegando que era “horrible”, amenaza que todavía no ha cumplido (Contrapunto). Es cierto que los desplantes iconoclastas del presidente abonan al olvido que reclama su idealización de la modernización autoritaria. Sin embargo, no podemos pasar por alto que la narrativa implícita en dicho monumento es también parte de esa amnesia. Un trabajo recientemente publicado por Eduardo Maciel da algunas pistas de ello (Maciel 2020). El Parque contiene las figuras modeladas en bronce de un soldado y una guerrillera que reciben un ramo de una bandada de palomas de la paz. Tras ellos, una mujer desnuda de fibra de vidrio teñida de verde y de tamaño colosal señala con el índice de mano izquierda el camino hacia adelante. Dejando de lado cualquier juicio estético sobre el concepto y la ejecución de estas obras, vemos que éstas confirman una visión del pasado que borra las promesas y esperanzas incumplidas de décadas de luchas sociales y los grandes sacrificios de quienes se comprometieron con ellas. Es una nueva versión del mandato de ver hacia adelante y dejar atrás el pasado que había sido el discurso de la memoria durante los regímenes de ARENA, con el agravante de restringir el protagonismo del proceso histórico a los actores bélicos.

La narrativa promovida por el régimen posconflicto armado ha sido pues la de la reconciliación forzada, pero al igual que la del nuevo autoritarismo es otra celebración de la modernización. Circunscribe el período del conflicto político-militar a su momento más álgido y catastrófico y eleva a los Acuerdos de Paz a la panacea desde la que se relanza la modernización, parcialmente suspendida por el enfrentamiento entre hermanos.

Desde el punto de vista de la crítica de Walter Benjamin a la historia, las dos narrativas antes esbozadas, la del régimen posconflicto armado y la del nuevo autoritarismo serían una celebración de la marcha triunfal de los poderosos (Benjamin 1973). Ambas plantean el presente como el único resultado posible y congelan el pasado para ponerlo a disposición de los vencedores. Benjamin se distingue de otros pensadores de inspiración marxista por su persistente sospecha al progreso. Pretender que existe un movimiento histórico en línea ascendente hasta estado de plenitud es la estrategia de los vencedores (Tiedemann). Pues, según Benjamin, si hay un movimiento inexorable en la historia es la catástrofe permanente del avance destructor del capitalismo (Benjamin, 1988a). Por el contrario, la práctica historiográfica de Benjamin apuesta por los momentos de quiebre de este pretendido ascenso lineal. Solo así se puede devolver al progreso su pleno contenido teológico de redención que la modernidad sustrajo al cristianismo. La redención no se planteaba entonces como la acumulación ilimitada de bienestar material sino como la trascendencia a un estado cualitativamente distinto que, en términos seculares, podría traducirse como el final de la dominación y el despliegue de las potencialidades humanas coaccionadas por un orden social destructivo e injusto (Tiedemann). Percibir estos momentos de ruptura en que se entrevé un mundo distinto supone reconocer que la emancipación no está en la continuidad de la línea del progreso, sino en lo intempestivo de esos quiebres. La memoria es una de las formas que toma dicha intempestividad.

Frente a la monumentalización del pasado de las narrativas dominantes, se vuelve necesario indagar en una dirección distinta a las actuales batallas de la memoria entre el régimen postconflicto armado y el nuevo autoritarismo. Se necesita una memoria que no simplemente traduzca el pasado a los usos ideológicos del presente, sino que reviva los atisbos de futuro, de protagonismo popular libre de dominación, que sólo desde una lectura crítica del presente y de sus peligros se logra evidenciar. Maciel contrasta el Parque Escultórico a la Reconciliación con el Monumento a las víctimas de conflicto armado del Parque Cuscatlán. Este espacio arquitectónico,

erigido sin apoyo oficial, da nombre a protagonistas olvidados, permite el reconocimiento de su lucha y ofrece un espacio de recogimiento a los deudos. Este mismo autor realiza al presente un estudio que recorre una serie de esfuerzos de recordar el pasado del conflicto político-militar en la creación de nuevos espacios públicos y realizar rituales que han surgido como iniciativa de comunidades y que van más allá de la narrativa de la reconciliación.

En el presente trabajo, exploramos otra práctica de memoria: el cine documental. Esta producción fílmica aborda explícitamente el dilema de la memoria del conflicto político-militar. Su poder para reconfigurar el pasado con un nuevo tratamiento de sus signos visibles y auditivos propone una visión distinta, comprometida con la elaboración de un nuevo tejido socio histórico (Espinoza Lolás). Contrario a lo que indica su nombre, el documental no nos interesa como registro más o menos fiel del pasado. Jacques Rancière (Rancière 2001), de hecho, se muestra sumamente escéptico de la función meramente informativa de dicha forma cinematográfica:

“Existe la creencia de que donde abunda la información hay superabundancia de memoria. Sin embargo, el presente nos demuestra que esto no es así en absoluto. La información no es memoria. No acumula para la memoria, sólo trabaja en beneficio propio. Y su beneficio está en que todo se olvide de inmediato para afirmar así la verdad única y abstracta del presente y afirmarse luego ella misma en su poder como el único adecuado a esa verdad. Cuanto más abundan los hechos, más se impone el sentimiento de su igualdad indiferenciada” (Rancière 2001, p. 182)

Esta crítica a la información tiene resonancias con la que lleva a cabo Walter Benjamin en su ensayo “El narrador”, en el cual propone que la información es uno de los dispositivos de la atrofia moderna de la experiencia (Benjamin, 1998). El auge moderno del saber reificado de la información sería la causa de las dificultades de transmitir la experiencia del pasado como saber y del debilitamiento de los lazos comunitarios.

Por dicha razón, es importante resaltar que el trabajo de memoria del cine documental reclama una actitud distinta frente al material histórico. Según Rancière, “[l]a memoria debe constituirse, pues, contra la superabundancia de informaciones tanto como contra su ausencia. Debe construirse como vínculo entre datos, entre testimonios de hechos y rastros de acciones [...] la memoria es obra de ficción” (Rancière, 2001, p. 182).

Se vuelve así necesario recuperar el carácter de ficcional que propone Rancière para el documental pues, en un sentido etimológico, ficción no significa “fingir” sino “forjar” (Rancière, 2009). Y la labor constructiva y creativa del documentalista en este sentido no es inferior a la del cine que nos presenta historias inventadas:

“La ficción es construcción, por medios artísticos, de un ‘sistema’ de acciones representadas, de formas ensambladas, de signos que se responden. La película ‘documental’ no es lo contrario de una ‘película de ficción’ porque nos muestre imágenes captadas en la realidad cotidiana o documentos de archivo sobre acontecimientos verificados en lugar de emplear actores para interpretar una historia inventada. Simplemente, para ésta la realidad no es un efecto que producir, sino un dato que comprender. El filme documental puede entonces aislar el trabajo artístico de la ficción disociándolo de eso a lo que se acostumbra asimilar: la producción imaginaria de verosimilitudes y efectos de realidad. Puede reducirlo a su esencia: un modo de descomponer una historia en secuencias o montar planos en forma de historia, de unir voces y cuerpos, sonidos e imágenes, de dilatar o comprimir el tiempo” (Rancière 2001: 182-183)

Retomando esta idea del poder reconfigurativo del lenguaje cinematográfico, el documental de memoria no se limita a representar el pasado en signos visuales y sonoros, sino que lleva a cabo una sofisticada operación de estos signos para proponer nuevas maneras de pensarlo. Para Rancière, el documental opera un disenso, pues recompone y propone nuevos sentidos para la afloración intempestiva del pasado, pero también porque se

enfrenta al consenso, al desgarrar el velo de lo evidente, de lo que nos ha sido impuesto como dado y existente.

Para efectos del presente trabajo, centraremos nuestro análisis en tres documentales producidos en la década recién pasada que abordan explícitamente el problema de la memoria en El Salvador: *El lugar más pequeño* (2011) de Tatiana Huevo; *Los ofendidos* (2016) de Marcela Zamora; y *La batalla del volcán* (2018) de Julio López Fernández. No son los únicos documentales que tocan dicha temática, pero son los que mejor ayudan a mostrar el poder de lo intempestivo. Aclaro que explicaremos estos filmes ni como narrativas cerradas ni en sucesión cronológica. Antes bien, nos limitaremos a mostrar cómo el trabajo disensual de algunas de sus secuencias permite recuperar el pasado en sus momentos más impregnados de utopía y, como dice Bruno Tackels a propósito de Walter Benjamin, restituirles su fuerza ahogada por el discurso de los vencedores y, de esta manera, “vibrar con un timbre hasta ahora no oído” (Tackels, 2001, p. 125).

II. La pregunta por el pasado

Los ofendidos de Marcela Zamora tiene el mérito de poner en escena el desencuentro generacional sobre el pasado. Este ocurre entre la propia cineasta y su padre, Rubén Zamora, el respetado político de orientación socialcristiana, protagonista de la vida política nacional desde la década de 1970. La hija visita al padre quien, en la tranquilidad de su hogar en las afueras de la capital, continúa dedicado a estudiar el acontecer político. Le pide que narre un episodio de tortura que este sufrió de manos de la policía política de los regímenes militares durante los primeros años de su carrera. Este suceso había sido un secreto en la historia de la familia y sólo le habría sido revelado por la madre poco antes de que esta falleciera. El padre se muestra evasivo e insiste en dar su visión de gran relato de la historia nacional y en relativizar su experiencia personal de tortura. Llega incluso a referirse con sentido del humor a un episodio de su vivencia, cuando la ventana del centro de detención que el

viento entreabre y vuelve a cerrar y le da apenas unos instantes una vista del mundo exterior del que había permanecido separado por varias semanas. Ante la insistencia de su hija, Rubén Zamora asevera que, desde su perspectiva de compromiso por el cambio social y su fe católica, el padecimiento propio no se compara al enorme sufrimiento y las pérdidas de otros.

Por el relato con voz *en off* de la cineasta, sabemos que ella intenta hacer sentido de la tortura como un eslabón faltante de una historia familiar y personal de pérdida y desarraigo, pero también como una muestra del extremo de crueldad que pervive en la violencia social del presente. Considera vital documentar el episodio de la tortura pues allí radica la clave de algo no resuelto en la vida del país. En uno de los diálogos que sostiene con el padre, esta afirma ser crítico de la fase que se abre después de los Acuerdos de Paz y, en especial, del proceso de amnistía, una “amnistía sin verdad”, que a su entender imposibilita una verdadera reconciliación. Pero el tenor de su intervención deriva siempre hacia esa visión colectiva, que relativiza y pone en un segundo plano la dimensión afectiva de la familia. Estas conversaciones se ponen en contrapunto con el metraje histórico de momentos dramáticos del conflicto político-militar y con el ambiente acogedor de la casa familiar, que se muestra en recorridos por el jardín y por habitaciones llenas de libros, en las que el padre lee y escucha música, mientras se mantiene activo intelectual y políticamente.

La reticencia del padre a hablar sobre su propia experiencia de tortura lleva a la cineasta a buscar testimonios de otros torturados y hasta de un torturador. La tortura y las detenciones ilegales han adquirido finalmente centralidad en escena pública del país, en el contexto del proceso de deportación desde los Estados Unidos del General Eugenio Vides Casanova, director de la Guardia Nacional y Ministro de Defensa en los años más álgidos del conflicto armado. En esta parte, el documental combina el metraje histórico del conflicto armado, testimonios de torturados sobrevivientes, el testimonio de un torturador, tomas de las protestas en el aeropuerto al momento del retorno de Vides Casanova y recorridos en el presente por los

edificios donde habrían ocurrido las detenciones ilegales y las torturas. La reconstrucción del espacio de mano de los testimonios permite a la cineasta que el espectador establezca una conexión casi táctil, corporal, con esa experiencia y dimensione su horror. Este recurso es especialmente poderoso en el testimonio del torturador que, con el rostro cubierto con un velo, dibuja con tiza en el suelo de un lugar indeterminado el plano de las celdas en que se encerraba a los detenidos y reconstruye con sus ademanes cómo se manipulaba sus cuerpos.

El filme busca también conectar al espectador con la experiencia de los torturados a través en una serie de planos de los antiguos centros de detención. En estos, se contrasta la locuacidad de la voz *en off* de los testigos con la mudez de los vestigios de los antiguos escenarios de la tortura, que al presente acogen la cotidianidad banal de las fuerzas armadas depuradas tras los Acuerdos de Paz. Así, el recorrido con Steadycam por las antiguas instalaciones de la Policía de Hacienda, el más temido de los cuerpos de la policía política, muestra la actual sede de la Fuerza Naval, totalmente remodelado y de apariencia inofensiva, donde hombres en uniforme de servicio o en atuendos deportivos se desplazan sin prestar apenas atención a la cámara.

Este contraste entre la intensidad de los testimonios y la indiferencia del entorno es el que plasma la secuencia más impactante del filme. Esta tiene por protagonista a Neris, una antigua catequista, que a los 18 años fue capturada en estado de gravidez. Se le abandonó por muerta en un botadero de cadáveres que proliferaron por esos tiempos. A su lado, yacía el feto de su hijo. En una de las tomas de la protesta que recibe al General Vides Casanova en el aeropuerto, vemos a Neris. Sobresale entre quienes le gritan “asesino”, “torturador” al militar. Ahora bien, la secuencia a la que nos referimos, ocurre al final del documental. El equipo de filmación acompaña a Neris en un recorrido por la ciudad de San Vicente. Se muestra la Iglesia del Pilar, vestigio colonial y punto de atracción turística, pero que, para Neris, habría sido escenario de masacres y desapariciones. Desde allí intenta ubicar el lugar en que

estuvo la Comandancia de la Guardia Nacional, donde permaneció detenida y fue torturada, e invita al equipo de filmación a que la siga. Pasa por un mercado callejero. Algunos vendedores la saludan con cortesía y atienden sus preguntas para lograr identificar mejor la ubicación actual de la antigua Comandancia. Neris exclama ante uno de los comerciantes que ese fue el lugar en que la torturaron. El hombre le sonrío, le señala unos edificios, pero evade cualquier comentario o reacción ante el tema de la tortura.

Finalmente, Neris se encuentra frente a las instalaciones que actualmente ocupan la “Oficina de Reclutamiento y Reserva” de las Fuerzas Armadas de El Salvador. Custodia la entrada un soldado armado con un fusil de asalto. Este la atiende con amabilidad y le aclara que debe consultar con su superior si puede permitirles ingresar a las instalaciones. Sorprendentemente obtienen el permiso. Neris recorre entonces el lugar y va señalando los puntos exactos en que ocurrieron las torturas. Algunos de estos espacios tienen hoy usos aparentemente triviales, otros son meras ruinas sin el menor rastro de su siniestro pasado. Neris prosigue su relato con una voz cada vez más alterada, la respiración se le vuelve entrecortada y comienza a sentir la comezón en el cuerpo que le sobreviene cuando revive el recuerdo de las torturas que sufrió. Se aleja en dirección a un patio sombreado por unos árboles frondosos, su cuerpo se va volviendo más pequeño en el encuadre, aunque podemos seguir oyendo con claridad su respiración agitada y su voz que se quiebra.

La secuencia es poderosa pues nos expone al choque del recuerdo que revive la experiencia traumática de la víctima con la indiferencia de sus conciudadanos. Expone la amenaza del olvido en el silencio del mundo frente al cuerpo que porta la memoria fragilizada por el trauma y el paso implacable del tiempo. La cineasta logra de esta forma darle consistencia plástica al peligro de olvido que acecha a la sociedad salvadoreña al negar su pasado. Es el pasado que no logra irrumpir en el presente y torcer su curso.

III. Los lugares que hablan

Esta urgencia por contrarrestar el olvido volviendo locuaz el mutismo obstinado de los lugares opera de manera sistemática en *La batalla del volcán*, de Julio López Fernández. Es el recurso que vertebra la arquitectura de su narración. Es cierto que el título del documental sugiere algo distinto: la reconstrucción de una operación militar de gran envergadura. Las primeras secuencias prepararan este escenario épico con vistas aéreas del valle de San Salvador y el metraje, en parte inédito, del corresponsal mexicano Epigmenio Ibarra. El sentido de este material que funciona como plano de ubicación es reforzado por los textos superpuestos a la imagen: “San Salvador, 1989”; “Esta operación se conoce como Ofensiva hasta el tope y del principal campo de batalla fue la capital San Salvador”; “Fue la última gran batalla de la guerra civil...”; “... y la que cambió para siempre el destino del país”.

La narración propiamente dicha inicia con un plano secuencia en que se sigue a un grupo de hombres de mediana edad, con los cabellos encanecidos y con sobrepeso. Entre ellos destaca Harald, antiguo capitán de la Brigada de Reacción Inmediata Atlacátl, grupo de élite del ejército salvadoreño entrenado por los Estados Unidos. Harald bromea con otro grupo de hombres que se identifican luego como ex-combatientes de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL), una de las cinco organizaciones guerrilleras que conformaron el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Harald extiende un mapa de San Salvador y aclara que es de los que usaba el Estado Mayor y no de los que se usaban en el campo de batalla. Explica sobre el plano los distintos desplazamientos sobre el terreno. Uno de los ex guerrilleros lleva una camiseta con un estampado de Dimas Rodríguez, comandante de la operación del FMLN desde el volcán, caído en combate hacia el final de la ofensiva. Sucede el metraje histórico en que aparece el propio Dimas Rodríguez que explica la operación a unos periodistas. Es material que se insertó en los espacios noticiosos televisivos que cubrían la ofensiva.

Estas secuencias parecen apuntalar la impresión de que el documental reconstruirá la ofensiva desde una mirada de estrategia militar. Sin embargo, el filme no tarda en cambiar de dirección y su énfasis recae, en lo sucesivo, en narrar historias de combatientes de ambos bandos atrapados en el laberinto urbano de San Salvador. Lo épico se disgrega a partir de entonces en estas microhistorias que, a la larga, son las que le dan mayor fuerza y elocuencia al filme y en las que elabora su fino tratamiento de lo intempestivo en el plano del espacio.

Vale la pena detenerse en la compleja elaboración de estas historias y prestar atención a los elementos que el cineasta convoca para hacerlo: el metraje histórico, el recorrido de esos escenarios en el presente y, por supuesto, los testimonios de una amplia gama de protagonistas de los sucesos. Se presenta así el contraste entre la ciudad del pasado, en peligro de colapso por los encarnizados combates; y la ciudad del presente, un laberinto de muros y pasajes cerrados. Los protagonistas actúan como guías del cineasta que le permiten reconstruir este ir y venir a través del tiempo. Vale la pena entonces destacar este juego en las historias que se tejen alrededor de los antiguos combatientes, tanto guerrilleros como soldados, cuyos testimonios se nos entrega a modo de contrapunto.

En primer lugar, encontramos la historia de María, antigua combatiente de la guerrilla que cae herida en la ofensiva. En un primer momento, vemos a un hombre y una mujer de mediana edad que recorren un pasaje de una colonia de las afueras de San Salvador. Reconstruyen el lugar en que la segunda fue herida y donde murieron algunos de sus compañeros. La mujer se identifica por su nombre de guerra y afiliación política: María, antigua combatiente de la RN (Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional, conocidas también por las siglas FARN). María relata pero también pone en escena con sus ademanes los movimientos de su grupo y el incidente de su herida. Se pasea entre una zona de viviendas pequeñas y pasajes estrechos, que exhibe algunos signos de modesta prosperidad, como carros relativamente nuevos que dificultan la circulación, pues ya no caben en cocheras que fueron diseñadas para un sólo vehículo.

María habla de sus vivencias permitiéndose incluso algún dejo de ironía. Asevera que no tenía experiencia alguna de combate, que era sólo “pura ideología”. Señala entonces la casa donde habitaba la madre de familia que la auxilió después de resultar herida y que le facilitó la vestimenta que le permitió hacerse pasar por civil y ser evacuada por los cuerpos de socorro. Hacia el final del documental, María visita a esa mujer, que se presenta como Ana. Habita una casa más grande, bien amueblada y cuidadosamente decorada. Se saludan efusivamente. María agradece los cuidados que le dieron aún a riesgo de su vida y pide perdón por los apuros que le hizo pasar a ella y a sus hijas. Se disculpa en nombre propio y de sus compañeros. En una escena cargada de emotividad, Ana acepta las disculpas y afirma “aquí estamos”. Se abrazan entre sollozos.

La segunda historia que examinaremos es la de dos ex guerrilleros, que se identifican por sus alias, El Choco y Oto. Estos personajes aparecen en el metraje histórico cuando eran casi adolescentes y tomaban parte en operaciones de combate, en una zona de viviendas en construcción en la parte norte de San Salvador. El Choco y Oto recorren esa misma zona en el presente. Es completamente irreconocible. Entran a una casa amplia y con un hermoso jardín. Saltamos de nuevo al metraje histórico. Estamos en el mismo inmueble, pero se encuentra a medio construir y sirve de resguardo a unidades de la guerrilla que penetran la ciudad en los primeros días de la ofensiva. Inmediatamente después volvemos a la casa del presente, los ex combatientes recuerdan episodios de la ofensiva y se ríen de su juvenil ingenuidad, cuando estaban convencidos de que la victoria final estaba a la vuelta de la esquina. Se suceden inmediatamente después tomas de dirigentes guerrilleros en la ofensiva, hablan con periodistas y reiteran tópicos como los de una “victoria popular inminente”. En otra toma histórica, se nos presenta esta vez a un soldado que repite la letanía del otro bando: la inminente derrota de los “delincuentes terroristas”. Un falsete involuntario delata la tensión y el miedo que sufre. Más adelante en el documental, Oto y El Choco se encuentran en el presente con Rosalina, la residente de un apartamento modesto del complejo de multifamiliares de la Zacamil, no muy alejado del escenario que

recorrimos al comienzo. Se nos vuelven a mostrar otras tomas históricas en que los dos protagonistas participan en combates en ese nuevo lugar. Al salir de la casa de Rosalina, los dos exguerrilleros buscan en el patio del complejo habitacional un monumento a los compañeros caídos en la ofensiva. Lo localizan, pero está despintado y sin la placa de bronce con la que se dedicó algunos años atrás. “Ya se la clavaron [robaron]”, apunta Oto en tono burlón.

Finalmente, resaltamos una tercera historia, la del testificante que se identifica como El Barón, antiguo agente de la Policía Nacional que participó también en los combates más encarnizados de la ofensiva. En un pasaje de una colonia del oeste del área metropolitana, revive los episodios del día en que vio caer tanto a compañeros como a enemigos. Del cuerpo de un guerrillero, habría recogido una pequeña libreta y un lapicero. La libreta contenía unos poemas de amor. Inmediatamente después de la firma de los Acuerdos de Paz, cuenta El Barón que se dirigió a un lugar apartado donde deshojó esa libreta y dejó que sus páginas se las llevara el viento, en un personal homenaje al enemigo muerto. Se lamenta después del abandono sufrido por los combatientes y de cómo se ha dejado cada quien cargar con sus heridas. Afirma que ha tratado de hablar de eso a sus hijos, pero “no encuentra palabras”.

Si alguien se propone encontrar en la desbordada violencia de la “Ofensiva hasta el tope” una clave para comprender la violencia social del presente, lo que entrega *La batalla del volcán* es algo muy distinto. Es la experiencia de un primer acercamiento al reconocimiento del otro, no su negación. El salto del presente al pasado que realizan los personajes al regresar a los antiguos escenarios de combate permiten a los antiguos combatientes distanciarse del personaje épico, guerrillero o soldado, que les había proporcionado su propio bando y que ellos habían construido para sí mismos. Tenemos así al antiguo policía que habla de la carta de amor que encontró en el equipaje del guerrillero abatido y a la antigua guerrillera que se disculpa ante los civiles que padecieron la angustia del intercambio de fuego. El filme desentraña así una humanidad común que se sobrepone al “sectarismo” de los bandos.

A esta conclusión es a la que llegan explícitamente Harald y los exguerrilleros de las primeras secuencias. En la última secuencia del documental, continúan su charla ante el antiguo escenario que los había puesto cara a cara en la línea de fuego. “Jamás nos íbamos a imaginar que estaríamos aquí con el enemigo, como amigos de toda la vida”, asevera uno de los exguerrilleros. La guerra, afirma Harald, crea una hermandad, la de las trincheras, la del sufrimiento que no conoce bandos. Y ellos, afirma, son el ejemplo para la sociedad de que una reconciliación es posible. Los personajes se retiran en un plano general de la esquina de Mejicanos en que comenzó el documental. Pasan frente a un pasaje cerrado, cuyos custodios los observan con algo de curiosidad. Harald y sus antiguos enemigos se alejan. Sus cuerpos se enpequeñecen en el encuadre pero el volumen de sus voces se mantiene. Los escuchamos conversar sobre temas triviales e intercambian bromas.

El documental se estrenó con gran suceso en salas de cine, se transmitió luego por televisión de señal abierta y se encuentra en el presente disponible en alquiler en la plataforma digital Vimeo. Su buena acogida se debió porque plantea al público la ocasión de hablar, a establecer precisamente ese vínculo existencial entre la historia petrificada de los monumentos y las vivencias personales, y de establecer un diálogo intergeneracional sobre el pasado. Ese es sin duda uno de sus grandes aciertos.

Del intercambio presente de estas vivencias de guerra, se esboza la posibilidad de tejer experiencia, como primer paso de una comunidad futura que habría de surgir de la serenidad de tomar distancia frente a la violencia y el dogmatismo, del esfuerzo de entender el lugar del otro. Sin embargo, es importante destacar que *La batalla del volcán* tiende a reducir la memoria del conflicto político-militar a la dimensión bélica y, consecuentemente, a su momento catastrófico. El film nos ofrece así la comunidad futura de la hermandad de los excombatientes que es la hermandad de las trincheras, de la emoción y la aventura, pero también de las ilusiones traicionadas, de una ingenuidad juvenil que sólo el paso del tiempo y la llegada a la edad adulta ha podido atemperar. En el intercambio de

fuego, los distintos bandos se igualan y las trayectorias particulares que los llevaron allí se desdibujan. El componente utópico de las luchas sociales parece quedar desmentido o al menos puesto en entredicho por el reconocimiento de la intolerancia y de la mistificación dogmática de los combatientes enardecidos de ambos bandos. *La batalla del volcán* bordea, de esta forma, con una visión catastrófica de la historia reciente del El Salvador. Una visión afín la hemos explorado más a fondo en el estudio del ciclo novelesco de la familia Aragón de Horacio Castellanos Moya, allí se nos presenta el conflicto armado como el desenlace de una sucesión histórica desafortunada³. *La batalla del volcán* se muestra, sin embargo, más optimista sobre la posibilidad de revertirla.

IV. El orgullo de los sobrevivientes

Ante las limitaciones de circunscribir la memoria al conflicto armado que presenta *La batalla del volcán*, cobra sentido la insistencia de Rubén Zamora ante su hija cineasta de situar los incidentes traumáticos del pasado reciente en el panorama más amplio de las luchas históricas por la emancipación en El Salvador. De lo contrario, el esfuerzo se reduce a la sanación, en sentido estricto imposible, del trauma personal y su extensión al plano colectivo. Ahora bien, esta recuperación del pasado para el presente no debe operar sólo a nivel de los discursos del saber histórico o científico social como parece confiar Rubén Zamora. Reclama antes bien un trabajo de memoria capaz de romper con la ilusión de progreso continuo de las narrativas dominantes de la modernización, pero que teja sufrimiento personal y la construcción de una vida colectiva futura.

Este problema puede comprenderse mejor poniendo atención a la distinción que hace Walter Benjamin entre *Erlebnis*, experiencia vivida a nivel personal o vivencia, y *Erfahrung*, experiencia como saber compartido (Benjamin 1988b). La destrucción de la experiencia propia de la edad moderna consiste precisamente en esa escisión insuperable

3 Roque Baldovinos 2018.

entre las vivencias de los efectos de la historia que quedan alojados en el cuerpo y que apenas logran verbalizarse y una acumulación de información reificada que no se traduce en saber práctico, que pueda tejer vínculos comunitarios solidarios (Weber 2014).

Ahora bien, cabe preguntarse si tal memoria es posible en sociedades no tradicionales y si es, asimismo, posible conectar el sufrimiento personal con una memoria colectiva, sin caer en la trampa de reproducir la lógica sacrificial del progreso. Para responder estas interrogantes, resulta iluminador el tercer documental de la serie: *El lugar más pequeño* de Tatiana Huevo, que nos presenta cómo las vivencias traumáticas de un grupo de sobrevivientes de la violencia política afloran en el presente de la comunidad de repoblación de Cinquera, pequeño municipio del departamento de Cabañas.

En este filme, notamos otra lógica en la presentación del espacio y su relación con el tiempo respecto a los documentales antes discutidos. El documental tiene una factura sumamente elaborada que superpone en la sucesión de signos audiovisuales, las voces testimoniales, los primeros planos de los rostros de los protagonistas y el exhuberante paisaje de la región. Nos presenta un constante juego entre el pasado y el presente sin recurrir al metraje histórico y con el uso de apenas algunas desgastadas fotografías auténticas en la secuencia final. Pero lo que marca de manera más clara esa superposición entre pasado y presente es la tensión entre la imagen y el sonido. Como nota Yansi Pérez, está la escisión: “entre el presente, en el que vemos a los personajes en su cotidianidad, el día a día, la rutina de esta comunidad, y la voz *en off* que irrumpe imantada de todas las temporalidades de la historia, con los espectros del trauma, la violencia y la muerte” (Pérez, 2018, p. 125). A esto, debemos añadir el recurso a la alteración de los sonidos del ambiente para sugerir los sonidos de la guerra, como la memorable secuencia en que se visita la cueva en medio de las montañas, en que la comunidad rebelde se refugiaba para protegerse de los bombardeos. Allí el aleteo de los murciélagos se distorsiona hasta evocar el sonido de los helicópteros. Pero también el pasado se vuelve visible en las ruinas de las casas aun sin reconstruir, o en

los restos humanos y de pertrechos de guerra que se funden al lecho del bosque por el trabajo paciente de las hormigas y otros insectos.

La narración de *El lugar más pequeño* nos lleva a acompañar a un grupo de sobrevivientes que nos relatan su historia mientras realizan sus rutinas diarias. En un primer momento, narran la llegada al pueblo en ruinas y las dificultades que supuso volverlo habitable. Es una historia que conocemos a partir de los relatos y las acciones de sus sobrevivientes. Las acciones que tienen que ver con los trabajos y los días de una pequeña comunidad rural más, en la medida que la narración avanza, nos vamos adentrando paulatinamente en historias de descomunal sufrimiento y pérdida.

En el cine documental que recoge memorias traumáticas, es un recurso clásico el clímax que presenta el quiebre emocional de uno de los testigos. Lo encontramos en *Shoah* (1985), el monumental documental de Claude Lanzmann, cuando el informante checo que mantiene a lo largo de sus repetidas apariciones una fría ecuanimidad para describir los horrores que le tocó presenciar en Auschwitz-Birkenau al trabajar como auxiliar de los carceleros. Llega un momento en que no puede seguir hablando y este hombre maduro y endurecido rompe a llorar. Este recurso lo emplea Marcela Zamora en el momento más intenso de su documental cuando su padre finalmente se emociona al leer el poema de Dalton. Aparece también en la escena de reencuentro de María con su antigua protectora o cuando El Barón refiere el episodio de los poemas del enemigo en *La batalla del volcán*.

Recordemos que Brecht y Benjamin en su concepción de arte moderno, sospechaban de la identificación como momento de transparencia ideológica, del momento de empatía que anuda una historia (Benjamin, 1990). Haciendo eco de esa tradición, Tatiana Huevo elude este tipo de solución. Cuando llegamos finalmente al momento en que sus entrevistados revelan las partes más dolorosas y truculentas de sus historias, como la hace notar Yansi Pérez, los presenta con este desfase entre los primeros planos de los testimoniantes y la pista sonora donde estos nos relatan su historia.

La palabra fluye en el nivel sonoro como voz *en off*, pero en el nivel visual se nos presentan los rostros impassibles que ven directamente a la cámara. Mientras la voz se quiebra al revelarnos luego de un largo acompañamiento por su luminosa vida presente y su doloroso pasado, los rostros miran directamente a la cámara y al espectador. Son rostros que se nos presentan como retratos rembrandtianos, en claroscuro, serenos, hasta altivos, que ven directamente a la cámara. Los rostros han sido captados con una iluminación que resalta su expresividad, las marcas de una vida intensa. Hablan entonces las facciones, los pliegues de los rostros, en que ha quedado registrada la historia. Son rostros que se vuelven elocuentes pero que en lugar de reclamar nuestra compasión nos interpelan con la dignidad de su historia vivida.

El documental refuerza esta dignidad de los personajes con una visión de la vida como fuerza que se afirma pese a los padeceres humanos. Por ello, sus historias se enmarcan en un seguimiento de los ciclos de la naturaleza. Se celebra entonces un canto de la tierra cuando luego de las secuencias de mayor intensidad de los testimonios siguen las de llegada de las lluvias y el nacimiento de los animales domésticos. El canto de la tierra es una expresión que ocupa Rancière para referirse a la exaltación de la naturaleza y que hace alusión al célebre poema sinfónico del mismo nombre de Gustav Mahler, *Das Lied von der Erde*. Esta obra musical se inscribe en una tradición de evocación de la arcadia rural que atraviesa diversas culturas y épocas. Pero, en *El lugar más pequeño*, el canto de la tierra no es una apelación del retorno al origen ni una exaltación de la comunidad orgánica. No es una fuerza telúrica o mitológica que se sitúa por encima de lo humano, sino todo lo contrario. Es una reconexión de la historia con los límites del cuerpo y la tenacidad de vida. Es, por último, la celebración del tejido social comunitario con que Cinquera que nace a una vida nueva de las ruinas de su destrucción total en los primeros años del conflicto armado.

Es importante notar, sin embargo, que los protagonistas no transforman sus memorias en un saber comunitario directo o ejemplar. Hablan así desde una posición de autoridad, desde una

vida que lleva la marca en sus rostros y nos entrega su lección. Y este saber de experiencia que se puede construir una vida nueva. Pero guardan con cierto pudor las vivencias traumáticas. Yansi Pérez destaca que los testimoniados del documental mantienen una doble visión en que tras la vivencia del presente no pueden dejar de ver la “película” dolorosa del pasado:

“Uno de los personajes principales, Andrés, nos relata cómo funciona lo que él denomina ‘la pantalla de la memoria’. Él, lector voraz, que le otorga sentido a lo que ocurrió en su pueblo, a través de anécdotas que siguen la progresión histórica de los hechos, trata de explicarnos cómo se puede vivir en un tiempo que hace que el pasado y el presente coexistan” (Pérez, 2018, p. 128)

Son vidas inexorablemente dañadas, pero no son vidas atrapadas en la melancolía. El dolor se puede transformar en fuerza vital. Y ello es posible porque pueden proyectar el dolor y la muerte en el tejido comunitario y solidario del presente. Es importante resaltar que esta vida presente no es la misma de antes del conflicto armado, sino una muy diferente, donde la cooperación, la solidaridad, ha pasado a ser vida cotidiana, en la que realizan su vocación por las labores agrícolas, continúa sus deseos de instruirse por medio de la lectura, subliman sus temores y fantasmas en la pintura o disfrutan simplemente de los pequeños placeres de intercambiar bromas y comentar hechos triviales con los vecinos⁴.

En conclusión, *El lugar más pequeño* no presenta víctimas, sino sobrevivientes. No escuchamos lamentos con que conmovernos e “identificarnos” desde una posición de superioridad. Por el contrario, recibimos una lección ejemplar de verdaderos filósofos, que transmiten el resultado de una reflexión profunda que entrelaza dolor personal y triunfo colectivo. Una doble condición de vida que cargan y que no se lo sintetizan de manera fácil. Nos interpelan, como nos enseña Yansi Pérez, desde más allá del duelo, en el moroso y paciente trabajo de tejer el futuro.

4 Para entender los logros reales de algunas de estas “comunidades emergentes” consultar Lara Martínez (2019).

Ese testimonio de vida, esta experiencia, tiene el doble valor, de no ocultar el dolor de las pérdidas irrecuperables, pero también de recuperar la alegría de vivir, de celebrar la nueva colectividad ganada. Esto nos recuerdan los planos finales, en que las luciérnagas e insectos crean una atmósfera espectral, que la voz de la protagonista nos interpreta bajo el imaginario popular de las ánimas que vagan por el mundo, es decir de la convivencia entre vivos y muertos. Pero ya no son espectros que nos asedian con imágenes de un pasado terrorífico, son los espíritus tutelares que custodian el futuro de un pasado que se niega a morir.

V. Coda

Para enmendar el desplante de la conmemoración del día de los Acuerdos de Paz, el presidente Bukele propuso cambiarle el nombre a “Día de las víctimas del Conflicto Armado” (Henríquez). Esta sugerencia es, de nuevo, algo más que simple ocurrencia. Es emblemática del lugar que el nuevo autoritarismo asigna al sujeto popular. La pasividad de la víctima es el correlato de una concepción que niega la agencia histórica de los sectores subalternos y demoniza las luchas populares. Al nuevo régimen que restaura, entre otras cosas, el protagonismo del ejército en la vida política, le resulta imposible integrar a su narrativa histórica los momentos utópicos de lucha por la justicia y la igualdad. Espera más bien culminar el proceso de desmovilización popular iniciado por el régimen postconflicto armado al convertir al pueblo en las clientelas que reciben con gratitud sumisa las dádivas que les concede un poder omnímodo y condescendiente.

Frente a esta victimología del discurso oficial, se erige entonces la memoria de los sobrevivientes, quienes vienen ante nosotros con la autoridad de la experiencia como saber de vida, que traen el presente los sueños de libertad. No debemos olvidar, sin embargo, que el anticipo utópico de casos como el de Cinquera es un microcosmos, es el lugar más pequeño. Algo que no viven los entrevistados de Julio López Fernández en el San Salvador fragmentado y de vida pública

degradada que siguió a los Acuerdos Paz. Pero es importante no olvidar que la construcción del futuro involucra, no el olvido de un pasado doloroso o su contención terapéutica. Reclama más bien una apuesta política de recuperar el pasado del conflicto político militar como dolor y pérdida, pero sobre todo con toda la fuerza intempestiva de sueños aún por realizar.

Referencias

1. Bibliografía

Anderson, Benedict: *The Spectre of Comparisons: Nationalism, South Asia and the World*. Londres y Nueva York: Verso, 1998.

Benjamin, Walter: “Tesis de filosofía de la historia”, en *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus, pp. 175-194, 1973.

----- “El surrealismo. La última instantánea de la inteligencia europea”, en *Imaginación y sociedad, Iluminaciones I*. Madrid: Taurus, pp. 41-64, 1988a.

----- “Sobre algunos motivos de Baudelaire”, en *Poesía y capitalismo, Iluminaciones II*, Madrid: Taurus, 1988, pp. 121-170, 1988b.

----- *Tentativas sobre Brecht, Iluminaciones III*. Madrid: Taurus, 1990.

----- “El narrador”, en *Para una crítica de la violencia y otros ensayos, Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus, 1998, pp. 111-134, 1998.

Contrapunto: Bukele ordena demoler Monumento a la Reconciliación. *Diario Digital Contrapunto*, 5 de junio. Recuperado de: <https://www.contrapunto.com.sv/politica/gobierno/bukele-ordena-demoler-monumento-a-la-reconciliacion/14059>, 2020.

El mundo: Este fue el discurso de Nayib Bukele en la toma de posesión, *El mundo*, 1 de junio. Recuperado de: <https://diario.>

elmundo.sv/este-fue-el-discurso-de-nayib-bukele-en-la-toma-de-posesion/, 2019.

Espinoza Lolas, R.: *NosOtros, manual para disolver el capitalismo*. Morata: Madrid, 2019.

Henríquez, A.: Bukele: El 16 de enero será ahora ‘El día de las Víctimas del Conflicto Armado’. *La prensa gráfica*, 16 de enero. Disponible en: <https://www.laprensagrafica.com/elsalvador/Bukele-El-16-de-enero-ahora-sera-el-Dia-de-las-Victimas-del-Conflicto-Armado--20210116-0035.html>, 2021.

Lara Martínez: Memoria histórica y cambio sociocultural: la investigación sobre las comunidades emergentes. *Realidad, revista de ciencias sociales y humanidades*, No. 153, enero-junio, pp. 123-134, 2019.

----- Reflexiones metodológicas para el estudio de la transformación sociocultural. *Revista Humanidades*, ues, 2018

Maciel, E.: “Recordando desde enero o mayo. Memoria y olvido en El Salvador a partir del estudio estético de dos monumentos de la posguerra”, *Realidad, revista de ciencias sociales y humanidades*, 156, julio-diciembre, (en prensa), 2020.

Perez, Yansi: *Más allá del duelo, otras formas de imaginar, sentir y pensar la memoria en Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores, 2018.

Rancière, J.: *La fábula cinematográfica. Reflexiones sobre la ficción en el cine*, Barcelona, Paidós, 2001.

----- “Contemporary Art and the Politics of Aesthetics”, en Hinderliter, B et al (eds.) *Communities of Sense, rethinking Aesthetics and Politicis*, Duke U. Press, 2009.

Roque Baldovinos, R.: “Un duelo por la historia: la saga de la familia Aragón” en Magdalena,

Perkowska y Oswaldo Zavala, *Tiranas ficciones: poética y política de la escritura en la obra de Horacio Castellanos Moya*. Pittsburgh: Instituto

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

Internacional de Literatura Iberoamericana, pp. 39-59, 2018.

Tackels, Bruno: *Petite introduction à Walter Benjamin*. Paris: L'Harmattan, 2001.

Tiedemann, Rolf: *Études sur la Philosophie de Walter Benjamin*. Arles: Actes-Sud, 1987.

Weber, Thomas: “Experiencia”, en Opat, Michael y Edmunt Wizisla (eds.), *Conceptos de Walter Benjamin*, pp. 479-325, 2014.

2. Filmografía

El lugar más pequeño (2011). Dirección: Tatiana Huevo, documental, 100 minutos. Centro de Capacitación Cinematográfica (CCC), Fondo para la producción cinematográfica de calidad (FOPROCINE), México.

Los ofendidos (2016). Dirección: Marcela Zamora, documental, 85 minutos. Kino Glaz, El Salvador-México.

La batalla del volcán (2018). Dirección: Julio López-Fernández, 93 minutos. Trípode Audiovisual, El Salvador-México.

Epílogo:

El Futuro de la Memoria en la Transformación Socio-Cultural de El Salvador

Professor Jenny Pearce.

Memoria, tiempo y justicia

Si bien la memoria evoca el pasado, esta colección de ensayos destaca lo importante que es para el futuro. Sin embargo, la experiencia y la investigación han demostrado que existen muchos obstáculos para permitir que la memoria, individual y colectiva, de masacres, asesinatos, torturas, desapariciones, desplazamientos forzados y migración, se utilice para transformar el futuro de un país a través de la ‘acción’ sobre las atrocidades del pasado. La “acción” en sí misma está profundamente cuestionada. Hay poco acuerdo en El Salvador sobre qué recuerdos “importan” o qué tipo de justicia es la adecuada. Como escribe Carlos Lara Martínez en su introducción a estos ensayos, incluso las temporalidades son cuestionadas. Tomar la década de 1970 como parte de lo que es “la guerra civil” salvadoreña, por ejemplo, da profundidad a las preguntas sobre la memoria a explorar. Sin embargo, la guerra civil de El Salvador generalmente solo se discute en términos de los eventos que sucedieron entre 1980 y los Acuerdos de Paz de 1992. Si no se incluye la década de 1970, se descartan una gran cantidad de recuerdos de dolor y muerte, pero también se pierden aspectos importantes de la historia. Fueron años vitales no solo para prepararse para el conflicto armado, que es como la vieron algunos grupos, sino también – como comenta Lara Martínez y yo también fui testigo en visitas a fines de la década de 1970 – porque se observó una movilización política generalizada, en contraposición a la movilización

armada, a favor del cambio, la cual fue salvajemente reprimida, años antes de la violenta polarización del conflicto armado mismo¹.

El conflicto armado terminó formalmente en 1992. Las preguntas que surgen de este volumen nos animan a explorar las transformaciones sociales y culturales en las casi tres décadas desde los Acuerdos de Paz. Como analiza Lara Martínez en la introducción, ha habido muchos cambios. También hay muchas continuidades. Uno de ellos es que los mismos campesinos que más sufrieron en el conflicto bélico nunca pudieron influir en la paz. Su contribución a la economía del país y su propia supervivencia, se deriva en gran parte de que sus hijos abandonan el país para buscar trabajo en los Estados Unidos y enviar remesas a casa. La agricultura campesina, vital desde el punto de vista social y ecológico para el país, no recibió el lugar que merece en el desarrollo del país, aunque muchos continúan trabajando y cuidando la tierra. Algunas comunidades campesinas, en otro tiempo muy unidas en la lucha por el cambio, se han dividido política y organizacionalmente, como relata el mismo autor con respecto a San Antonio de los Ranchos en Chalatenango. En otras partes del noreste de Chalatenango, han mantenido el legado de solidaridad, lo cual les ha permitido a algunas comunidades unirse contra los intentos de las pandillas de ingresar a ellas, por ejemplo, y protestar contra la renovada militarización².

En general, la urbanización rápida y no planificada tuvo un gran impacto social y económico en el país y si bien abrió nuevas opciones para los pobres, también creó nuevas formas de pobreza y espacios de violencia urbana y delincuencia. Mientras tanto, la economía del país se ha mantenido concentrada en

1 Había mucha participación urbana en esta década que no se ha reconocido suficiente, el movimiento de maestros y de estudiantes, por ejemplo, muy golpeado por la represión.

2 En diciembre de 2020 el ejército nacional fue enviado a Chalatenango cuando el presidente Bukele twitteó una orden acusando al FMLN y a sus alcaldes de proteger a los narcotraficantes y contrabandistas. Varios campesinos fueron agredidos y la población de Arcatao se movilizó contra las falsas acusaciones del presidente, https://elfaro.net/es/202012/el_salvador/25062/La-Fuerza-Armada-vuelve-a-perseguir-campesinos-en-Chalatenango.htm

familias de la élite, quienes después del conflicto armado cambiaron sus inversiones de la exportación agrícola a las finanzas y el comercio. Se ha calculado que ya en 2004, el capital y los activos de los ocho grupos oligárquicos del país totalizaron 17.600 millones de dólares, más de 2.000 millones de dólares por encima del PIB del país y seis veces más que el presupuesto general del gobierno³.

El hecho de no permitir que los recuerdos de las víctimas de la violencia que acompañaron las luchas por el cambio constituyan el futuro de El Salvador, preserva las continuidades con el pasado y limita los cambios sociales y culturales democratizadores que un compromiso serio con ese pasado podría posibilitar. El “pasado no es historia”⁴, la historia es parte del proceso mediante el cual los recuerdos y otras evidencias son analizados en toda su complejidad y se puede co construir una narrativa histórica transparente y compartida por académicos y otros ciudadanos. Esto asegura que todos en la sociedad tengan herramientas para comprender su presente con el fin de construir un futuro mejor, capaz de abordar la violencia y la desigualdad y construir la democracia y la responsabilidad política y sobre todo garantizar que no se regrese al pasado. ‘No repetición’ es lo que los colombianos incluyeron en su acuerdo de paz de 2016, lo que se conoce como el ‘Sistema Integral de Verdad, Justicia y No Repetición’ (SIVJRNR).

La memoria encuentra su camino hacia el futuro a pesar de los esfuerzos por borrarla. Las violencias posteriores a la firma del Acuerdo se resignificaron como “sociales” y no como “políticas”. A medida que la década de 1990 avanzó hacia la década de 2000, los homicidios per cápita comenzaron a superar las violencias de los años del conflicto armado en El Salvador. A menos que entendamos

3 Velasquez Carrillo, (2018) The Reconsolidation of Oligarchic Rule in El Salvador: The Contours of Neo-liberal Transformation. In North, L. and Clark, T. *Dominant Elites in Latin America*. London: Palgrave Macmillan, pp. 149-180.

4 Este es el título del documental de Richard Duffy que registró el proceso mediante el cual, junto al fotógrafo Mike Goldwater, co-construimos la historia de la memoria con los campesinos de Arcatao que formaron el Comité de Memoria Sobreviente y el Museo de la Memoria Histórica. en Arcatao. Se puede bajar de richardnduffy.com

la “violencia” como un fenómeno con sus propias distinciones⁵, no veremos cómo se reproduce por el tiempo y el espacio el problema de “la violencia”, aunque con algunas expresiones nuevas. Trauma persistente por pérdidas y sufrimientos en el conflicto armado, vivencias directas continuas de violencias en el espacio íntimo, la calle, la escuela, la prisión⁶, hasta el continuo recurso a la violencia para abordar el crimen por parte de la policía (a pesar de ser una Policía Nacional Civil reconstituida, mientras la represiva Guardia Nacional y la Policía de Hacienda fueron disueltas), la violencia continúa impactando profundamente a la sociedad salvadoreña y particularmente a los más pobres⁷. En realidad, borrar las violencias del pasado no es una opción, ya que las marcas en los cuerpos sociales de las víctimas y sus familias y los testigos de atrocidades, no es posible que desaparezcan sin algún proceso de reconocimiento y reparación. Sin embargo, el “olvido político” ha sido parte de la historia de El Salvador en el período posterior a los Acuerdos de Paz. Se ha aspirado sin éxito a interrumpir el impacto de la memoria en el futuro.

El presidente Bukele dejó claro el 16 de enero de 2021 que deseaba intervenir en lo que se recuerda y, por tanto, en la forma en que el pasado impacta en el futuro. Los Acuerdos de Paz no deben conmemorarse, declaró, son una “farsa”, un trato entre élites y un pacto entre corruptos. Luego anunció en twitter que la fecha debería recordar a las víctimas del conflicto, “Dejaremos

5 Pearce, J. (2020) Politics without Violence? Towards a Post Weberian Enlightenment. London: Palgrave Macmillan. <https://www.lse.ac.uk/lacc/research/usando-infograf%C3%ADas-para-analizar-politics-without-violence>

6 Muchos hombres jóvenes de familias que huyeron del conflicto armado a Los Ángeles en los EE. UU., entraron en contacto con culturas de pandillas, las cuales se cree que son el origen de las pandillas de El Salvador, cuando estos mismos jóvenes fueron deportados de regreso a El Salvador después de cumplir condenas penales. Esta es solo un ejemplo de la continuidad entre las violencias contemporáneas y las del pasado.

7 Hubo 116 ejecuciones extrajudiciales en El Salvador entre 2014 y 2018 según la Oficina del Defensor del Pueblo en El Salvador. La policía también registró más de 11.900 desapariciones entre enero de 2014 y octubre de 2019, más de las 8-10.000 durante el conflicto armado, aunque la gama de actores involucrados puede haber cambiado, incluye ahora las pandillas, pero las fuerzas de seguridad del estado siguen responsables por estos actos crueles. Se investigan pocos casos (<https://www.hrw.org/world-report/2021/country-chapters/el-salvador>).

de conmemorar a los que ordenaron sus muertes y empezaremos a conmemorar a quienes sí deben ser conmemorados”. En estas palabras, el Presidente refleja las confusiones que persisten. Se podría cuestionar al presidente sobre su equivalencia entre los grupos que firmaron el Acuerdo y los responsables del abrumador número de atrocidades cometidas durante el conflicto armado. La Comisión de la Verdad aclaró que el 85% de las denuncias realizadas a esta Comisión convocada después del Acuerdo y reportadas en marzo de 1993, fueron cometidas por agentes del Estado, el 10% por escuadrones de la muerte y solo un 5% por integrantes de los cinco grupos armados dentro del FMLN. Conmemorar a las víctimas es, por supuesto, necesario, pero asumir la equivalencia en el proceso de victimización es negar simultáneamente la verdad y la justicia a esas mismas víctimas.

Al mismo tiempo, muchas de las “víctimas” que conozco bien en Arcatao, Chalatenango, no se ven a sí mismas como “víctimas” sino como “sobrevivientes”. Llamaron al Comité que crearon para luchar por los derechos a la memoria: “Comité de Memoria Sobreviviente”. Esto también se debe a que tienen claro que su lucha no es solo por el reconocimiento del sufrimiento, sino también por el reconocimiento de por qué sufrieron y la agencia detrás de sus acciones en el conflicto político-militar, así como en la lucha por la memoria y la justicia después de este conflicto. La Ley de Amnistía General fue aprobada el 20 de marzo de 1993, pero fue declarada inconstitucional por la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia en 2016 por violar los derechos protegidos al acceso a la justicia, a la protección judicial de los derechos fundamentales y a la reparación integral, así como por contravenir tratados internacionales sobre derechos humanos y derechos de las víctimas de conflictos armados. Esta decisión solo se produjo después de mucho esfuerzo por parte de las víctimas y los grupos de derechos humanos y allanó el camino para avanzar en la búsqueda de la justicia en el caso de la masacre de El Mozote y otras atrocidades durante el conflicto armado. En 2020, sin embargo, este progreso se vio interrumpido cuando la Asamblea Legislativa aprobó una nueva “ley de reconciliación”, que muchas

víctimas vieron como una ley de amnistía disfrazada. Luego fue vetado por el presidente Bukele, pero al momento de escribir este artículo no está claro qué sucederá ahora.

El Salvador permanece atrapado en este pasado inconciliable. Si bien el presidente Bukele argumenta que desea ‘recordar y conmemorar a las víctimas’, esto no equivale a lo que el filósofo español, Reyes Mate llama ‘Justicia Anamnética’⁸, una forma complementaria a la justicia transicional. De un lado, supone investigar el papel de los perpetradores, por ejemplo, el papel de los militares en la masacre de El Mozote, cuyos archivos el presidente Bukele no abrirá para un escrutinio independiente completo. Al mismo tiempo, se pide que las víctimas estén en *el centro* de las decisiones sobre la justicia más adecuada a lo vivido. Esto no siempre es punitivo, en Colombia, el compromiso con la justicia restaurativa ha sido un paso significativo en el Acuerdo de Paz de 2016⁹. Así se juntan memoria y justicia, para que la justicia reconozca y respete la agencia de las víctimas. El olvido y la impunidad son *injusticias* profundas para las víctimas, aunque hay algunos que piensan que es mejor que se olvide se una sociedad quiere progresar. Uno de ellos fue el filósofo del siglo XIX alemán, Friedrich Nietzsche. Hector Olasolo hace una comparación entre como Nietzsche y otro filósofo alemán del siglo XX, Walter Benjamin, ensombrecen las formas distintas de justicia anamnética en El Salvador desde el Acuerdo de Paz de 1992 y Colombia en su Acuerdo de Paz de 2016:

‘...ante la tensión entre las posiciones de Nietzsche.... quien ante las demandas de justicia de las víctimas afirma la necesidad de superar el recuerdo de un pasado que genera más dolor y resentimiento, y Benjamín...., que resalta la importancia de revisar lo que la memoria del vencedor oculta y justifica en detrimento del vencido, en El Salvador se

8 Zamora, J.A and Mate, R (2011) *Justicia y Memoria: hacia una teoría de la justicia anamnética*. Barcelona: Anthropos.. Mi agradecimiento a Roberto Deras por darme a conocer la “Justicia Anamnética”.

9 Cabe destacar que la implementación del Acuerdo de Paz de Colombia ha sido muy deficiente.

*ha adoptado el planteamiento del primero, mientras que en Colombia se está tratando de seguir, con grandes dificultades, la senda del segundo.*¹⁰

Memoria, Espacio y Agencia

Si las dimensiones temporales de la memoria son importantes para lo que entendemos como memoria (si se acepta su papel en el presente, no solamente el pasado, y cómo esto impacta en el futuro), la memoria también tiene que ver con el espacio. El espacio no está “vacío”. Se trata de las relaciones sociales dentro de él. Esto queda muy claro en los ensayos de este volumen, con su énfasis en lo “local”. Estos incluyen los variados espacios rurales de masacre, el desplazamiento masivo del espacio, la organización social alternativa en áreas profundamente impactadas por el conflicto armado, particularmente Chalatenango y Morazán, el espacio urbano de Los Ángeles donde tantos salvadoreños huyeron durante la década de 1980, los espacios de la escuela, el museo y las experiencias visuales compartidas del documental: todos estos espacios están impregnados de memoria, “el pasado y el presente coexisten”¹¹. ¿Qué futuro le espera a un país que vive tal convivencia? ¿Puede la memoria generar la agencia necesaria para cambiar el futuro? Yo diría que este volumen confirma que la agencia para guardar la memoria del conflicto armado y sus víctimas está viva en El Salvador, con tantas formas creativas y frente a muchos obstáculos políticos. Es precisamente a esta agencia, como argumenta Ricardo Roque, la que el presidente Bukele pretende debilitar o negar, con su ‘nuevo autoritarismo’,

10 Olasolo, H (2019) Justicia como Memoria y Derecho a la Verdad frente a la Política de Silencio y Olvido en El Salvador: Apuntes sobre la Percepción de la Figura de Oscar Arnulfo Romero y la Experiencia de los Diálogos Intergeneracionales en las Parroquias de la Archidiócesis de San Salvador. Bogotá:ANDIP, Vol.7, pp. 10-30 pg. 17. Ver también: Bartolomé, Castor (2011): “Naturalización de la violencia y memoria de las víctimas. Aproximaciones y controversias entre W. Benjamin y Nietzsche”, en: Bartolome Ruiz, Castor M.M. y Quinche, Manuel Fernando (Compiladores), Justicia, estados de excepción y memoria: por una justicia anamnética de las víctimas (Bogotá D.C., Universidad del Rosario-Editora Unisinos), pp. 31-52.

11 Una cita de Yansi Pérez en el capítulo de Ricardo Roque de este libro.

que proclama a la ‘víctima’ pero como sujeto pasivo al mismo tiempo que realza el protagonismo de las fuerzas armadas.

Por supuesto, deberíamos hablar de “memorias” en plural. Los términos “memoria histórica” y “memoria colectiva” asumen algún tipo de proceso social, en el que un país confronta su historia y construye una narrativa compartida en torno a las múltiples memorias. Erik Ching ha documentado bien que El Salvador sigue siendo un país de “comunidades memoriales”¹². Cada una de estas comunidades conserva una narrativa que da cuenta de sus acciones en la historia del país y el sufrimiento particular soportado. El Salvador no está solo. Desde Auschwitz y el genocidio nazi y los juicios de Nuremberg después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo ha enfrentado una cantidad trágicamente grande de espacios de crueldad y luchas sobre cómo lidiar con ellos. La Jurisdicción Especial para la Paz en Colombia es ahora uno de los ejemplos emblemáticos de creatividad para tratar de lidiar con el pasado que puso a las víctimas en el centro, pero al mismo tiempo reconoce la necesidad de justicia restaurativa si los perpetradores están preparados para decir la verdad. Muestra que desde que la Comisión de la Verdad de Sudáfrica fue pionera en el impulso de la justicia transicional, la lucha por la memoria y la justicia ha seguido evolucionando positivamente.

Habiendo pasado mucho tiempo en zonas de conflicto tanto en Colombia como en El Salvador, uno de los hilos que comparten estos dos espacios de crueldad es el de la agencia que han mostrado los sobrevivientes / víctimas. Esta agencia les trajo la represión en primer lugar, pero no murió junto a tantos que dieron la vida. Y esta agencia se ha mostrado, como lo expresa Clara Guardado, incluso en espacios que ella denomina: ‘íntimo-comunitario’. Guardado observa cómo se ha convertido el trabajo de la memoria creativa en diferentes países, incluyendo no solo reconstruir lo sucedido y escuchar testimonios de sobrevivientes, pero encontrando espacios físicos y sociales para hablar de lo sucedido y la búsqueda

12 Ching, E. (2016) *Stories of Civil War in El Salvador: A Battle over Memory*. Chapel Hill: University of North Carolina Press

Memoria Histórica y Transformación Sociocultural en El Salvador

de una forma de justicia restaurativa no institucional. También ha incluido un “giro epistemológico” que ella argumenta hacia el uso de artefactos culturales para permitir que la memoria aflore. Ella usa tales artefactos de la memoria en su propio trabajo con sobrevivientes en el norte de Morazán. Martell también captura la importancia de la agencia en su enfoque participativo del diseño de museos, un proceso que también permite llegar a las generaciones que no vivieron la guerra. Él registra que todavía existen obstáculos para una comprensión completa, pero sin una narrativa histórica compartida para el país, será muy difícil abordar los conceptos erróneos que existen entre los jóvenes.

El futuro de la memoria sigue siendo contingente en El Salvador. Depende de la agencia y la conciencia sociopolítica de las víctimas / sobrevivientes, sus acompañantes y los facilitadores contemporáneos. Estos actores sociales reconocen a la acción de la memoria como una contribución urgente a la transformación social y cultural en curso de su país.

